



AÑO 11.

NUM. 127.

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~  
Director: JOSE LAZARO

\_\_\_\_\_  
JULIO 1899  
\_\_\_\_\_

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
N.º 123456789

# TIERRAS VIRGENES

(CONTINUACIÓN).

¿Qué es lo que había producido este cambio? Sería difícil decirlo. ¿Eran los remordimientos de sus últimas vacilaciones, ó el despecho contra él mismo ó contra los otros, ó la necesidad, en fin, de ahogar aquel gusano interior que le roía, ó el deseo de hacer una manifestación en presencia de los emisarios que acababa de encontrar? ¿O tal vez le había encendido la sangre la influencia de las palabras de Markelof? La conversación se prolongó hasta el amanecer: Ostrodumof y Machurina no se habían movido de su asiento.

Markelof y Nejdanof no se habían sentado. Markelof se estuvo fijo en el mismo lugar, como un centinela, y Nejdanof no dejaba de pasearse de un lado á otro de la sala, á pasos desiguales, ya lentos, ya rápidos. Ocupáronse luego de las medidas que había que tomar, de los medios que debían emplearse y papel que cada uno había de desempeñar. Eligieron y formaron paquetes de proclamas y folletos. Hablaron de un cierto Goluchkine, rico comerciante y hombre de confianza, aunque poco instruído; de un joven propagandista, Kisliakof, muy inteligente en verdad, mas demasiado raro y convencido de sus méritos; también se pronunció el nombre de Solomina.

—¿El que dirige una fábrica?—preguntó Nejdánof, que se acordó del nombre pronunciado en la mesa por Sipiaguin.

—El mismo—respondió Markelof:— es preciso que trabé usted conocimiento con él. Nosotros aun no le hemos tratado; pero es un hombre serio, un hombre formal.

Salió luego á relucir Heremey de Galapiok, y luego Cirilo, el de casa de Sipiaguin, y un cierto Mendeleyef, apodado *Doutik* (el *Hinchado*). Solamente que no se podía contar á todas horas con este último. Cuando no estaba bebido era hombre útil; pero, después de beber, no valía para nada. Desgraciadamente, casi siempre estaba á medios pelos.

—Y entre los campesinos de la finca de usted—preguntó Nejdánof á Markelof,—¿hay alguno con quien pueda contarse?

Markelof respondió que sí, pero no nombró á ninguno, y se lanzó á hacer consideraciones sobre los burgueses de las ciudades y acerca de los seminaristas, los cuales, entre paréntesis, podrían ser muy útiles, á causa de su gran fuerza corporal, cuando comenzaran á manejar sus puños. ¡Oh, entonces se vería! Nejdánof preguntó si se podría contar con algunos nobles. Markelof respondió que con cinco ó seis, todos jóvenes, uno de ellos de origen alemán, y muy radical por cierto.— Mas, desgraciadamente, sé por experiencia que no se debe fiar uno de alemanes; por un quítame allá esas pajas os engañan y os dejan en la estacada. Además, es preciso esperar los datos facilitados por Kisliakof.

—¿Y el ejército y los soldados?—preguntó Nejdánof.

Aquí Markelof vaciló, se acarició la barba, y declaró, por último, que sobre este particular no había nada hasta el presente... de decisivo. Y que había que esperar también los datos de Kisliakof.

—Pero ¿quién es ese Kisliakof?—exclamó Nejdánof con cierta impaciencia. Markelof sonrió con aire significativo.

—Es un hombre, ¡todo un hombre! Debo decir que no le conozco mucho: no le he visto más que dos veces; pero ¡qué cartas escribe, qué cartas! Ya se las enseñaré á usted. ¡Son

asombrosas! ¡Cartas de fuego! ¡Y qué actividad! Ha recorrido Rusia de punta á cabo lo menos cinco ó seis veces... y en cada estación, ya se sabe, una carta de diez ó veinte páginas.

Nejdanof dirigió una mirada interrogadora á Ostrodumof, pero éste permanecía más inmóvil que una estatua. Machurina, cuyos labios contraía una amarga sonrisa, tampoco se movió.

Nejdanof quiso interrogar á Markelof acerca del plan de reorganización social que éste tenía intención de realizar en sus propiedades. Mas Ostrodumof le interrumpió diciendo:

—¿A qué hablar de eso? De un modo ó de otro, será necesario hacerlo todo después.

La conversación recayó después en la política. El gusano que roía á Nejdanof continuaba su obra, y, cuanto más roía, más enérgicos é implacables se trocaban los discursos del joven. No había tomado más que un vaso de cerveza, y, sin embargo, le parecía que estaba casi ebrio. Le daba vueltas todo, y su corazón latía lenta y dolorosamente. Y cuando, á eso de las cuatro, terminó la discusión y se fueron dispersando los interlocutores, evitando tropezar con el criadito que dormía en la antecámara, Nejdanof, antes de meterse en la cama, permaneció largo tiempo inmóvil, de pie, con los ojos obstinadamente abiertos y fijos en el suelo. Le parecía que resonaba aún en sus oídos el tono amargo de las palabras de Markelof.

Evidentemente aquel hombre encontrábase herido en su amor propio por la contestación de Mariana: no podía sufrir aquel golpe; sus esperanzas de felicidad se habían desvanecido, y por tanto se olvidaba de sí mismo y se entregaba en cuerpo y alma á lo que él creía que era la verdad. «Es un espíritu de cortos alcances—pensaba Nejdanof;—mas ¿no es preferible ser de pocos alcances á ser... á ser... lo que yo soy en estos momentos?»

Hubo entonces en él como un movimiento de protesta contra aquel desprecio de sí mismo.

—¿Por ventura no soy yo capaz de sacrificarme también? ¡Un poco de paciencia, señores!... Y tú, Paklin, ya llegará

el día en que veas que este apasionado por la estética, este versificador...

Echóse hacia atrás, colérico, los cabellos; rechinó los dientes, y, desnudándose con rapidez, se arrojó en su lecho húmedo y frío.

—Buenas noches—dijo detrás de la puerta la voz de Machurina;—somos vecinos.

—Buenas noches—respondió Nejdánof.

En aquel momento se acordó de que Machurina no había apartado la vista de él durante toda la noche.

—¿Qué es lo que esa mujer quiere? (Hizo un movimiento como de vergüenza.) ¡Vamos, vamos, es preciso dormir!

Sus nervios no le obedecieron, y ya estaba el sol bastante alto cuando se quedó dormido con sueño pesado y fatigoso.

Se despertó bastante tarde y con mucho dolor de cabeza.

Se vistió, se asomó á la ventana de su cuarto y se convenció de que no valía gran cosa la finca Markelof; su casita era una construcción aislada, no lejos de un bosquecillo. A la derecha, una granja pequeña, una caballeriza, una bodega con el techo de caña medio hundiéndose; á la izquierda, un estanque en miniatura, un huertecillo, un cañamón y una segunda *isba*, en tan mal estado como la otra. Más lejos, un horno para tostar el grano, una era para trillar el trigo y un cercado para encerrar las mulas, absolutamente vacío: tales eran las magnificencias que se extendían ante sus ojos.

Todo este conjunto pobre y raquítico tenía el aspecto, no precisamente de haber sido abandonado y de haberse convertido en un lugar salvaje, mas sí el de no haber jamás florecido, como el árbol que tiene dañada la raíz.

Nejdánof bajó. Machurina estaba en el comedor... Sin duda se encontraba allí esperándole. Por ella supo que Ostrodumof había partido para trabajar en la *obra* y no volvería antes de quince días. El dueño de la casa había ido á ver á sus obreros. Como Mayo estaba ya acabando y la necesidad no era muy grande, Markelof se había propuesto, con sus



propios recursos, hacer la corta de su alameda, y allí se iba muy temprano á dirigir la faena.

Nejdanof se sentía muy fatigado de espíritu. ¡Se había hablado tanto la víspera de la imposibilidad de retrasarse, de la necesidad absoluta de obrar sin demora!... Mas ¿cómo acometer tal empresa... y acometerla inmediatamente?

Interrogar á Machurina hubiera sido inútil. La jóven no conocía lo que era vacilar. Conocía de una manera fija lo que debía hacer... Ir á K... Más allá de esto, nada comprendía.

Nejdanof no sabía qué decirle: después de haber tomado un vaso de te, se puso la gorra y se dirigió á la alameda. En el camino encontró algunos campesinos, antiguos siervos de Markelof, que volvían de estercolar los campos. Trabó conversación con ellos, mas con escaso resultado. Todos parecían fatigados, pero más bien de esa fatiga puramente corporal, que no tenía semejanza alguna con el estado en que él se encontraba.

Su antiguo señor Markelof—decían— es un hombre rudo, aunque algo extraño: predecían que se arruinaría, porque, sin entender de cosas del campo, quería arreglarlo todo á su manera, en lugar de imitar á sus padres. Con esto último era bastante. Por más que uno haga, no hay medio de entenderle una sola palabra. De todos modos, es buena persona.

Nejdanof continuó su camino y encontró á Markelof, e cual marchaba rodeado de una cuadrilla de trabajadores: se veía desde lejos cómo les hablaba, explicándoles sin duda algo, y después hacer con la mano un movimiento como diciendo «yo renuncio». Detrás de él iba su ayudante, un joven corto de vista, el cual repetía á todo: «Será como usted quiera», con gran impaciencia por parte del dueño, que hubiera querido verle con alguna iniciativa.

Nejdanof se acercó á Markelof y notó en su rostro la misma fatiga moral que él experimentaba.

Después de saludarse, Markelof se puso á hablar brevemente de las cuestiones discutidas la víspera y de la inminen-

cia de una catástrofe; pero no desapareció de su semblante la expresión de fatiga. Venía cubierto de polvo y de sudor, y en su traje se habían enredado algunas virutas y briznas de yerba: tenía la voz ronca.

Sus acompañantes guardaban silencio. Era difícil averiguar si le tenían miedo ó si se burlaban de él interiormente.

Nejdanof miró á Markelof, y le pareció que oía las palabras de Ostrodumof: «¿A qué hablar de eso al presente? En todo caso, será necesario rehacerlo todo después».

Uno de los obreros, que había cometido una falta, suplicó á Markelof que le perdonase la multa. Markelof se incomodó al pronto, lanzó gritos de furor... mas después le perdonó.

—En todo caso, después será necesario rehacerlo todo.

Nejdanof pidió á Markelof que le facilitase caballos para volver á su casa. Manifestóse éste sorprendido con tal deseo, pero respondió que todo estaría listo en unos cuantos minutos.

Nejdanof y él regresaron juntos á la casa. Markelof andaba con dificultad, como si le abrumase la fatiga.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Nejdanof.

—Nada.—le respondió Markelof con tono malhumorado.—No hay medio de que esa gente entienda lo que se le dice, hablese como se quiera. Ni saben ejecutar las órdenes que se les dan, ni entienden siquiera el ruso. Conocen la palabra *parte*; mas, en cuanto se les dice *tomar parte*, no le entienden á usted. Y, sin embargo, se les habla en ruso, lo que no impide que se figuren que quiero regalarles una parte de terreno.

Tenía Markelof la idea de explicar á los campesinos el principio de asociación, y trató de hacérselo aceptar; mas ellos lo rechazaban obstinadamente. Después de todas sus explicaciones, un viejo labriego le había contestado:

—Antes era hondo el hoyo; pero ahora se ha agrandado tanto, que no se le ve el fondo.

Los demás se habían limitado á suspirar, con lo cual se quedó Markelof anonadado.

Una vez en casa, los despidió á todos é hizo preparar el

carruaje y servir el almuerzo. La servidumbre se componía de un cosaquillo, de un cocinero, de un cochero y de un pobre viejo, de orejas velludas, vestido con una especie de caftán de algodón, y que en otro tiempo había sido el ayuda de cámara de su abuelo. El viejo tenía siempre fijos los ojos en su amo, con expresión de indecible tristeza. Nunca hacía nada, ni nada, en rigor, podía hacer; mas estaba siempre pronto á acudir, en cuanto se le llamaba, sentado á la puerta del vestíbulo.

Después del almuerzo, que se compuso de huevos duros, de sardinas, de picadillo de carne y cebolla (el cosaquillo acercó la mostaza en un tarro que había sido de pomada, y el vinagre en un frasco de agua de Colonia), Nejdánof tomó asiento en el carruaje que le había conducido la víspera; mas, en lugar de los tres caballos, no había más que dos; faltaba el otro, que cojeaba á causa de una herida que le habían hecho al herrarle. Durante el almuerzo, Markelof no había hablado palabra, comiendo poco y respirando con fuerza. Dijo dos ó tres frases amargas á propósito de su finca, haciendo después un gesto como de cansancio y de renuncia.

—En todo caso, después será necesario rehacerlo todo...

Machurina suplicó á Nejdánof que la condujese hasta el pueblo, donde tenía que hacer algunas compras.

—A la vuelta encontraré asiento en algún carruaje de campesinos. En último caso volveré á pie.

Mientras que les acompañaba hasta el portal, Markelof dijo á Nejdánof que pronto iría á verle, y que entonces (esta idea le alegró súbitamente) se tomarían las últimas determinaciones. Añadió que para esa época habría ya venido Solormin, y que él, Markelof, esperaba tan sólo una palabra de Vasili Nicolaievitch; entonces no quedaría otra cosa que hacer sino obrar inmediatamente, porque la paciencia del pueblo estaba agotada.

¡La paciencia del pueblo, de ese mismo pueblo que no entendía lo que quería decir «tomar parte»!

—A propósito—dijo Nejdánof,—¿y esas cartas que prometió usted enseñarme? Las cartas de... ¿cómo se llama... Kisliakof?

—Más adelante, más adelante—respondió vivamente Markelof.—Ya trataremos de todo eso.

El carruaje se estremeció.

—¿Estais dispuestos?—gritó por última vez la voz de Markelof.

Quedóse de pie sobre el vestíbulo, y cerca de él, con su eterna tristeza en el semblante, con las manos cruzadas detrás de la espalda, enderezando su cuerpo encorvado, trascendiendo á olor de pan de centeno y algodón apolillado, sin comprender nada de lo que oía, estaba el servidor modelo, el ayuda de cámara decrépito del abuelo de Markelof.

Durante el viaje, Machurina fumó silenciosamente un cigarrillo. Al llegar cerca del pueblo lanzó un suspiro.

—Me da pena ese pobre Markelof—dijo con tristeza.

—Sí—respondió Nejdánof:—se preocupa mucho por nada. Pienso que sus asuntos no marchan bien.

—¡Oh, no es por eso!

—¿Por qué, pues?

—Es desgraciado. No lo digo en broma. ¿Dónde encontrar uno mejor que él? Y, sin embargo, no se le quiere...

Nejdánof la miró.

—¿Sabe usted algo?

—Nada; pero cada uno piensa de los demás por sí mismo. Adios, Alejo Dmitrich.

Machurina descendió del carruaje: una hora más tarde, Nejdánof entraba en el patio de la casa de Sipiaguin. No se sentía bien. ¡El insomnio de la noche anterior, aquellas discusiones... aquellos discursos!...

Un rostro encantador le miraba detrás de una ventana y le sonreía amablemente. Era Mad. Sipiaguin, que le saludaba por su regreso.

«¡Qué ojos tiene esa mujer!», pensó Nejdánof.

## XII

Después de la comida, á que había asistido mucha gente, Nejdanof aprovechó la distracción general para retirarse á su cuarto.

Tenía necesidad de estar solo consigo mismo, aunque no fuese más que para poner en orden las impresiones que había experimentado en su viaje de la víspera.

Durante la comida, Mad. Sipiaguin le había mirado atentamente muchas veces, mas sin haber tenido ocasión de hablar con él. En cuanto á Mariana, después de aquella salida inesperada, que tanto le había asombrado, parecía algo disgustada, y hasta que esquivaba hablar con él.

Nejdanof tomó la pluma. Quería hablar con su amigo Siline; mas es lo cierto que no encontraba nada qué decirle.

No acertaba á desenredar los pensamientos opuestos que bullían en su cerebro; así es que aplazó para el dia siguiente el escribir á su amigo.

Uno de los convidados había sido Kallomeitsef. Nunca como aquel día se había mostrado desdeñoso el gentilhombre; pero las impertinencias de sus discursos habían preocupado poco á Nejdanof, quien apenas si había fijado su atención en Kallomeitsef.

Se encontraba el joven como rodeado de una nube, ó más bien de una cortina medio opaca, extendida entre él y el resto del mundo... ¡Cosa extraña! Al través de esta cortina se entreveían solamente tres figuras, tres figuras de mujer, las cuales le miraban obstinadamente.

Eran Mad. Sipiaguin, Machurina y Mariana.

¿Qué quería decir aquello? ¿Por qué aquellas tres figuras? ¿Qué existía entre ellas de común? ¿Qué es lo que esperaban de él?

Se acostó temprano, pero no pudo dormirse. Pensamientos tristes, mejor dicho, pensamientos grises, de muerte próxima, de un fin inevitable, llenaban su mente. Se engolfaba en ellos, los miraba y remiraba en todos sentidos, retrocediendo unas veces con horror ante la idea del aniquilamiento, y acogiéndolos otras con alegría.

Llegó al cabo á sentir una emoción particular que le era harto conocida. Se levantó, se sentó delante de un escritorio, meditó un momento y escribió después, sin hacer apenas tachaduras, los versos siguientes:

Cuando mi muerte llegue, *amigo* mío,  
he aquí cuál es mi voluntad postrera:  
destruye mis inútiles papeles,  
rodéame de flores, y que bañe  
mi alcoba el sol con sus dorados rayos.

Coloca tras la puerta no cerrada  
músicos diestros; funerales cantos  
prohíbeles; del vals, como en la orgía,  
vibre el ritmo insolente, y que sus sonos  
arranque el arco en notas penetrantes.

Y yo aspirando con mi oído débil  
Los ecos de las cuerdas temblorosas,  
Y al par de ellas muriendo..... dormiréme.  
Y, sin que turben gemidoras voces  
La calma que precede al postrer sueño,  
El vuelo tenderé á lejanos mundos,  
Por plácido rumor siendo mecido,  
De los ligeros goces de la tierra.

Al escribir la palabra *amigo* pensaba en Siline.

Declamó los versos á media voz, asombrado de que hubiesen salido de su pluma. ¿Cómo podrían hermanarse este escepticismo, esta indiferencia, esta incredulidad ligera, con sus principios, con aquellas ideas que había desarrollado delante de Markelof?

Arrojó el cuaderno en el cajón de su mesa, y se volvió á acostar. Mas no logró dormirse hasta por la mañana, al lanzar las primeras alondras sus cantos bajo un cielo blanquecino.

Al día siguiente, cuando, después de haber dado su lección, acababa de sentarse en la sala del billar, entró Mad. Sipiaguin miró en torno suyo, y, aproximándose á él y sonriendo, le invitó á pasar á su gabinete.

Llevaba un traje de batista tan sencillo como lindo, con mangas abiertas desde el codo; un ancho cinturón rodeaba su talle, y su cabello caía en gruesas trenzas sobre su cuello. Todo en ella indicaba la buena acogida, y hasta la caricia..... una caricia circunspecta y provocativa al mismo tiempo, unido todo ello al dulce brillo de sus ojos medio entornados, y al timbre perezoso de su voz, á sus movimientos y á sus palabras.

Mad. Sipiaguin condujo á Nejdanofo á su gabinete, estancia cómoda y agradable, impregnada del olor de las flores y de los perfumes, de la fina suavidad de los vestidos femeninos, de la constante presencia de una mujer.

Le hizo sentar en una butaca, y se sentó al lado de Nejdanofo, comenzando á preguntarle por el objeto de su viaje y acerca de la manera cómo vivía Markelof, todo de un modo dulce, bueno y reservado.

¡Mostraba tan sincero interés por cuanto se refería á su hermano, de quien no había hablado delante de Nejdanofo hasta aquel momento!.....

De algunas palabras suyas se desprendía que no se había escapado á su penetración la clase de afecto que su hermano sentía hacia Mariana; esto la entristecía algo. ¿Dependía su sentimiento de que el amor de Markelof no fuese correspondido por Mariana, ó de que hubiese recaído la elección de su hermano sobre una joven que, en rigor, era una extraña?

Este punto no resultaba claro. Parecía que se esforzaba en atraerse á Nejdanofo, en inspirarle confianza y en hacerle salir de su reserva. Mad. Sipiaguin mostraba afligirse al ver que el joven no acababa de comprenderla.

Nejdanofo la escuchaba, miraba sus manos, contemplaba sus hombros, echando de tiempo en tiempo una ojeada rápida sobre sus labios sonrosados, sobre los bucles de su cabello, que

se columpiaba dulcemente mientras que Mad. Sipiaguin hablaba. Las primeras respuestas de Nejdánof fueron muy breves; sentía como un gran peso en el pecho y angustia en la garganta.....

Poco á poco se transformó esta impresión en otra, también inquieta, pero no exenta de placer. Jamás se había llegado á imaginar que una mujer tan distinguida, tan linda, una aristócrata, llegase á interesarse por él, un estudiante, un pobre diablo. Y no sólo se interesaba por él Mad. Sipiaguin, sino que hasta coqueteaba algo.

«¿Por qué esto?», se preguntaba Nejdánof, y no hallaba respuesta. A decir verdad, no se preocupaba por hallar la contestación.

Mad. Sipiaguin habló de Kolia, afirmando que, si había deseado una entrevista con Nejdánof, era con la intención única de conocer las ideas del joven acerca de la educación de los niños rusos.

Algo extraña parecía aquella curiosidad repentina y casi extravagante. En el fondo de todo ello había algo que nada tenía que ver con las palabras de Mad. Sipiaguin. La verdad de aquel enigma era que un soplo vago, un no sé qué de sensualidad la impulsaba, haciéndole experimentar la necesidad de subyugar, de doblegar ante sus pies aquella cabeza indócil.

Pero es preciso volver hacia atrás.

Valentina Mikhailovna era hija de un general obscuro, que no había obtenido otra cosa que un solo entorchado y la *placa* (1) al cabo de cincuenta años de servicio, y una rusita muy fina, que tenía ese aire sencillo y casi insignificante que tan común es entre sus compatriotas, pero del que sabía sacar un gran partido.

No eran ricos los padres de Mad. Sipiaguin. Recibió su educación en el convento de Smoula, en donde su aplicación

---

(1) Cifra en números romanos que contiene los años de servicio que exceden de veinticinco.

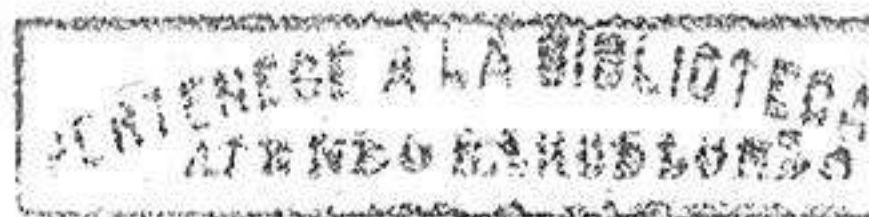


y su conducta ejemplar le valieron el afecto de sus profesores, aunque se la miraba como republicana.

A su salida del convento (su hermano estaba ya de regreso en su finca, y el general condecorado y *plaqueado* había muerto) se instaló con su madre en una vivienda no mal arreglada, pero tan fría, que el aliento, al hablar, se condensaba, formando un ligero vapor.

Valentina solía decir, riendo:

—Esta casa es como la iglesia.



Gracias á su carácter, de una igualdad maravillosa, soportaba valientemente todas las penalidades de aquella existencia estrecha y mezquina.

Con la ayuda de su madre logró relacionarse bien: todo el mundo, hasta el de las clases más elevadas, hablaba de ella como de una joven encantadora muy instruída y muy *comm' il faut*.

No faltaban los buenos partidos; pero entre todos los aspirantes á su mano eligió á Sipiaguin, y le hizo caer rendido á sus pies en un abrir y cerrar de ojos. Sipiaguin comprendió, desde el primer momento, que aquella era la mujer que le convenía. Inteligente, buena, honrada, noblemente fría é indiferente, y, sin embargo, no comprendía que nadie pudiese estar apático á su lado.

Valentina poseía esa especie de gracia tranquila que suele ser propia de los egoístas amables; gracia en la que no hay ni poesía ni sentimiento verdadero, pero que respira benevolencia, simpatía y hasta una especie de ternura. Lo que no pueden tolerar estos amables egoístas es que se les lleve la contraria: son despóticos y no soportan la independenciam en los demás. Las mujeres como Mad. Sipiaguin manejan á su antojo y gozan en combatir á las personas sencillas y apasionadas, mientras que ellas prefieren á todo la vida regular y la calma. La virtud es para ellas cosa fácil, puesto que nada les emociona; mas su constante deseo de dominar, de seducir y de agradar, acaba por comunicarles movimiento y brillo. Su vo-

luntad es fuerte, y precisamente en esa voluntad estriba gran parte de su prestigio. Cuando en una de esas criaturas impasibles y serenas parece despertarse de repente y correr en fugitivos chispazos cierta languidez involuntaria y secreta, no hay medio de resistirlas. Se piensa que la hora ha llegado, que el hielo se ha fundido; mas aquel hielo resplandeciente, á pesar de lanzar tales fulgores, ni se funde, ni se turba jamás.

Mad. Sipiaguin podía aventurarse á coquetear un poco. Se le alcanzaba que no había, que no podía haber el menor peligro. Pero iluminar ó ensombrecer los ojos de otro; provocar en sus mejillas el color del deseo ó del temor; fingir una voz conmovida; mostrarse herida ó temblorosa; sembrar la intranquilidad en otra alma, ¡oh, qué encantador le parecía todo ello! Y por la noche, allá á las altas horas, cuando se tendía en su blanco lecho buscando sueño apacible, ¡qué placer al recordar sus palabras conmovidas, sus miradas suplicantes, sus suspiros amorosos! ¡Qué sonrisa de satisfacción jugueteaba en sus labios cuando, viéndose interiormente, adquiría la conciencia de su inaccesibilidad, ó cuando se dignaba admitir las caricias del hombre bien educado que era su esposo! Tan agradables le eran estos pensamientos, que algunas veces llegaba á sentirse tierna y pronta á ejecutar cualquiera buena acción..... hasta á ayudar al prójimo.....

Cierto día, un secretario de Embajada, loco de amor por ella, intentó cortarse el cuello. Mad. Sipiaguin fundó un hospicio en honor suyo, y hasta llegó á orar sinceramente por él, no obstante ser desde su más tierna infancia muy tibios sus sentimientos religiosos.

Durante su conversación con Nejdanof, procuró por todos los medios que el joven cayera á sus pies. Se hacía accesible, se descubría, por decirlo así, delante de él, y miraba con amable curiosidad, con ternura casi maternal, cómo aquel hermoso joven, aquel radical interesante y exaltado, venía hacia ella torpe y lentamente.

Un día, una hora, un minuto después, todo habría desapa-

recido sin dejar rastro; pero, en tanto, Mad. Sipiaguin experimentaba cierto placer mezclado con deseo de reír, algo de temor y hasta de melancolía.

Olvidando cuál era el origen de Nejdánof y sabiendo cuánto agradan ciertas preguntas á los que viven aislados en la vida, le interrogó sobre los años de su infancia, sobre su familia.....

Mas las respuestas breves y embarazosas del joven le hicieron comprender que había equivocado el camino, y trató de reparar su equivocación aventurándose aún algo más..... A veces, el penetrante calor del sol de medio día, en la estación estival, hace que una rosa completamente abierta abra aún más sus pétalos, que luego se cierran y se juntan al llegar el fresco fortificante de la noche.

No acertó, sin embargo, á reparar completamente su yerro. Tocado en lo más vivo de su herida, Nejdánof no podía dejarse ir como antes. La amargura que existía en el fondo de su ser se sublevó de nuevo, y se despertaron sus desconfianzas y rencores democráticos.

«No es para esto para lo que yo he venido aquí», pensó.

Se acordó de las burlonas reflexiones de Paklin..... y aprovechando la primera pausa de la conversación se levantó, pronunció breves frases de despedida y se retiró *tontamente*, según él se decía á sí mismo.

No se había escapado su turbación á Mad. Sipiaguin, á juzgar por la sonrisa que se dibujó en sus labios cuando le vió salir. Sin duda interpretaba la turbación del joven de una manera satisfactoria.

Al entrar en la sala de billar, Nejdánof encontró á Mariana. Con las manos cruzadas, de pie, no lejos de la puerta del gabinete, volvía la espalda á la ventana. Su rostro estaba ensombrecido; mas sus ardientes ojos miraban al joven con tan interrogatoria persistencia, expresaban tal desdén sus labios, tan injuriosa piedad, que Nejdánof se atrevió á indicar con tono irresoluto:

—¿Tiene usted algo que decirme?

Mariana permaneció un momento sin responder.

—No..... Y bien, sí, mas no ahora.

—¿Cuándo?

—Nos veremos. Acaso mañana, acaso nunca..... Después de todo, yo no sé á punto fijo lo que es usted.....

—Me había parecido, sin embargo—empezó á decir Nejdánof,—que entre nosotros.....

—Usted..... usted tampoco me conoce—le interrumpió Mariana.—Mas espere usted..... puede ser que mañana. Ahora tengo que ir al cuarto de..... mi señora. ¡Mañana!

Nejdánof dió dos pasos para irse; después se volvió brusca-mente.

—A propósito, Mariana Vikentievona: hace días que deseaba pedir á usted permiso para acompañarla á la escuela y ver cuáles son allí las ocupaciones de usted..... antes que la cierren.

—Está bien; pero no es de la escuela de lo que deseo hablar con usted.

—¿De qué entonces?

—¡Mañana!—repitió la joven.

Mas no esperó al día siguiente. La conversación que deseaba tener con Nejdánof la tuvo aquel mismo día, en uno de los paseos flanqueados de árboles que comenzaban no lejos de la terraza.

### XIII

Mariana fue la que empezó á hablar.

—Señor Nejdánof—dijo con cierta excitación— me parece que estará usted satisfecho de Mad. Sipiaguin.

Se volvió sin aguardar respuesta, y siguió andando por la alameda. Nejdánof echó á andar á su lado.

—¿Por qué lo cree usted así? — preguntó el joven después de una pausa.

—¿Estoy equivocada? En ese caso, es que ha tomado mal sus medidas. Me imagino cómo ha maniobrado y cómo ha preparado sus redes.

Nejdanof, sin decir una palabra, miró de reojo á su interlocutora.

—Escuche usted — continuó Mariana: — le hablaré con franqueza: yo no quiero á Mad. Sipiaguin. Ya está usted prevenido. Es posible que le parezca injusta, pero espere usted para juzgar.

Le faltó la voz, se ruborizó y se quedó turbada. Esta turbación tenía cierto parecido con la cólera.

—Sin duda que usted se pregunta: «¿Cómo esta mujer, que apenas me conoce, me dice estas cosas?» Lo mismo debe usted de haber pensado cuando le hablé á propósito de Markelof.

Se inclinó repentinamente, cogió un hongo, lo hizo dos pedazos y lo arrojó después.

—Se engaña usted, señorita Mariana — dijo Nejdanof. — Eso me ha hecho pensar que le inspiraba alguna confianza, y esta idea me halaga.

Nejdanof no decía más que una parte de la verdad; aquel pensamiento se le acababa de ocurrir en aquel instante.

Mariana le dirigió una mirada rápida. Hasta aquel momento no había vuelto hácia él la cabeza.

—No quiere decir esto que me haya usted inspirado confianza — dijo la joven con un tono un tanto contemporizador. — No le conozco bastante. Pero la situación de usted se parece mucho á la mía. Somos igualmente desgraciados; he aquí lo que nos aproxima.

—¿Es usted desgraciada? — preguntó Nejdanof.

—¿Y usted no lo es?

Hubo una pausa.

—¿Conoce usted mi historia? — dijo Mariana con viveza. — ¿La historia de mi padre..... su deportación?

—No.

—Pues bien: sepa usted que fue procesado y condenado; que perdió sus grados..... y todo; que fue conducido á Siberia..... Después murió; mi madre murió también. Mi tío, monsieur Sipiaguin, hermano de mi madre, me recogió. Es mi bienhechor. Valentina Mikhailovna, es, por tanto, mi protectora, y sin embargo, pago sus beneficios con negra ingratitud. Sin duda tengo muy duro el corazón, y el pan de otro me parece amargo. No sé soportar las humillaciones de una falsa indulgencia..... es más, no puedo sufrir que se me proteja; no sé fingir, y cuando se me hiere sin cesar clavándome alfilerazos, si no grito es por orgullo.

Hablando así, como á pedazos, Mariana avanzaba cada vez más de prisa. De repente se detuvo.

--¿Sabe usted que mi tía, sólo por verse libre de mí, me destina á ese canalla de Kallomeitsef? Conoce, no obstante, mis convicciones: me tiene por nihilista. A él no le agrado porque no soy hermosa, mas puede vendérseme. ¡Sería también un beneficio!.....

—Entonces ¿por qué— empezó á decir Nejdánof—usted no?.....

Se detuvo. Mariana le miró.

—¿Por qué no he aceptado la proposición de Markelof, no es eso? Sí, es verdad: ¿mas qué hacer? No es culpa mía si no le amo.

Mariana apresuró de nuevo el paso, como para evitar á su interlocutor la necesidad de dar respuesta á aquella confesión inesperada.

Hallábanse al fin de la alameda.

Mariana tomó rápidamente por un sendero que atravesaba un bosquecillo de pinos, y siguió andando. Nejdánof la siguió. Encontrábase doblemente perplejo. Le parecía extraño que aquella joven tan reservada se expresara con tanta franqueza, y lo más extraño aún que no le sorprendiese esa misma franqueza, y que la encontrara absolutamente natural.

Súbitamente Mariana se detuvo, volvióse en medio del sen-

dero, y parada frente á frente del joven, fijó sus ojos en los de Nejdánof.

—Alejo Dmitrich, no vaya usted á pensar que mi tía sea mala. No; pero es mentirosa..... una cómica, una presumida. Como es bella, quiere que todos la adoren, y hasta que se la veneren como á una santa. Inventa una frase cariñosa, sincera y salida del corazón, se la dice á cualquiera, se la repite á otro, después á un tercero..... y siempre como si se le acabase de ocurrir en el momento..... Entonces hace jugar sus magníficos ojos..... Se conoce bien y sabe que se parece á la Madonna de Dresde; pero en rigor, á nadie ama. Finge estar siempre ocupándose de Kolia, y lo que hace es hablar de él con las personas de talento. A nadie odia, para todo el mundo es tolerante: mas le es indiferente que le deshagan á uno los huesos en su presencia: no hay cuidado que mueva un solo dedo para evitar la tortura, y si el mal de usted le es útil ó provechoso..... entonces..... ¡oh, entonces!.....

Mariana calló. Le ahogaba la bilis. No había podido contenerse, y sus palabras habían brotado de sus labios contra su voluntad. Pertenece la joven á una clase particular de seres desgraciados que de algún tiempo á esta parte abundan mucho en Rusia. La justicia no les alegra, y en cambio, la injusticia, para la cual son sumamente susceptibles, les hiere hasta el fondo del alma.

Mientras que hablaba, Nejdánof la contemplaba atentamente, mirando su rostro enrojecido, sus cabellos cortos y ligeramente desordenados, y el temblor nervioso de sus delgados y contraídos labios..... Todo su aspecto le parecía al joven amenazador, significativo y bello, soberbiamente bello. Un rayo de sol, pasando al través de las pobladas ramas de los árboles, vino á posarse sobre la frente de Mariana como una mancha de luz: aquella lengua de fuego se armonizaba perfectamente con la expresión excitada del rostro de la joven, con sus ojos brillantes, fijos, hermosos, abiertos, y con la ardiente vibración de su voz.

—Dígame usted—indicó Nejdánof—¿por qué me considera usted desgraciado? ¿Conoce usted mi vida?

Mariana movió afirmativamente la cabeza.

—Sí.

—¿Qué es lo que usted sabe? ¿Cómo ha oído usted hablar de mí?

—Conozco su nacimiento.

—¿Sabe usted?..... ¿Quién le ha dicho?....

—¡Ella, siempre ella! Esa Mad. Sipiaguin, de que está usted tan encantado. No ha tenido inconveniente en decir delante de mí, con frases encubiertas, mas completamente transparentes, sin compasión, sino con el tono de una persona que se encuentra muy por encima de esos prejuicios, cuál es la particularidad que hay en la vida del profesor de su hijo. No se asombre usted: Mad. Sipiaguin cuenta al primer recién venido la historia de su sobrina, cuyo padre fue enviado á Siberia por concusionario..... Se figura que es una aristócrata, cuando no es más que una murmuradora y una presumida..... ¡Ah! Vuestra Madonna de Rafael.....

—Perdone usted: ¿por qué le llama *mi Madonna*?

Mariana se volvió y echó de nuevo á andar por el sendero.

—Ya sé que ha tenido usted con ella una larga entrevista—dijo con voz sorda.

—Apenas si he dicho una sola palabra. Ella es la que ha hablado durante todo el tiempo que ha durado nuestra conversación.

Mariana siguió andando y sin hablar. Mas, al volver un recodo del sendero, los árboles se separaban, formando una plazoleta, en cuyo centro había un álamo viejo descortezado, cuyo pie rodeaba un banco circular de piedra.

Mariana se sentó. Nejdánof se sentó también. Sobre sus cabezas, las ramas frondosas del álamo, pobladas de nuevos vástagos, se columpiaban al impulso del aura. En torno de ellos, y entre la yerba, crecían blancas fiorecillas, y todo aquel claro del bosque exhalaba tan grato perfume, que el pe-



cho, algo oprimido con las emanaciones resinosas de los pinos, sentía indecible bienestar.

—¿Tiene usted deseo de visitar nuestra escuela? Está bien. Iremos. Creo, sin embargo, que no le agradará mucho. ¿Sabe usted quién es el jefe de la escuela? El diácono. Un pobre hombre, ¡pero tan extravagante para enseñar!..... Entre los discípulos sobresale uno que se llama Garas. Es huérfano y tiene nueve años.

Al cambiar de conversación, Mariana parecía otra. Estaba pálida y tranquila, aunque su rostro mostraba cierta confusión, como si se sintiese avergonzada de lo que había dicho. Tenía deseos de dirigir la conversación hacia el asunto de la escuela, por cualquier lado que no fuese lo hablado anteriormente.

Sin embargo, en aquel momento ningún otro asunto podría entretener á Nejdánof.

—Mariana Vikentievona—dijo—francamente, no podía esperar lo que acaba de pasar entre nosotros. (Al oír la palabra *pasar*, Mariana hizo un movimiento.) Me parece que esto nos ha aproximado de repente. Pero así debía ser. Hace tiempo que caminábamos el uno hacia el otro, aunque sin cambiar ni un saludo. Hablaré á usted sin rodeos. La estancia en esta casa le es á usted penosa; pero su tío de usted, á pesar de su estrecho criterio, es, según lo que yo he podido juzgar, hombre de corazón..... ¿No comprende la posición de usted? ¿No está de su parte?

—Mi tío, en primer lugar, tenga usted en cuenta que antes que un hombre es un funcionario, senador, ministro..... lo que sea..... Además, no gusto de calumniar á nadie. Mi vida aquí ni me es penosa ni pesada: no se me oprime: los alfilerazos de mi tía me afectan poco. En rigor, soy libre.

Nejdánof miró asombrado á Mariana.

—En ese caso, lo que acaba usted de decirme.....

—Ríase usted de mí cuanto le plazca—replicó la joven.— Si soy desgraciada, no es por infelicidad propia. Hay momen-

tos en que sufro por todos los oprimidos, por todos los desheredados de Rusia. Mejor dicho, no; no sufro, me indigno, me sublevo y daría mi vida por ellos. Soy desgraciada, porque soy mujer, porque soy un parásito..... que nada puede ni es nada. Durante el tiempo que mi padre estuvo en Siberia, cuando vivía en Moscú al lado de mi madre, ¡oh, cómo me sentía impulsada hacia él! ¡Cuántos deseos tenía de ir á buscarle! Y no porque sintiese hacia él afecto ni respeto, sino porque anhelaba conocer por mis propios ojos cómo viven los desterrados..... los perseguidos..... ¡Cuán irritada me sentía hacia las gentes calmosas y apáticas!..... Después, cuando volvió mi padre, herido, extenuado; cuando tuvo que humillarse, que solicitar, que buscar el favor de los poderosos..... ¡oh, qué penosa y miserable me parecía aquella vida! ¡Qué gran bien fue que ambos muriesen! Me quedé sola en el mundo. ¿Para qué? Para adquirir el conocimiento de que tengo un pésimo carácter, de que soy ingrata, de que no se puede sacar de mí ningún partido, de que no soy útil á nada ni á nadie.

Mariana volvió el rostro; su mano se deslizó por el banco. Nejdanof sintió piedad hacia la joven, y quiso coger aquella mano abandonada; pero Mariana la retiró con viveza, no porque el movimiento del joven le pareciera atrevido, sino porque no quería por nada del mundo aparecer que mendigaba simpatía.

A lo lejos, entre la espesura de los álamos, se vió un vestido de mujer.

Mariana se levantó.

—Mire usted—dijo.—Su Madonna nos manda un espía: esa criada tiene el encargo de vigilarme y de decir á su señora en dónde estoy y qué hago. Sin duda mi tía se ha figurado que estoy con usted, y le parece que eso es poco conveniente, sobre todo después de la escena sentimental que ha representado con usted. Además, ya es tiempo de volver. Vamos.

Mariana se levantó. Nejdanof hizo lo mismo. La miró á hurtadillas, y por su semblante pasó una expresión casi infantil, graciosa y un tanto ruborizada.

—¿No está usted enfadado conmigo, verdad? No piense usted que he tratado de fingir delante de usted. No, no lo crea— continuó antes de que Nejdánof tuviese tiempo de contestarle.—¿No es usted desgraciado como yo?..... Su carácter, ¿no es también malo como el mío? Mañana iremos juntos á la escuela como dos buenos amigos.

Cuando Mariana y Nejdánof llegaron cerca de la casa, madama Sipiaguin los vió venir desde el balcón con su lente, y sonriendo, como de costumbre, movió cariñosamente la cabeza. Después, salvando la puerta vidriera, que estaba abierta de par en par, y entrando en el salón, donde Mr. Sipiaguin estaba ya sentado para jugar á las cartas con el vecino desdentado, dijo lentamente y marcando mucho las sílabas:

—¡Hay tanta humedad ahí fuera!..... Eso es muy malsano.

Mariana y Nejdánof cambiaron una mirada. Sipiaguin, que acababa de perder un juego, dirigió á su mujer una mirada de alto á abajo, una verdadera mirada de ministro; después, esta misma mirada se fijó sobre la pareja que volvía del jardín, ya envuelto en sombras.

#### XIV

Pasaron quince días. Todo seguía su marcha ordinaria. Sipiaguin distribuía las ocupaciones cotidianas como un ministro, ó por lo menos como un director de departamento, conservando siempre su aire de superioridad, afable, aunque un tanto desdeñoso. Kolia daba sus lecciones.

En Ana Zakarovna se notaba cierto mal humor oculto que no osaba manifestarse.

Los visitantes llegaban, discutían, jugaban á las cartas, y no parecía que se fastidiasen. Valentina continuaba coqueteando con Nejdánof, aunque, al presente, su amabilidad no estaba exenta de ironía.

Nejdánof había llegado á ser íntimo de Mariana, notando

con gran sorpresa que tenía el carácter bastante igual y que se podía hablar con ella de todo sin que incurriera en una contradicción manifiesta. Dos veces fueron juntos á visitar la escuela; pero desde la primera visita convinieron en que perdían el tiempo. Por la voluntad formal de Sipiaguin, el diácono de la parroquia era director absoluto de la escuela.

Este diácono enseñaba á leer y á escribir bastante bien, aunque con procedimientos un tanto anticuados. En los exámenes solía hacer preguntas muy originales. Un día preguntó á Gorós:

—¿Cómo puede explicarse aquella frase de la *Biblia* «las aguas sombras en las nubes»?

A lo cual Gorós, siguiendo las explicaciones de su maestro, contestó:

—Eso es inexplicable.

La escuela, además, iba á cerrarse muy pronto á causa de los trabajos del estío: hasta el otoño permanecía cerrada.

Recordando las recomendaciones de Paklin y de sus otros compañeros, Nejdánof trató de ponerse en relación con los aldeanos; mas notó bien pronto que se limitaba á estudiarlos en la medida de sus facultades de observador, pero que no hacía la menor propaganda entre ellos.

Había pasado la mayor parte de su vida en San Petersburgo; no los conocía; de modo que entre él y los campesinos existía un abismo que todos sus esfuerzos no podrían salvar.

En cierta ocasión cambió algunas palabras con el borracho Cirilo y con Mendelei Dutik, mas, cosa extraña, estaba tímido en su presencia, y no había podido conseguir de ellos más que dos ó tres juramentos enérgicos, pero vagos.

Otro campesino, llamado Fituïef, le miró con asombro. Era un mozallón de figura extremadamente enérgica y de cabeza vigorosa y fuerte. «He aquí mi hombre», pensó Nejdánof. Después se encontró con que Fituïef era un gandul sin energía, á quien el municipio le había retirado su parte de tierra, porque siendo robusto y fuerte, *no podía trabajar*.

—¡No puedo!—decía con voz llorosa y sollozando con suspiros que le salían de las entrañas.—¡No puedo trabajar! Matadme si queréis. Primero que trabajar, me iré por mí mismo á la cárcel.

Y acababa por pedir limosna.

—¡Un kopek para comprar un panecillo!

¡Un hombre como una torre, con una figura digna de Rinaldo Rinaldini!

No fue más afortunado Nejdánof con los obreros de la fábrica. Los unos eran terriblemente *desiguales*, los otros de carácter reconcentrado. Nada fue posible conseguir de ellos. Con este motivo escribió á Siline una larga carta en la cual se quejaba de su mala suerte, que atribuía á lo mal dirigido de su educación y á sus miserables tendencias estéticas.

Pensó entonces que su verdadera vocación en la obra de propaganda no era hablar, sino escribir. Pero este propósito fracasó también. Todo cuanto escribía le parecía falso en la expresión y en el lenguaje, y á las dos veces de haberlo intentado caía en la versificación ó en divagaciones escépticas puramente personales.

Se decidió al cabo—gran muestra de confianza y de intimidad—á hablar de sus poco afortunados éxitos con Mariana, y vió con gran sorpresa la simpatía que la joven sentía, no por su literatura, sino por cierta enfermedad moral que él padecía, y de la que participaba también Mariana. Era la joven, como él, una enemiga declarada de la Estética, y por consiguiente, merced á una contradicción de la cual no se daba cuenta Mariana, la carencia de gustos estéticos en Markelof había sido la causa por la cual le había desatendido.

Mas nada hay tan fuerte en nosotros mismos como aquello que existe en nosotros y que apenas entrevemos. Así pasaban los días lenta y desigualmente, pero sin fastidio.

Se encontraba Nejdánof en un estado de espíritu bastante singular. Estaba descontento de sí mismo y de lo que hacía, ó más bien de lo que no hacía; sus palabras expresaban siem-

pre cierta amargura particular, propia del despecho que sentía hacia sí mismo, y sin embargo, allá en el fondo, en los pliegues más secretos de su alma, experimentaba cierto bienestar, algo que se parecía á la complacencia. ¿De dónde podía provenir aquello? ¿De la tranquilidad del campo? ¿Del aire? ¿Del estío? ¿De la vida regalada y fácil? ¿Dependería, acaso, de que era aquella la vez primera en su vida que experimentaba la dulzura que nos comunica el contacto de un alma femenina? De cualquier modo, y á pesar de las lamentaciones confiadas á Siline, completamente sinceras, no se apresuraba por variar de vida.

Faltaba poco para que el espíritu de Nejdanof cambiase inopinada y violentamente en un solo día.

Una mañana recibió una carta del misterioso Vasili Nicholaievitch, en la cual se le mandaba, lo mismo que á Markelof —y hasta nueva orden— ponerse en comunicación con Solomin y con cierto comerciante, viejo creyente, domiciliado en S.....

Esta carta preocupó mucho á Nejdanof, pareciéndole leer en ella cierta alusión á su inactividad. La amargura que hasta entonces había existido sólo en sus palabras, le invadió por completo.

A la hora de comer, Kallomeitsef se presentó todo alborotado y cariacontecido.

—¡Figúrense ustedes— gritaba con voz casi lacrimosa— qué noticia acabo de leer en un periódico! Mi amigo, mi querido Michel, el Príncipe de Servia, acaba de ser asesinado en Belgrado por unos miserables. ¿Hasta dónde van á llegar esos jacobinos, esos canallas, si no se les sujeta con mano de hierro?

Sipiaguin se permitió indicar que aquel asesinato horrible no debían de haberlo cometido los jacobinos, cuya existencia era problemática en Belgrado, sino gentes del partido de Kara-Gheorgi, enemigo de los Obrenovitch.

Mas Kallomeitsef no le prestaba atención. Con la misma voz llorosa continuó recordando lo buen amigo que había sido

el Príncipe para él. ¡Qué magnífico fusil le había regalado! Excitándose cada vez más, Kallomeitsef pasó de los jacobinos extranjeros á los nihilistas y socialistas de Rusia, contra los cuales enderezó una verdadera filípica. Cogiendo un panecillo y haciéndolo migas en la sopa, como acostumbran á hacer los parroquianos del café Riche, expresó su deseo de romper, de destruir, de reducir á polvo á los que hacían oposición al Gobierno, «cualesquiera que fuesen».

—Cuestión de tiempo—gritó tomando una cucharada.—  
Cuestión de tiempo—repetía presentando un vaso al criado que servía el Jerez.

Habló con veneración de los eminentes publicistas de Moscú, y *Ladislav, nuestro bueno y querido Ladislav*, no se le caía ni un instante de la boca.

Durante todos estos discursos no cesaba de mirar á Nejdánof, como diciéndole: «Esto va por tí, chúpate esa, y ésta y esta otra.....»

El estudiante perdió al cabo la paciencia, y con voz un tanto ronca y algo temblona, aunque no de miedo, se puso á defender las esperanzas, las tendencias, los principios de la nueva generación.

Kallomeitsef comenzó á chillar (la indignación se traducía en él por notas de falsete), y se hizo hasta grosero.

Sipiaguin tomó majestuosamente la defensa del joven; Valentina siguió el ejemplo de su marido; Ana Zakarovna se esforzaba por que Kolia no entendiese de lo que se hablaba, y dirigía miradas furiosas á uno y otro lado por entre las puntillas flotantes de su cofia. Mariana permanecía inmóvil y como petrificada.

Mas de repente, al oír por vigésima vez el nombre de Ladislav, Nejdánof no pudo contenerse, y dando en la mesa un golpe con la palma de la mano, gritó:

—¡Valiente autoridad! ¡Como si no supiésemos quién es el tal Ladislav! ¿Un vendido, un sicario!.....

—¡Ah, ah! ¡Có..... có..... mo!—gritó Kallomeitsef, tarta-

mudeando de rabia.—¿Cómo se atreve usted á expresarse de esa manera contra un hombre que es respetado por personajes tales como el conde Blasenkof y el príncipe Kovrijkine?

Nejdanof se encogió de hombros.

—¡Hermosa recomendación! ¡El príncipe Kovrijkine!..... ¡Un lacayo entusiasta!.....

—Ladislas es mi amigo—gritó Kallomeitsef,—es mi compañero, y yo.....

—Tanto peor para usted—le interrumpió Nejdanof.—Eso quiere decir que participa usted de su manera de ver, y mis palabras se refieren, por consiguiente, á los dos.

Kallomeitsef estaba pálido.

—¡Có..... ómo!..... ¿Qué?..... ¿Se atreve usted?..... Merecería usted que al punto.....

—¿Qué es lo que yo merecería, señor?—volvió á interrumpirle Nejdanof con irónica cortesía.

Sabe Dios de qué manera hubiera terminado este tiroteo entre los dos enemigos, si Sipiaguin no se hubiese apresurado á cortar la discusión. Elevando la voz y tomando una actitud en que no era fácil distinguir qué predominaba en ella, si la gravedad del hombre de Estado ó la dignidad de amo de casa, declaró con tranquila firmeza que deseaba no seguir oyendo aquellas expresiones tan poco mesuradas; que largo tiempo se había impuesto, como regla irrevocable, respetar todas las convicciones, pero con la condición expresa (y al llegar aquí levantó el dedo índice, adornado con una sortija blasonada) de que fuesen defendidas dentro de los límites de la dignidad y de la conveniencia; que si de una parte no podía tolerar á Nejdanof su intemperancia de lenguaje, hija de su juventud, de otra no podía tampoco aprobar la vivacidad con que Kallomeitsef había calificado á las personas del campo opuesto, vivacidad, sin embargo, explicable á causa de su celo por el bien público.

—Bajo el techo de esta casa—siguió diciendo;—bajo el techo de la casa de los Sipiaguin no hay ni jacobinos ni sica-



rios; no hay más que personas de buena fe que, después de ponerse de acuerdo, acabarán por darse la mano.

Nejdanof y Kallomeitsef guardaron silencio, pero no se dieron la mano. No había llegado el momento de ponerse en buena armonía. Por el contrario, jamás habían sentido mayor rencor el uno y el otro.

La comida terminó en medio de un silencio molesto. Sipiaguin trató de contar una anécdota diplomática, pero no llegó á contarla.

Mariana miraba obstinadamente el fondo de su plato. Quería no demostrar la simpatía con que escuchaba las palabras de Nejdanof; no porque sintiese miedo, nada de eso, sino porque no quería venderse ante los ojos de Mad. Sipiaguin, cuya mirada sentía pesar sobre ella, atenta y penetrante.

Lo cierto es que Mad. Sipiaguin no cesaba de mirar á Mariana y á Nejdanof. La inesperada salida del estudiante le había asombrado en un principio. Luego experimentó como una revelación, una especie de luz interior que le había hecho decir involuntariamente: «¡Ah!.....» Mad. Sipiaguin había comprendido que Nejdanof se apartaba de ella. ¡Nejdanof, que poco tiempo antes parecía acudir á su llamada!..... ¿Qué es lo que había pasado?..... ¡Sin duda Mariana!..... Sí, aquello era. Él gustaba de ella..... y ella.....

«¡Será menester tomar precauciones!.....!» Con esta exclamación puso fin Mad. Sipiaguin á su monólogo mental.

Durante este tiempo, Kallomeitsef parecía sofocado por la indignación. Dos horas después, jugando á la preferencia, decía aún *paso ó juego* con voz alterada, y manifestando en todos sus ademanes el despecho de la injuria no vengada.

Solamente Sipiaguin se mostraba encantado de la anterior escena. Se le había presentado la ocasión de mostrar el poder de su elocuencia y de apaciguar la tempestad pronta á estallar. Sipiaguin sabía latín, y no desconocía el *quos ego* de Virgilio. No llegaba á compararse con Neptuno, pero en aquel momento no le desagradaba el recuerdo del dios de los mares.

## XV

En el primer momento propicio, Nejdanof se retiró y fué á encerrarse en su cuarto. A nadie quería ver, excepto á Mariana.

El cuarto de la joven estaba situado al extremo de un largo pasillo que atravesaba todo el piso superior. Nejdanof no había entrado más que una vez en él, y como de pasada, permaneciendo sólo unos cuantos minutos; mas le parecía que Mariana no se incomodaría si aquella noche llamaba él á su puerta, y aun pensaba que la joven debía de tener deseo de hablar con él.

Era ya tarde, las diez próximamente. Los dueños de la casa, después de la escena de la comida, no se habían vuelto á ocupar de Nejdanof, y continuaban su partida con Kallomeit-sef. A las dos manos del juego, Mad. Sipiaguin notó que Mariana había desaparecido poco después de terminada la comida.

—¿Dónde está Mariana Vikentievna?—preguntó una vez en ruso y luego en francés, sin dirigirse á nadie en particular, pero mirando á las paredes, como suelen hacer las personas asombradas; después de lo cual no tardó en atender de nuevo al juego.

Nejdanof estuvo dando paseos, durante algún tiempo, á lo largo de su cuarto; después tomó el corredor, dirigiéndose á la puerta del gabinete de Mariana, y llamó suavemente. Nadie respondió. Llamó por segunda vez y procuró abrirla..... La puerta estaba cerrada. Pero apenas había tenido tiempo de volver á su habitación y de sentarse, cuando á la puerta de su cuarto oyó la voz de Mariana, que decía:

—Alejo Dmitrich, ¿ha sido usted quien ha llamado en la puerta de mi cuarto?

Nejdanof se levantó de un salto y se lanzó al corredor.

Mariana estaba en pie delante de la puerta, pálida é inmóvil, con una bujía en la mano.

—Sí, yo.....—murmuró el joven.

—Venga usted—respondió Mariana.

Siguió el corredor; pero, antes de llegar al extremo de él, la joven se detuvo delante de una puerta pequeña, empujándola con la mano. Nejdanof pudo ver entonces una salita casi vacía.

—Entremos aquí, Alejo Dmitrich: nadie nos interrumpirá.

Nejdanof obedeció. Mariana colocó la luz en la repisa de una ventana, y se volvió hacia él.

—Comprendo por qué razón tenía usted deseo de verme. Se le hace á usted dura la vida en esta casa y á mí también.

—Sí; tenía deseo de hablar con usted—respondió Nejdanof;—pero la vida no es dura para mí en esta casa desde que la conozco á usted.

Mariana se sonrió con expresión pensativa.

—Gracias, Alejo Dmitrich; pero, dígame usted, ¿tiene intención de permanecer aquí después de lo que ha pasado?

—Pienso que no, porque se me despedirá—respondió Nejdanof.

—¿Y no rehusaría usted por sí mismo permanecer aquí?

—No.

—¿Por qué?

—¿Quiere usted saber la verdad? Porque usted está en esta casa.

Mariana bajó la cabeza y dió un paso hacia atrás.

—Además,—continuó Nejdanof—tengo la obligación de estar aquí. Usted no lo sabe, pero yo quiero decírselo. Es un deber para mí el hablar á usted con franqueza.

Se aproximó á Mariana y cogió una de sus manos: la joven no la retiró.

—Escúcheme usted—exclamó con un súbito y violento arrebató;—escúcheme usted.

Y sin tomar asiento en una de las dos ó tres sillas que amueblaban la sala, siempre en pie delante de Mariana, y reteniendo entre las suyas las manos de la joven, Nejdanof, con una sinceridad, con un fuego, con una elocuencia que á él mismo le sorprendieron, puso al corriente de todos sus planes á la sobrina de Sipiaguin, le expuso sus propósitos y las causas que le habían impulsado á aceptar la proposición de su tío. Le habló de sus amistades, de su pasado, de cuanto él ocultaba, de todo lo que jamás había revelado, de las cartas que había recibido, de Basilisio Nicholaievitch, de todo, en fin... hasta de Siline.

Hablaba rápidamente, sin interrupción, sin vacilaciones, como si se acusase de no haber puesto antes á Mariana al corriente de sus secretos, como si hubiese querido disculparse á los ojos de ella.

La joven le escuchaba con ávida curiosidad. Su primera impresión fue de profundo asombro. Pero este sentimiento se desvaneció en seguida. El reconocimiento, el orgullo, unidos á una resolución inquebrantable, llenaron su alma. Su rostro y sus ojos resplandecían. Colocó la mano que le quedaba libre entre las manos de Nejdanof; sus labios se entreabrieron con expresión de entusiasmo. En aquel momento estaba verdaderamente hermosa.

Alejo se detuvo: le parecía que veía por primera vez aquel rostro que al mismo tiempo le era tan querido y familiar.

Respiró larga y profundamente.

—¡Ah! ¡Qué bien he hecho en decírselo á usted todo!— murmuró con esfuerzo.

—Sí, ha hecho usted bien, ha hecho usted bien—dijo la joven en voz baja (imitaba involuntariamente á Nejdanof), y con acento entrecortado añadió:—Usted sabe, ¿no es verdad?, que yo estoy á la devoción, á las órdenes de usted; que yo también quiero ser útil á la obra; que estoy pronta á hacer cuanto sea necesario, á ir adonde se me ordene; que toda mi alma tiene el mismo afán que tiene la de usted.

Guardó silencio. Una palabra más y sus ojos se hubieran llenado de lágrimas de agradecimiento. Su naturaleza resistente se trocó en un momento en algo blando como la cera. En aquel instante la consumía la sed de la acción, del sacrificio, pero del sacrificio inmediato.

Sonaron pasos detrás de la puerta, furtivos, ligeros y rápidos.

Mariana se irguió vivamente y separó sus manos de las de Nejdánof. Había cambiado completamente, y resultaba casi alegre. Cierta no sé qué de desdeñoso y atrevido pasó por su semblante.

—Sé que se nos espía en este momento—dijo en voz tan alta, que el eco del corredor repitió cada una de sus palabras. —Mad. Sipiaguin nos escucha... Pero me es indiferente.

Cesó el ruido de pasos.

—Dígame usted—siguió Mariana dirigiéndose á Nejdánof—qué es lo que debo hacer. ¿Cómo puedo serle útil? Hable usted, hable usted en seguida: ¿Qué debo hacer?

—No sé todavía... He recibido carta de Markelof.

—¿Cuándo, cuándo?

—Esta noche. Es preciso que me vea mañana con él en la fábrica de Solomine.

—Sí, sí: ¡qué excelente hombre es Markelof! ¡Qué amigo más verdadero!

—¿Como yo?

Mariana miró á Nejdánof frente á frente.

—No; como usted, no.

—¿Cómo entonces?

La joven se volvió.

—¡Ah! No sabe usted lo que ha llegado á ser para mí, ni lo que experimento en este instante.

El corazón de Nejdánof empezó á latir alto y fuerte: involuntariamente bajó los ojos. Aquella joven que le amaba, á él, pobre, vagabundo, sin asilo, que se le confiaba y que estaba pronta á seguirle, á correr con él hacia un mismo y solo

objeto; aquella valerosa joven representaba para Nejdánof en aquel momento la encarnación de todo lo que él consideraba como bueno y generoso sobre la tierra: el emblema de la amistad femenina, fraternal, familiar, que jamás había conocido; la encarnación de la patria, de la felicidad, de la lucha y de la libertad.

Levantó la cabeza y vió otra vez los ojos de Mariana fijos en los suyos. ¡Oh, cuán fuertemente penetraba aquella franca y clara mirada hasta lo más profundo de su ser!

—Mañana parto—dijo con voz temblorosa.—Cuando vuelva diré á usted... (experimentaba cierta dificultad al hablarle de usted), diré á usted lo que sepa, lo que se haya decidido. A partir de hoy, cuanto haga, cuanto piense, todo, todo *te* lo diré...

—¡Oh, amigo mío!—exclamó Mariana cogiéndole de nuevo la mano.—Lo mismo haré yo *contigo*.

Aquel *tú* había surgido tan fácilmente como el tuteo entre compañeros.

—¿Puedo ver la carta?

—Ahí la tienes.

Mariana la recorrió con la vista y miró luego á Nejdánof con cierta especie de veneración.

—¿Misiones tan importantes se te confían?

Respondió el joven con una sonrisa, y guardó la carta en el bolsillo.

—Es extraño—dijo.—Sabemos que nos amamos, y no nos hemos dicho ni una sola palabra de amor.

—¿Para qué?—murmuró Mariana, y bruscamente se arrojó á su cuello, apoyando la cabeza en el hombro del joven.

Mas no cambiaron ni un solo beso; hubiera sido vulgar... y al mismo tiempo terrible. Tal era, por lo menos, el pensamiento de uno y otro. Se separaron estrechándose fuertemente la mano.

Tomó Mariana la bujía que había dejado en la repisa de la ventana de aquella habitación despoblada, y solamente en-

---

tonces sintió cierta sensación de desvanecimiento. Sopló la luz, se deslizó á lo largo del corredor enmedio de una sombra obscuridad, entró en su cuarto, se desnudó y se acostó enmedio de aquella sombra que en aquel momento le era tan necesaria como agradable.

IVAN TURGUENEFF.

*(Se continuará).*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEO DE INSTRUCCIONES

## LA EDUCACION SOCIAL DEL OBRERO

---

Bajo este epígrafe — que ni es completo ni exacto — agrupamos, á título de ejemplos, algunos documentos suficientes para dar idea del fin general al que tienden diversas obras tan atrevidas como interesantes, y de un carácter absolutamente inglés. Nos permitimos insertar, á manera de prefacio de esta sección, los siguientes pasajes de una carta del R. J. B. Paton, uno de los primeros y más ardientes promovedores del movimiento que intentamos dar á conocer.

..... Envío á usted, una colección de documentos impresos con algunas notas complementarias.

Esos documentos se refieren á tres grupos de asuntos:

1.º Figuran en primer término los que se refieren á las *clases recreativas y prácticas* que nuestra Institución se esfuerza en plantear en el mayor número posible de escuelas nocturnas. (1) No insisto más en esto. Desde luego comprenderá usted por qué deseamos que resulten atractivas esas clases nocturnas, tanto para muchachos como para muchachas. Los adolescentes de uno y otro sexo trabajan durante el día, y considero inhumano, y de seguro inútil, darles una enseñanza del

---

(1) V. el trabajo de M. Flower.



propio modo que se da en las escuelas diurnas. Es preciso ante todo no olvidar que están cansados y que no conviene cansarlos más. Por el contrario, es preciso proporcionarles algo de luz, de goce y de alegría; es preciso, en primer lugar, interesarlos. ¿No es, además, una parte muy necesaria y hasta esencial de la educación, la educación física, el cuidado de perfeccionar el cuerpo? ¿No lo es también la de procurar fortificar su juicio, despertar su imaginación, hacerles descubrir, apreciar y amar los más puros y más nobles goces, los del espíritu?

2.º Un segundo grupo de documentos refiérese á lo que llamamos la *educación secundaria de los obreros* (1). Debemos suponer que la escuela nocturna ha cumplido su misión cuando el alumno tiene la edad de quince á diez y seis años: en ese momento es cuando debe comenzar el segundo grado de educación que necesitan nuestros jóvenes obreros de uno y otro sexo. Recomiendo, pues, muy especialmente á la atención de usted lo que he dicho acerca de este asunto; si puedo añadiré más tarde una memoria enviada por importantes corporaciones obreras que manifiestan opiniones que los obreros de Francia podrían muy bien hacer suyas.

3.º Con respecto á la *lectura á domicilio* (2), creo que pensará usted como yo, que es una obligación para nosotros, luego que hemos comunicado la facultad de leer y despertado la necesidad de la lectura, hacer cuanto nos sea posible por procurar una lectura sana que á la vez sea recreativa é instructiva.

Hay dos clases de lectores para los cuales hacemos ciertos arreglos especiales fuera de los que ya hemos hecho; son: 1.º los obreros y obreras; 2.º los jóvenes que están aún en la escuela en las clases superiores ó que han dejado la escuela. Tendría un gran gusto en dar á conocer á usted ulteriormente lo que

---

(1) V. luego.

(2) V. más adelante.

nos proponemos hacer para esas dos clases. Entre tanto, tengo un gran placer en enviarle esos artículos, que sin duda le interesarán y le mostrarán lo que ya hemos hecho.

J. B. PATON.

Nottingham, Enero, 1896 (1).

## I

### EDUCACIÓN SECUNDARIA DE LOS OBREROS

Es necesaria una educación que continúe la primaria, para la juventud de nuestras clases obreras. Esta educación la llamamos «educación secundaria.»

A nuestro parecer, esta «educación secundaria de los obreros» designa aquella cultura que conviene á los adultos de uno y otro sexo después de los catorce años, si han completado su enseñanza primaria en las escuelas nocturnas. Enderezada esta educación secundaria á la vez á continuar la educación elemental, y á preparar de una manera particular para la vida del trabajo que comienza para esos jóvenes, es preciso estudiar las condiciones en que se encuentran—la mayoría ocupados durante el día en difíciles trabajos—y es preciso además examinar no sólo sus necesidades presentes, sino también las de la vida que ante ellos se abre y para la cual debe armarlos la educación.

Esos jóvenes pueden clasificarse en dos categorías: la primera comprende los más inteligentes, los más ambiciosos, los que han pasado por las secciones superiores de las clases primarias—hay para esta categoría cursos de ciencias y de artes muy diversos—pero no forma más que la quinta parte de la totalidad de los jóvenes; la segunda categoría comprende las

(1) Trad. frac. de la señorita Luisa Goudchaux.

otras cuatro quintas partes: para estos se necesita una educación secundaria que les dé una enseñanza útil, que eleve y purifique sus gustos, que les prepare para los deberes de su vida social y culta, y que les facilite el acceso á alguno de los placeres elevados que, como la luz y el aire del cielo, deben ser puestos al alcance de todos, sean las que fueren sus facultades mentales y su posición social.

No podemos creer que á los catorce años de edad, cuando el niño deja la escuela primaria, ó á los diez y seis, cuando deja la nocturna complementaria, esté la educación de nuestra juventud terminada. No queremos admitir que se abra un estrecho paso para algunos hijos de obreros, y que no se abra amplia avenida para conducir por ella á la gran mayoría de los hijos de nuestras clases obreras, durante los años más peligrosos de la vida, esos años de los comienzos de la adolescencia cuando el carácter se forma y los hábitos se fijan.

El plan de educación que se puede trazar para esta mayoría, debe tener en cuenta su naturaleza y sus necesidades presentes y futuras. No hay sino acordarse de la obligación que esto supone: la educación secundaria deberá obrar de suerte que plazca á los jóvenes, que les atraiga y les instruya por el interés que excite, los beneficios y los placeres que ofrezca.

Proponemos que algunos de los grupos escolares de Londres se abran, por la noche, á nuestros jóvenes, bajo el nombre de *Institutos sociales*: hemos elegido ese nombre porque en esos establecimientos deberán ofrecerse tanto «los placeres recreativos y de sociedad» que atraen, como la educación práctica y popular. El plan siguiente comprende seis divisiones, que combinan los elementos recreativos y sociales con los elementos de cultura intelectual.

### I.—EDUCACIÓN FÍSICA.

Nuestros jóvenes, que en su mayoría están todo el día encerrados en las fábricas ó en los almacenes, deben poder en-

tregarse á la noche á ejercicios físicos higiénicos que fortifiquen y disciplinen su cuerpo, que además desenvuelvan en ellos cualidades de carácter, el sentimiento y el deber del compañerismo, la obediencia, el espíritu de orden, la emulación y la franqueza. Cuantos se ocupan en la educación de los jóvenes de diez y seis á veinte años, saben que los ejercicios físicos son necesarios para formar lo que se puede llamar los hábitos morales del cuerpo.

En los colegios, el cricket, el foot-ball y la pelota, son partes tan esenciales de la educación como la enseñanza: lo mismo debe ocurrir con los hijos de los obreros. El gimnasio es, pues, uno de los rasgos característicos de nuestra Institución: la lanza, el palo, los balancines, las mazas indias, los movimientos de conjunto con acompañamiento de música y otras clases de ejercicios físicos, con los cuales los jóvenes estarán entre sí en lucha dirigida obedeciendo á sus jefes respectivos. Se podrán organizar clubs de cricket, de foot-ball, de natación, etc., aplicados á nuestras instituciones.

## II.—EDUCACIÓN SOCIAL.

Bajo este epígrafe un tanto ambicioso—*Social exercises*—se comprende el conjunto de los ejercicios con los cuales los jóvenes emplean agradablemente sus ocios; pero va unida á ellos la adquisición de cualidades de un orden más elevado y muy apreciadas en las reuniones. Haremos, pues, música vocal é instrumental. La clase de violín, á dos peniques, del *Midlan Institute* de Birmingham, muestra lo que se puede hacer por la educación musical de esos jóvenes de las clases obreras que, poco dotados para el estudio, tienen para la música aptitudes que basta desenvolver para contribuir á los goces de sus familias y de la esfera de sus relaciones. Otros instrumentos, la cítara, por ejemplo, son muy del gusto de los jóvenes de Londres: el estudio de esos instrumentos permite á cada instituto

tener su sociedad musical y satisfacer así las aficiones de la vecindad por los conciertos y las reuniones. Añadiremos, además, clases de recitación y representaciones teatrales: es de notar que muchos jóvenes del pueblo recitan con gusto. El cultivo de esta aptitud será no sólo un medio de hacer que acudan al Instituto los que la poseen, sino también de atraer y de interesar á los demás.

### III.—ENSEÑANZA ESTÉTICA Ó EDUCACIÓN DE LOS SENTIDOS.

La palabra *estética* podrá aplicarse á esta enseñanza si se entiende en su acepción etimológica de educación de los sentidos. Bajo tal epígrafe se comprenderán, por tanto, los ejercicios que conducen al ojo á apreciar la belleza de la forma y del color, y á la mano á reproducir lo que el ojo se haya habituado á ver. Existe un gran número de ejercicios fundados en los principios froebelianos, interesantes y recreativos, y que convienen á los jóvenes de diez y seis á diez y nueve años. Esos ejercicios podrán, además, constituir una preparación técnica elemental, en cuanto enseñan los principios de «construcción» al propio tiempo que inculcan los elementos de la belleza y del orden, y hacen la mano apta para ejecutar trabajos que reclaman destreza y delicadeza. El modelado, la escultura en madera, los trabajos en relieve, el trabajo en hierro forjado, el cobre, el dibujo, etc., atraen la atención de los jóvenes y constituyen una excelente preparación profesional.

### IV.—ENSEÑANZA PRÁCTICA Ó PROFESIONAL ELEMENTAL.

Tres clases de enseñanza práctica interesan mucho á los jóvenes, aun á aquellos que no están preparados para recibir una enseñanza regular en nuestras escuelas profesionales:

a)—La aritmética aplicada: pocas enseñanzas hay tan es-

timulantes y tan útiles como la que enseña á medir las alturas, las superficies, los volúmenes de los diferentes cuerpos.

b)—El uso y empleo de los útiles y la fabricación de objetos comunes.

c)—La recomposición de calzado y de los vestidos.

. . . . .

#### V.—ENSEÑANZA PROPIAMENTE DICHA.

El objeto de esta división será instruir á la numerosa clase de jóvenes que no pueden estudiar y cuyos gustos es necesario tener en cuenta. Casi todos los niños tienen una afición particular: á éste le interesan las plantas, á aquél los insectos; á este otro las aves, al de más allá otros animales. Debe utilizarse esta afición para dirigir á los niños hacia el conocimiento más amplio del mundo que les rodea. A otros—ó á esos mismos—se les enseñarán los grandes acontecimientos de la historia contemporánea, y las cosas más notables de la geografía... por medio de conferencias en las que habrán de emplearse las fotografías, los grabados y la linterna mágica. Semejante enseñanza les proporcionará un conocimiento práctico y serio de los grandes hechos de la historia y de la geografía.

La ciencia, tal como está expuesta en los manuales, tiene escaso atractivo para los niños. Pero la ciencia de las cosas ordinarias que conocen ya y que se relacionan con su vida diaria y con su trabajo del taller, podrá, por medio de tales procedimientos, hacer que les resulte interesante.

#### VI.—ENSEÑANZA MORAL.

Toda enseñanza, toda educación debe obrar sobre el carácter y sobre la conducta. Pero hay materias especiales que obran más directamente sobre las costumbres, y que á la vez pueden interesar á los niños é influir de una manera eficaz sobre su carácter. Dos de esas materias figuran en el programa de las

escuelas nocturnas y deben encontrar su lugar propio en los Institutos sociales: son la *instrucción cívica* y la *higiene*,—la higiene á la cual deben referirse ante todo los trabajos de la ambulancia, y además las sociedades de salvamento y de bomberos, así como otras formas del mutuo auxilio.

Podríanse añadir á esta enseñanza cursos sobre el *ahorro*, sea independientemente, ó bien como una rama de la economía doméstica, y el hábito del ahorro podría desenvolverse por el *Penny Bank*, por los seguros contra las enfermedades ó los accidentes, con diversas cajas de ahorro para asuntos especiales—permanentes y temporales—y mediante las formas más populares de la tontina.

En una ó en otra de esas seis divisiones del *Instituto social* siempre habrá alguna cosa que atraerá é interesará á los menos animosos y aficionados de los jóvenes, y se podrá luego llevarles gradualmente—gracias á la emulación y á la excitación de un interés propio—hasta recibir esta educación secundaria que asegurará el desenvolvimiento—apropiado á su edad y á su medio—de todas sus facultades físicas é intelectuales. El joven se sentirá impulsado más especialmente á cultivar sus aficiones particulares, hasta convertirlas en una fuente de placeres y de provecho propio y de los demás. Y por tal camino su vida toda se sentirá elevada en una cierta medida, al propio tiempo que recibirá una enseñanza práctica capaz de ayudarle en su profesión y en el cumplimiento de sus deberes individuales y sociales....

Puede, pues, darse una enseñanza secundaria á todos los jóvenes de nuestro país después que hayan dejado la escuela primaria y la nocturna. Esta educación no debe ser el privilegio de los más inteligentes y de los menos pobres. Debe ser común á todos y dirigida de tal suerte, que sea útil á todos, preparándolos á la vida por entero (1).

J. B. PATON.

---

(1) Traducción y resumen para la edic. franc. de M. G. Mouchet, profesor de la Escuela Colbert.

## II

## EL SALÓN DEL PUEBLO

## UNA EXPERIENCIA DE DEMOCRACIA CRISTIANA

Todos los jueves, durante todo el año—salvo una quincena en Septiembre—se celebra una interesante reunión en Cleveland Hall. Llámase á esto el *Salón del pueblo*, y merece un serio estudio por parte de los reformadores sociales. Es una «reunión de sociedad» para la gente del Oeste de Londres, para cuantos habitan la calle Cleveland y sus alrededores. Reciben allí los agentes de la misión del Oeste de Londres. El jueves último me he acercado allí para ver como funciona esta obra notable y eminentemente cristiana, llevada á efecto para penetrar en las masas no levantadas aún, para llevar un poco de alegría, de calor y luz á la vida sin sol de una porción de obreros de la ciudad.

Los alrededores de Cleveland Hall son curiosos. Dirigiéndose desde la calle de Oxford hacia el Norte, se hunde uno repentinamente y de una manera inesperada en una aglomeración de tugurios. La vida de los habitantes es la que se observa de ordinario en el Este de Londres, y hasta en el Oeste, cuando no se conoce la capital. Las calles están alumbradas por mecheros de gas, y la faz iluminada por aquellos resplandores; vense allí las muchedumbres sucias, comprando en los tenduchos ruidosos toda clase de cosas, especialmente alimentos: poco apetitosos pedazos de carne y de jamón; pescado demasiado viejo, de olor desagradable, legumbres de todas especies...

El carácter cosmopolita de la gran ciudad os hiere á vuestro pesar; en todas partes se oye hablar francés, alemán, italiano, así como el más rico argot indio. Es el barrio anarquis-



ta. Aquí es donde el «Club autonomista» floreció últimamente: aquí es donde moran los anarquistas extranjeros: ¡quizá los hay allí todavía!

A la puerta de Cleveland Hall tropiezo con un rudo guardián que me advierte que no se puede entrar sin papeleta: buena precaución en muchos casos, pues no debe entrar quien no se proponga conducirse bien. En el interior, la hermana María da los billetes. Presentándome con otros, se me reconoce y entro. La sala está ya bastante llena de gente tranquila y de buen aspecto, alguna visiblemente muy pobre, pero todos limpios de faz y de vestidos. Allí están, conversando tranquilamente ó sentados en pequeños grupos alrededor de la mesa, jugando á algún juego ó mirando un álbum. Las hermanas Gertrudis, Emilia, Florentina, Adelina, Helda, Ester y otras, están diseminadas en la habitación, recibiendo á sus invitados y «distrayéndoles». Grupos de niños se divierten, unos corriendo alegres alrededor de la sala, otros jugando en el estrado, otros, por fin, contemplando en algún álbum las estampas de colores. Todo tiene un aire comfortable, reinando la igualdad más perfecta. En Cleveland Hall todos son iguales, y cada cual es el amigo de los demás. Muy pronto advertieron algunos de los presentes que yo era extranjero, y se acercaron á hablarme y á darme la bienvenida. Todos piensan, de seguro, que deben ser atentos conmigo y hasta se lo previenen unos á otros: un obrero se fue en busca de una silla y él y su mujer se esforzaron por aparecer lo más agradable posible. En un mostrador se ofrecen refrescos á precios muy reducidos. Nada se hace aquí por excitar á los asistentes al gasto ni por excitar su glotonería.

A poco rato llega M. Sherwall, encargándose de dirigir los entretenimientos de la velada. Un hermoso piano, prestado por M. Franks, uno de los «agentes de servicio» aquel día, estaba sobre el estrado, al extremo de la sala, y de vez en cuando M. Franks tocaba hermosos trozos ó acompañaba un solo de corneta de uno de los hijos de M. Pearse. Luego

M. Sherwall enseñaba un nuevo juego, cuyos misterios no he podido aclarar, á un grupo de las jóvenes de más edad, mientras que las hermanas se ocupaban en distraer á sus padres ó en divertir á sus hijos. A veces, podía contemplarse á una religiosa, en tierra, explicando el manejo de un juego de tablas á un niño de tres años, dándole un afectuoso beso. Más tarde las jóvenes, miembros del club de la hermana María, cantaron alegres canciones, placer este acogido con aplausos ruidosos. Uno de los más bonitos espectáculos era entonces un hermoso muchachito de dos años, de cabello lanoso, sentado en el tablado, dejando por el momento la construcción de su castillo, y dando las palmas al finalizar cada trozo. En su opinión, nada más hermoso podía hacerse y gozaba con todo su corazón.

Los presentes se habían dedicado á ocupaciones más duras que las que por el momento tenían, y podía notarse en sus rostros y en sus maneras testimonios de una vida menos culta; pero el contacto con los agentes de la obra, y sobre todo con las hermanas, había producido un fruto «de humanización, cristianizante.» No hay modo de poder resistir á la dulzura y á la afección. ¿Quién podría ser grosero y reñidor en esta sala? Por otra parte, aplícanse allí estrictamente y se observan todas las reglas: nadie menor de diez y ocho años es admitido sin sus padres. Y más de una vez he oído á un padre ó á una madre reñir á su hijo porque se exponía á destrozar ó á perder el juguete que tan benévolamente se había preparado para su entretenimiento. Sin embargo, los juguetes se usan y se pierden, aun en las familias más cuidadosas: así que convencido estoy de que se reserva la acogida más simpática á los juguetes y á los libros apropiados á este medio,—y al dinero destinado á comprarlos— que cualquiera de mis lectores quisiera enviar allí. Es difícil decir el placer que tales donativos producen, y nada puede medir su eficacia. Porque esas pequeñas atenciones muestran al pueblo que se le ama, que se piensa en él y en su felicidad. Y eso es bueno, porque tiene su parte de dolor, confortada con un valor maravilloso.

Preséntase, aquella noche, y es esto en beneficio suyo, lavado y vestido con sus mejores ropas, como para una visita en un salón. Pero la pena, la enfermedad y el pecado, han dejado profundas huellas en algunos rostros. Pocos minutos de conversación revelan que hay entre aquella gente muchos «sin trabajo», casi frente á frente con el hambre. Sin vacilaciones os cuentan la historia de su vida estrecha y llena de necesidades, muchas veces entristecida por la muerte de seres queridos, apenas amenizada una vez que otra, por azar, por una visita al campo ó á la ribera del mar. ¡Vida sin goces! Pero se les proporciona esa noche: es una velada agradable y alegre la que se pasa en el «Salón del pueblo.»

La idea es digna de ser imitada. Haría mucho bien á los ricos y egoistas una visita al *Salón del pueblo*, solicitando de la hermana María el permiso para poder entrar, para ver y aprender alguna cosa de la vida de la *otra mitad* del pueblo, de los mismos labios de esta *otra mitad* (1).

PRASINIANUS.

### III

## NUESTROS «INSTITUTOS SOCIALES»

EXTRACTO DEL «BOLETÍN DE LAS ESCUELAS NOCTURNAS»  
MAYO, 1893

La apertura de nuestros *Institutos sociales* no ha sorprendido poco la opinión pública. Se han recibido cartas de muy diversos puntos, conteniendo las más vivas manifestaciones de aprobación. Un periódico ilustrado ha hecho de nuestros

---

(1) Traduc. para la edic. franc. de M. Gaston Mouchet, profesor en la Escuela Colbert.

Institutos el tema principal de uno de sus números semanales, y en los demás periódicos hanse recogido testimonios de alta simpatía. En el número de Marzo de la *Review of Reviews*, M. Stead, hablando de la obra de nuestra asociación en general y de nuestros Institutos en particular, dice:

«En Enero último me congratulaba de ver como en tres ó cuatro de nuestros grandes grupos escolares se instalaban *Institutos sociales*, una de las experiencias sociales de nuestro tiempo, más curiosa, y la más rica en promesas. En el porvenir habrá al alcance de todo hombre un centro *comunal* de vida social. No es posible que cada cual tenga su salón, pero sí lo es que cada cual goce del salón común, abierto todas las noches en las escuelas. Es imposible que todo obrero tenga su gabinete de estudio, en el que lea los libros que le interesan y resuelva los problemas que le han preocupado durante el día; pero las salas de las escuelas pueden organizarse de modo que proporcionen salas de trabajo á los obreros laboriosos que deseen utilizarlas. Lo que los antiguos *Mechanics' Institutes* han intentado hacer, el *Instituto social* promete cumplirlo. La idea del *Instituto social* es la de un club democrático socialista, abierto á uno y otro sexo, y en el cual, en salas bien caldeadas, bien alumbradas y bien aireadas, puedan relacionarse los vecinos, conversar y divertirse mejor que en la calle y en las tabernas.

»No gusto de gritar: ¡*Eureka!*, pero si los hombres públicos—con el Doctor Paton á la cabeza—han logrado establecer centros sociales en algunas de las escuelas de Londres, habrán conseguido por fin poner su mano en la palanca destinada á levantar la vida social de las ciudades, por encima del abismo de intemperancia y aislamiento, en el cual se había hundido. Durante años hemos reclamado salas municipales, hasta declarar algunas enmedio de su cólera y de su desesperación, que quisieran ver la iglesia y la capilla destinadas á este uso, si no se encontraba otro sitio. Y he ahí que tenemos bien á la mano, enmedio mismo de la población, esos edificios im-

ponentes y especiales, con buena calefacción y luz, mucho aire, de una limpieza escrupulosa, con una gran sala en el centro y series de salas de clases propias para servir de lugares de reunión. ¡Y nadie hasta este año había visto el partido que de ellas podía sacarse!

»El *Instituto social* hará de la escuela el corazón social del barrio en que está situado.

»He ahí la sala de periódicos y las salas de lectura silenciosas; aquí pueden jugar la partida de whist, de damas, de ajedrez; allá las sociedades de amigos podrán celebrar sus reuniones, y los sindicatos discutirán las arduas cuestiones que piden una atmósfera más serena y un lugar menos bullicioso que el de la taberna. Allí tenemos el *hall*, donde una ó dos veces por semana se celebrarán conciertos, y donde se podrán gozar todas las diversiones que en un salón particular sirven para hacer pasar una velada agradable, y que son, aun más necesarias en un salón público como el que el rey Demos tendrá cuando se vea en posesión de su herencia incul-ta aún. Innumerables son los beneficios que una serie de salas, abiertas de ese modo á la comunidad, podrán proporcionar á todo cuanto tiende á embellecer y á humanizar la vida social y doméstica.»

Las siguientes noticias, acerca de los cuatro *institutos* que en 1893 funcionaban, están tomadas de una Memoria presentada á la aprobación de la Asamblea reunida el 22 de Abril en *Saint Paul's Cathedral*, bajo la presidencia del venerable arcediano Sinclair.

#### I. Instituto social de *Stamford Hill: Trottenham*.

Abierto los lunes, miércoles y viernes, de siete á diez de la noche.

Número de asociados: 200.

Asistencia media en Febrero: 70.

Clases de lectura, escritura, aritmética, taquigrafía, violín, dibujo, juego de damas, ajedrez y dominó.

Gimnasia.

Cuota: 10 céntimos por semana y 0,10 por clase.

Conferencia sobre instrumentos de música, telégrafos, modelado,—con proyecciones: España.

Clubs de cricket y de natación para mantener durante el verano las relaciones entre los miembros del Instituto.

II. Instituto social de *Credom Road: South Bermondsey*.

Abierto los lunes, martes y miércoles.

Asociados: 128.

Asistencia media: 40, y en Febrero: 60.

Taller de carpintería: 16 miembros que trabajan con gusto y con interés.

Conferencias sobre las bujías, con experimentos químicos.

El Canadá, con proyecciones; el carbón y las minas de carbón, proyecciones y experimentos; la vida en los otros mundos, proyecciones.

La atmósfera, experimentos.

El modelado; después de la conferencia, 16 jóvenes han manifestado el deseo de asistir á un curso.

Algunas formas inferiores de la vida, proyecciones.

El Támesis, proyecciones.

Gimnasio, frecuentado.

Sala de lectura y juegos, muy apreciados.

Cricket Club.

III. Instituto social de *Ponton Road Nine Elms*.

Abierto los lunes y miércoles.

Asociados: 78.

Asistencia media: 30.

En este barrio inquieto, el Instituto ha prestado muchos servicios.

Opinión de un *policeman*: «Los jóvenes son menos turbulentos, más cultos; dan menos que hacer.»

IV. Instituto social de *Wellington Road; Holloway*.

Abierto todas las noches, salvo el martes.

Asociados: 67.

Asistencia media: 25.

Gimnasio, frecuentado.

Reuniones de orden intelectual poco seguidas.

Varias conferencias y reuniones musicales.

Juegos, apreciados.

Clase de carpintería, obras en relieve, escultura en madera.

V. En los cuatro institutos: 473 asociados; 160 asistentes, término medio.

Si los fondos se reúnen en cantidad suficiente, se abrirán el otoño próximo dos nuevos Institutos. Se necesitan unos 18.750 francos.

RESUMEN DEL PROSPECTO DEL INSTITUTO SOCIAL  
DE DUNCOMBE ROAD—UPPER HOLLOWAY

*Ni político ni confesional.*

CURSOS PARA HOMBRES

*Proyecciones y experimentos.*

- 1.º Mecánica usual.
- 2.º Medida de superficies y de sólidos.
- 3.º Dibujo.
- 4.º Modelado.
- 5.º Aritmética aplicada.
- 6.º Inglés.
- 7.º Correspondencia mercantil.
- 8.º Taquigrafía.
- 9.º Contabilidad.

CURSOS GENERALES

- 1.º Francés.
- 2.º Alemán.
- 3.º Canto.
- 4.º Lectura.
- 5.º Instrucción cívica.—  
Economía política.
- 6.º Ciencias elementales.
- 7.º Electricidad y magnetismo.

CURSOS ESPECIALES PARA MUJERES

- Cuidados que deben tenerse con los enfermos y heridos.
- Corte y ensambladura.
- Modelado.
- Lectura.
- Instrucción cívica.

Dos sociedades musicales: instrumentos metálicos, hombres; tambores y pífanos, jóvenes.

Gimnasio.

Círculo con periódicos ilustrados, revistas, piano; premios varios.

Cuotas: á 3 peniques,—de 10 á 30 céntimos de peseta—por semana.

En ciertos casos, no se paga cuota alguna.

NOTA: los asociados pagan además 20 céntimos por semana, que se les devuelven al fin del curso bajo forma de una libreta de la caja de ahorros postal.

Traducción franc. y resumen de

GASTÓN MOUCHET

Profesor en la Escuela Colbert.

#### IV

### UNION DE LAS LIGAS DE LA ESPERANZA DEL REINO UNIDO

Añadimos á este capítulo un documento que sólo en parte se relaciona con su asunto, pero creemos un deber ponerlo á la vista de nuestros lectores á causa del vivísimo interés que encierra. Se trata de una de las formas más activas y más eficaces de la lucha contra el alcoholismo, mediante la educación y las asociaciones de jóvenes. El autor del documento es Mr. Carlos Wakely, organizador entusiasta de una vasta y potente *Juvenil Temperance Association*.

#### I

De las asociaciones de educación de un carácter general fundadas en la Gran Bretaña, ninguna ha sido más afortunada que las *Ligas de la Esperanza*. Se formaron estas ligas,



primeramente para educar á los jóvenes en los hábitos de templanza y de ahorro y prevenirlos contra los peligros físicos y morales que entraña el uso de las bebidas alcohólicas. Tal es la tarea á que desde hace cuarenta años se dedica la *Unión de las Ligas de la Esperanza del Reino Unido*.

El origen de ese movimiento de las *Ligas de la Esperanza* tiene un doloroso interés. El Rev. Jabey Tunnicliff, de Leeds, había sido llamado al lecho de un moribundo: era un joven que había sido maestro, á quien consumía la embriaguez. El Rev. Jabey Tunnicliff sintióse emocionado por el deseo ardiente de salvar á los niños de su escuela y á los de todas las escuelas del universo de un tan triste fin. Reconociendo que era más fácil evitar el hábito de beber que abandonarlo una vez adquirido (1), resolvió instituir una asociación para niños y jóvenes, fundada en el principio de una absoluta abstención de todo alcohólico. Gracias al apoyo de una excelente mujer, la señora Carlile, la idea tomó cuerpo bajo este epígrafe singularmente afortunado, de *Liga de la Esperanza*. En Octubre de 1847 fue cuando se fundó en Leeds la primera de esas Sociedades.

En 1855 se formó en Lóndres la *Unión de las Ligas de la Esperanza*. Limitáronse primero las operaciones de esta Unión á la metrópoli: pero á medida que la sociedad se extendía, su comité recibió un número tan grande y de tantos lados de peticiones de auxilios y de ingresos, mostrando las asociaciones de provincias un deseo tal de cooperar con sus amigos de Londres á la extensión nacional de esta buena obra, que en 1864 se decidió reconstituir la Sociedad, que desde entonces recibió

---

(1) Este punto particular ha constituido el objeto de una interesante conferencia de Mr. Wakely dada en el Congreso de la Templanza de 1895 y publicada en la *Crónica de las Ligas de la Esperanza*, órgano oficial de la Unión. En el curso de esta alocución insiste mucho sobre los beneficios que nuestra inteligencia obtiene de una abstención completa de las bebidas alcohólicas.

su denominación actual de «Unión de las Ligas de la Esperanza del Reino Unido.»

La primera Memoria anual es de un alto interés: revela cómo de un comienzo modesto pueden salir grandes organizaciones. Así, en 1856 sólo constituían 16 Sociedades la Unión, siendo el ingreso total obtenido por todos conceptos, incluso las publicaciones, de 2.139,40 francos. El contraste es grande con la Memoria del año último, en la cual las suscripciones se elevan á 127.500 francos, y en la cual los ingresos totales por todos conceptos, incluso las publicaciones, llegan á la cifra de más de 250.000 francos. El número de Sociedades en el reino es de 10.089, que cuentan con 1.462.900 miembros en unión activa con la sociedad madre: lo que hace llegar la fuerza total de ese movimiento de la juventud en favor de la templanza en la Gran Bretaña á la cifra de 21.454 Sociedades y 2.737.394 miembros.

Las *Ligas de la Esperanza* distribuidas por el país, incluso las que no están directamente afiliadas, funcionan en conformidad absoluta con la idea y los métodos establecidos por la Unión y que brevemente pueden reasumirse de esta manera:

1.º Las *Ligas de la Esperanza* son Sociedades formadas por jóvenes y dirigidas según una línea de conducta apropiada á la juventud: la experiencia, en efecto, ha demostrado que se obtienen mejores resultados por este método que por la mera educación de niños en las Sociedades de templanza de adultos. Las «Ligas» se reúnen periódicamente—de ordinario una vez por semana, de noche—durante una hora y generalmente están en relación con las escuelas de día y dominicales.

2.º Reina en sus reuniones un ambiente religioso; de ordinario se canta, hay lecturas piadosas, se recitan trozos clásicos, y de vez en cuando se da una breve conferencia sobre las ventajas fisiológicas y demás, que se logran absteniéndose de toda bebida alcohólica.

3.º Los miembros en general se admiten desde la edad de siete años: á los catorce pasan á una Sociedad de edad más

elevada, en la cual las ocupaciones son apropiadas á la inteligencia y á los hábitos espirituales de los adolescentes.

4.º Para obtener el título de miembro, es preciso decidirse á aceptar la obligación, por escrito, de la abstinencia. El compromiso, generalmente aceptado, está concebido en los términos siguientes: «Prometo abstenerme, en el concepto de bebidas, de todo brebaje alcohólico.» En el caso de niños menores de catorce años, se exige el consentimiento escrito de uno á lo menos de sus padres ó tutores.

5.º Cada miembro paga ordinariamente una cuota semanal de seis peniques, y en la mayoría de los casos recibe una revista mensual de templanza, ó el ingreso gratuito en las diversiones particulares y reuniones.

6.º La enseñanza de las «Ligas de la Esperanza» está basada en los principios de la religión, de la moral y de la ciencia. El interés de los niños se mantiene, de una semana á otra, dispuesto por diferentes medios: lecciones de cosas, proyecciones, experimentos de química, cartones fisiológicos y otros, efectuando toda clase de esfuerzos para hacer participar á los niños en esa clase de trabajos y para que resulten esas ocupaciones claras é interesantes.

Enlázanse con la obra otros muchos influjos auxiliares—v. g., caja de ahorros (1), formaciones de equipos para el juego de cricket (2), marchas de tambores y pífanos, ejercicios armónicos, etc.—pero todos ellos deben contribuir á obtener la adhesión de los niños á los principios de la templanza.

El comité de la Sociedad central reconoció muy pronto la necesidad de agrupar las unidades de las diferentes «Ligas de la Esperanza,» á fin de concentrar las fuerzas dispersas, y dar, además, una dirección única á sus operaciones para su asociación con la organización central ó nacional: equivalía esto á consolidar todo el movimiento. Allí donde en una ciudad ó

---

(1) El depósito mínimo es de un penique.

(2) Juego nacional inglés.

un distrito esas Sociedades existen en número suficiente, se unen y forman una *Unión urbana y regional* de Ligas de la Esperanza. El fin de esta Unión es formar Sociedades nuevas y auxiliar á las de escaso personal, convocar reuniones de directores y las generales de miembros, organizar reuniones públicas, sermones, fiestas, exámenes y proporcionar oradores para las reuniones ordinarias ó particulares. Esas Uniones urbanas y regionales se juntan cuando es posible, para constituir *Uniones provinciales*, cuyos esfuerzos son idénticos á los de las uniones de ciudades y distritos, y, por medio de agentes especiales y de conferenciantes, extienden su influjo benéfico sobre todo el condado.

La «Unión de las Ligas de la Esperanza del Reino Unido,» en la cual están asociadas las diferentes organizaciones antes mencionadas, se propone extender el influjo del movimiento á todo el país. Ayuda á las Uniones y Sociedades locales por medio de sus conferenciantes y de sus diputaciones, reuniones y conferencias públicas, sus esfuerzos de misión, sus predicaciones, y, gracias á una estrecha y completa organización, puede hasta mover á la opinión pública á fin de provocar ó sostener toda iniciativa legislativa ó de cualquier otro carácter relativa al bienestar de las jóvenes generaciones.

## II

Con respecto á la tarea ordinaria de sus diversas Sociedades, los comités de la Unión han comprendido de una manera perfecta que importa atraer tanto á la vista como al oído, para la instrucción de los niños: y así han formado, durante varios años, un material propio para lograr ese fin.

En primer lugar tienen seis potentes *linternas* con proyecciones, con un surtido de mil placas de una calidad excepcional, y dos grandes *panoramas* de impresiones artísticas; la Sociedad los presta sin más gastos que los gastos de porte, y así

se pueden dar gratis conferencias instructivas y de un alto interés. Los panoramas son fáciles de transportar y el público estima en mucho su valor. Se emplean también á menudo los *diagramas*: proporcionánanse experimentos de análisis de alimentos y de bebidas, con aparatos y accesorios de química, á los agentes y conferenciantes que tratan el lado científico de la cuestión. Todos los años, según los recursos con que cuenta el comité, procura aumentar y completar el material de conferencias, que emplean los treinta agentes conferenciantes, así como un gran número de oradores de buena voluntad. Ocurre con frecuencia que las conferencias se dan con ese material por las Uniones locales. En general conceden premios á los niños que hacen y muestran los mejores extractos.

No es en verdad tema poco importante de la Sociedad el de preparar la *Literatura de la Templanza*, los aparatos para conferencias, diagramas, cuadros, música, medallas, banderas y demás accesorios indispensables en la obra de la templanza de la juventud. Se dedica una atención particular á la producción de los cristales de la linterna mágica y de los aparatos de proyecciones, tan preciosos en todo programa de estudios. Hállase dispuesto un gran surtido de placas en series completas para las conferencias usuales de las Ligas de la Esperanza, siendo el precio de alquiler puramente nominal. El éxito de esta tentativa ha sido de los más satisfactorios: los maestros y los amigos dan testimonio de los resultados preciosos que la Unión ha podido lograr con el empleo de la linterna mágica.

La *Crónica de la Liga de la Esperanza*, órgano oficial de la Unión—es mensual—proporciona indicaciones de los objetos de lecciones y de alocuciones de un carácter interesante é instructivo para cada una de las semanas del año, al propio tiempo que otras noticias para uso de los oradores ó de los trabajadores. Al propio tiempo que esas diversas alocuciones (1),

---

(1) En un número de esta *Crónica*, precisamente, Mr. Carlos Wakely, autor de este interesante estudio, llama la atención acerca de la impor-

publícanse periódicamente una serie de grandes diagramas; unas y otras abrazan en junto, en la medida de lo posible, para un modo de educación popular de la juventud, no sólo la educación desde el punto de vista religioso, moral y social de la cuestión de la templanza, sino también informes completos y precisos acerca de los desastrosos efectos del alcohol sobre los sistemas muscular, nervioso, digestivo y sobre la sangre; adiciónanse comparaciones entre las bebidas alcohólicas y los alimentos, con noticias de un carácter más ó menos técnico. La publicación más reciente comprende una serie de doce cuadros fisiológicos, intitulada *El alcohol y el cuerpo humano*, y una serie análoga de doce grandes diagramas, en color, bajo el epígrafe *La Abstinencia y el trabajo*, que tratan de diferentes oficios y ocupaciones, y sirven para auxiliar á los oradores de la Templanza en su demostración de que se puede desempeñar un trabajo penoso sin emplear alcoholes. Un manual especial contiene la colección de alocuciones explicativas.

Además de los miles de libros y de revistas publicadas por otros editores y vendidos en la librería de la Unión, se despachan más de un millón de ejemplares de publicaciones propias de la Sociedad todos los años. El año último la venta se elevó á 1.003.549 ejemplares. El interés de esta cifra estriba en demostrar el feliz influjo de esta parte de la tarea de la Sociedad en el movimiento en general.

Se ha hecho otra tentativa por medio de gabinetes de lectura: el comité ha votado recientemente una suma de 12.500 francos para dotar á la biblioteca de la juventud, y se han podido proporcionar más de 12.000 volúmenes.

---

tancia que podría tener, no sólo para nuestros nuevos adeptos, sino para no perder el buen influjo adquirido sobre los de más edad, la organización, por las Ligas de la Esperanza, de conferencias dadas en las clases complementarias nocturnas.—(De la trad. franc.)

## III

Prescindiendo ya de la obra general de formación, de consolidación y de sostenimiento de la Liga de la Esperanza, se concede una gran atención á los niños que no pertenecen á ninguna de esas Sociedades y que, á consecuencia de circunstancias especiales, no puede acaso esperarse que caigan bajo su influjo directo. Por tal motivo, la situación de los niños en los orfanatos, escuelas industriales, buques-escuelas y toda otra institución del mismo género, llama constantemente la atención del comité: es este uno de los lados agradables de nuestra tarea de difundir la instrucción en esta importante categoría de establecimientos.

Los niños de que se trata se abstienen, sin duda muy de veras, mientras están al abrigo de su institución especial; pero, en general, no tienen conocimiento alguno razonado de los peligros morales y físicos que entraña el uso de las bebidas fuertes; ahora bien: importa que reciban este conocimiento antes de que se vean llamados á hacer frente á las tentaciones que suponen, por desgracia, las relaciones de la vida. Así, se organizan conferencias en esas Instituciones, con el auxilio, sobre todo, de proyecciones, y así se encuentra el medio de dar á la niñez esta instrucción bajo una forma de las más atractivas y de las más persuasivas. En muchas de esas escuelas se han formado ya Ligas de la Esperanza, y en todas, maestros y discípulos, esperan la visita de los conferenciantes como un recreo útil.

Como tipo de los trabajos particulares hechos á este efecto, debe mencionarse el hecho de que, en vista del número considerable de niños fuera de los cuadros de las Sociedades reconocidas como Sociedades de templanza, la Unión ha realizado recientemente un esfuerzo para elevar el número de miembros de esas Sociedades á la cifra de un millón.

Para realizar este propósito, se tomaron varias disposicio-

nes encaminadas, 1.º, á visitar á un millón de familias; 2.º, á alentar á los miembros actuales de las Sociedades para que hicieran nuevos reclutamientos, y 3.º, á asegurar el ingreso de los maestros y discípulos de las escuelas dominicales. Al propio tiempo más de 1.500.000 esquelas impresas se dirigieron á los padres y maestros, y cerca de 40.000 adeptos adultos de uno y otro sexo tomaron parte en la visita de las escuelas y de las familias. Tal esfuerzo dió de sí el satisfactorio resultado de aumentar en más de 500.000 el número de los miembros de las Sociedades de templanza para la juventud.

En estos últimos años se hizo otro esfuerzo más importante, porque fue continuado, por la Unión en los cursos de día. El comité había comprendido tiempo hacía que fuera de la Liga quedaba un vasto dominio que explotar; así ha intentado un considerable esfuerzo para alcanzar y recoger los alumnos de la escuela de día y darles una instrucción razonable acerca de la templanza. Mas recientemente se ha sentido el interés apremiante que existe de ocuparse con esta gente, que todos los años supone un millón y medio más de niños lanzados frente á frente ante las seductoras tentaciones de la vida. Para lograr esta nueva clientela, algunos amigos han puesto generosamente á disposición del comité una suma de 250.000 francos. Esta suma, repartida cada vez en un período de cinco años, se gasta en conferencias orales sobre los resultados fisiológicos de la templanza, en las escuelas elementales y en todas las instituciones en las cuales los niños sólo reciben una instrucción laica ordinaria. El motivo de cada conferencia se realiza por medio de cuadros, diagramas, y experimentos, que en forma sencilla y atractiva ponen de relieve los daños físicos resultantes del uso de las bebidas alcohólicas.

Además, ese plan comprende una distribución de certificados para los mejores extractos de esas conferencias, premios conferidos previo concurso, conferencias en las escuelas normales primarias, distribución de obras sobre la cuestión y otros medios preparatorios.



Diez y siete distinguidos conferenciantes se entregan en la actualidad, con la sanción de las autoridades gubernativas, á esta obra de propaganda, y, en el año corriente de 1894, esos señores han hablado en 3.493 escuelas, ante un auditorio de 12.146 maestros y 388.379 niños; estos nos han enviado 167.084 extractos de conferencias, de los cuales un gran número ha merecido premios y certificados de recompensa.

Un punto importante de esta obra en las clases de día se ha realizado en los *cursos* de las escuelas nacionales, de los que el primero se celebró en 1891 y el segundo en 1893. Los discípulos de 1.135 escuelas tomaron parte en el segundo de esos concursos; se refería á un manual intitulado *Manual de templanza para uso de la juventud*, del que se distribuyeron unos 200.000 ejemplares. En premios se ha señalado la cifra de 6.250 francos; unos 13.793 sufrieron exámenes. Es, no obstante, probable que, como resultado de esta tentativa, hayan recibido instrucción que les servirá de mucho en la vida, un número dos veces mayor.

Para concluir, puede decirse que los procedimientos adoptados desde el principio del movimiento han resistido la prueba de la experiencia, y aparte algunas modificaciones relativas á la manera de la propaganda, son hoy, en suma, los mismos. Esto ha dado al movimiento su característica más satisfactoria; esto es: la de la continuidad y la de la fijeza en lugar de la de un desenvolvimiento espasmódico. Y tal continuidad ha servido para haber experimentado un personal en el empleo de los métodos especiales, ha engendrado una literatura apropiada y ha proporcionado al ejército de la templanza un cuerpo numeroso de adeptos, versado en los conocimientos necesarios, capaces, con los años, de engrosar las filas de sus jefes y de garantizar á la propagación de los principios de la templanza, una permanencia y un desenvolvimiento constante del más feliz augurio para la futura sobriedad de la nación.

Que pasen algunos años más, y esos muchachos y esas jóvenes comprendidos en las Sociedades de templanza para la juventud se convertirán en hombres y mujeres; los niños de hoy se harán los padres de una generación nueva, y su voz será escuchada, su influjo se dejará sentir, para el bien público, en la Iglesia, en la escuela y en el Parlamento. Unos años más de trabajo y celo entre los niños, y las fuerzas poderosas del hábito social se marcharán por un canal más sano, realizando el sueño entusiasta de una Inglaterra feliz y sobria. ¡Tales son los ideales y lo que desean todos los verdaderos patriotas!

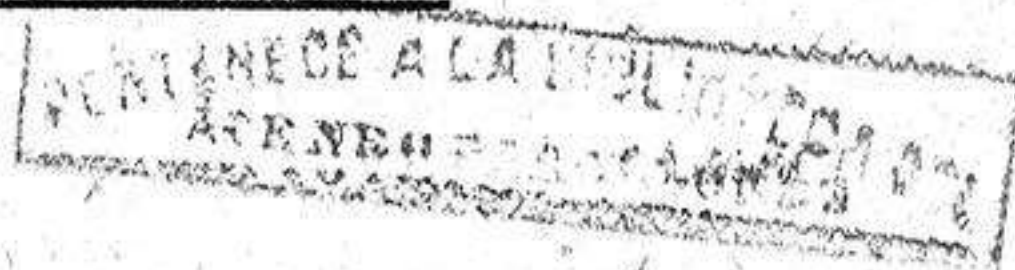
Entre tanto, es necesario continuar la obra con ardor y energía. ¿Por qué no se ha de imitar esta propaganda en el extranjero? ¿Por qué Francia, como Inglaterra, no ha de tener sus millones de jóvenes entusiastas de la templanza? Como educadores fieles, que saben que todo niño, á pesar de su medio y de su parentesco, encierra en sí la posibilidad de una vida noble, antes que la juventud se vea conquistada por las perversas seducciones del alcohol, antes de que su conciencia se seque, su espíritu se pervierta, su cuerpo se degrade... tendamos las manos para salvarle, porque haciendo eso salvamos al Estado. Demos á esta obra la mejor parte de nosotros mismos, una inteligencia culta, un corazón amante, una mano generosa, la mano de la ciencia y del arte. El predicador en el púlpito, el maestro en su escuela, el escritor en la prensa, el orador en las asambleas públicas, deben rivalizar en celo para arrebatár á la niñez al alcohol: que cuantos deseen la reforma de la sociedad y de la educación contribuyan todos con una santa energía para hacer que nuestros niños sean sobrios y libres, á fin de hacer de nuestro país una bendición y un ejemplo para el mundo entero (1).

CARLOS WAKELY.

---

(1) Trad. franc. de Jorge Elwall, profesor en la Escuela Colbert.

# POETAS AMERICANOS



## EL HIMNO DEL MARTILLO

### I

Yo amo el himno de armónicas notas  
Que el martillo del yunque, en la fragua,  
Con compás uniforme modula  
Sobre el trozo de hierro hecho ascua:

Es un himno, bañado de chispas,  
Y el más viejo de todos los himnos:  
Desde el día del hombre primero  
Le oyen siglos y siglos y siglos.

### II

Yo amo el himno de notas robustas,  
Con que el combo del roto nervudo  
Labra un lecho de rieles bruñidos  
En la cima del Andes abrupto:

Es un himno cuya arpa es la piedra;  
Que se canta entre nubes y nieves;  
Cuyo acorde, en la cima nubosa,  
La agria roca repite y devuelve.

## III

Yo amo el himno de notas metálicas  
Que el martillo con grávidos golpes  
Les arranca á las planchas de acero  
En las cumbres de Eiféricas torres:

Es un himno que brota en el éter  
Y descende vibrante á la tierra,  
Entonando, á través del espacio,  
El *¡hosanna!* del arte y la ciencia.

## IV

Yo amo el himno de notas iguales,  
Y de ritmo monótono y seco,  
Con que suena el sutil martinete  
En la máquina audaz del telégrafo:

Es un himno de un arpa unicorda,  
En que se hablan las razas distantes  
Con la eléctrica lengua que vuela  
Por las ondas del agua ó del aire.

## V

Los poetas de endechas y flores  
Hagan himnos de quejas y llantos  
Para el álbum de incógnita dama,  
Y el realce del frac al piano.

¡Yo, martillo, prefiero tus himnos;  
Porque en todos tú pones tu alma!  
Y en el yunque, en la cumbre, en el éter  
Y en el hilo de alambre, el triunfo  
Del cerebro y del músculo cantas.

MANUEL CABRERA GUERRA.

## EN LA LID

---

A Manuel E. Olaguibel.

La vida es un gran campo de combate:  
Ved al hombre luchar de polo á polo:  
Yo le llamo vencido al que se abate  
Porque se vé sin armas y está solo.

Más nocivos que el buitre carnicero,  
Y que la sierpe que veneno entraña,  
Son el amigo hipócrita y artero,  
El hijo ingrato y la mujer que engaña.

La verdad es la luz: el hombre vano  
Que más la oculta, en su maldad se estrella:  
Que no me tienda su alevosa mano,  
Quien no me dé su corazón con ella.

Evitar á otros daños y amargura;  
Ser en sus penas bálsamo y testigo;  
Secar el llanto, darle la ventura  
Y servirle sin premio, es ser su amigo.

No confundais lisonja y alabanza:  
Distintos son el lucro y el cariño:  
No mueva el interés á la esperanza;  
Amad, como la madre ó como el niño:

La experiencia es la hermana de la duda:  
No es fiero todo aquel que está en campaña,  
Ni amigo todo aquel que nos saluda,  
Ni hermano todo aquel que os acompaña.

Abrid los ojos, pobres caminantes;  
Sed del humano batallar testigos;  
Que, cual llegan á odiarse dos amantes,  
Llegan hasta á matarse dos amigos.

No contrariéis el propio sentimiento,  
 Ni la noble verdad neguéis por nada:  
 Preferid á riquezas y á talento,  
 Franco carácter y palabra honrada.

JUAN DE DIOS PEZA.

\* \*  
 \*

## LUCIÉRNAGAS

---

—«Los céfiros inquietos  
 Entraron en el viejo camposanto,  
 Y se pusieron á decir secretos  
 En un lenguaje misterioso y santo.  
 En torno de la cruz de la portada  
 Y con las hojas secas retozaron;  
 Vinieron á un ciprés; luego besaron  
 El nombre de una lápida olvidada.  
 Llevaban esos aires fugitivos,  
 Cierta aliento de lodo,  
 Cierta aliento de fango, como todo  
 Lo que viene del mundo de los vivos.

»Un céfiro muy suave, uno de aquellos  
 Que parece que alivian un quebranto,  
 Aquel que se prendió de tus cabellos,  
 Que, cuando viva tú, jugó con ellos,  
 Y, cuando vivo yo, me dijo tanto!  
 Vaga por los sepulcros al acaso  
 Huyendo de una ráfaga que zumba,  
 Y en un raptó inefable de cariño,  
 Con un suave rumor, paso, muy paso,

Como quien teme despertar un niño,  
Entró por una grieta de mi tumba.

» ¡Oh céfiro indiscreto,  
Que al traerme el recuerdo de otros días,  
Has inflamado mis cenizas frías  
Y has llegado á jugar con mi esqueleto!  
Los cárabos afuera murmuraban,  
Y el céfiro exclamó:—«¡Loco, despierta!»—  
Me dijo... ¡yo no sé!... ¡qué estabas muerta!  
Sí, muerta: y que los vivos... ¡te olvidaban!

» Yo, saliendo de mi éxtasis profundo,  
Me incorporé en la tumba con presteza,  
Y exclamé, lleno de mortal tristeza  
Y de celosa indignación:—«¡Oh mundo!  
¡Ya la olvidaste, convertida en lodo!  
¡Me aterra tu mudanza aleve y dura!  
¡Oh mundo ingrato, olvidador de todo!  
¿Por qué no has olvidado de igual modo  
Mis versos á su amor y á su hermosura?»—

«¡Oh céfiro indiscreto!  
¿Por qué fuiste á jugar con mi esqueleto?»

EDUARDO ORTEGA.

# LAS REFORMAS DE SEGUNDA ENSEÑANZA

---

El ilustre Julio Simón, en su admirable libro *El Deber*, decía: «Podréis reconocer lo profundo de la decadencia de un pueblo cuando veáis que el azar de las revoluciones cambia veinte veces en un cuarto de siglo el sistema de la educación sin agotar la paciencia y la docilidad de los padres de familia.» España, desde la famosa ley de Moyano de 1857, y sin contar multitud de reformas parciales más ó menos importantes, ha visto publicados y aplicados, en todo ó en parte, los planes de estudios de segunda enseñanza de 1858, 1861, 1866 y 1867, los dos de 1868, los dos de 1873, los de 1880 y 1885, y últimamente los planes de Moret, Groizard y Puigcerver en 1894 y 1895, el de Gamazo de 1898 y el que acaba de ver la luz en las columnas de la *Gaceta* el 30 de Mayo, refrendado en 26 del mismo mes por el Marqués de Pidal. Nada más triste que esta larga enumeración, después de conocer la inmensidad de nuestros desastres, relacionándolos con la profunda observación de Julio Simón.

Lo que principalmente deseaba la opinión para poner término á este constante tejer y destejer de nuestros Ministros de Fomento, era la publicación de una ley que cerrara la era de las reformas por decretos, conteniendo el desordenado afán de cada Ministro de imponer su criterio y de dejar su nombre



en la historia de nuestra legislación, aunque fuere á costa de una perturbación en la enseñanza. La publicación del decreto de 13 de Septiembre último, hecho en virtud de una autorización de las Cortes, daba plena satisfacción á tan legítimas aspiraciones, y todo el mundo esperaba que, sirviendo de nuevo punto de partida, toda innovación que posteriormente se intentara había de arrancar del nuevo estado de derecho creado por aquel decreto-ley, y sólo había de hacerse cuando la experiencia demostrara la conveniencia de su implantación.

El decreto del Marqués de Pidal ha venido á echar por tierra estas esperanzas, y como quiera que se trata ya de un hecho consumado, fuerza es juzgarlo con el sereno desapasionamiento y la plena independencia de espíritu que en materia tan delicada importa siempre conservar, y con aquella seriedad que las tradiciones de LA ESPAÑA MODERNA y el crédito de que goza imponen á cuantos se honran con su colaboración. Como cuestiones previas, examinaremos ante todo la legalidad de la nueva reforma y la oportunidad de su planteamiento, analizando después el sentido en que se inspira y el desarrollo de su articulado, haciendo siempre la comparación de este plan con el de Gamazo, no porque sea mejor ni peor, sino por ser el vigente, para depurar el acierto ó desacierto con que se ha procedido al reformarlo.

## I

### LEGALIDAD DEL PLAN DEL MARQUÉS DE PIDAL

El art. 19 de la ley de Presupuestos de 1898-99 autorizó al Ministro de Fomento, entre otras cosas, «para reorganizar los estudios de segunda enseñanza y los Institutos á ella afectos», y en virtud de esta autorización, é inspirándose en el sentido y en las tendencias señaladas por la discusión de estas mate-

rias en el Parlamento, el Ministro de Fomento, D. Germán Gamazo, reorganizó la segunda enseñanza por medio del decreto-ley de 13 de Septiembre de 1898.

¿Ha podido legalmente el Marqués de Pidal plantear una nueva reforma sin nueva autorización de las Cortes? El presidente del Consejo de Instrucción pública y expresidente del Consejo de Estado, D. Antonio Fabié, entiende que no, y sosteniendo la improcedencia de la nueva reforma, llega al extremo de renunciar al elevado cargo de confianza que desempeñaba, abundando en su opinión distinguidos consejeros de Instrucción pública y la prensa de gran circulación; otros, sin embargo, opinan lo contrario, creyendo que el marqués de Pidal tiene facultades para hacer lo que ha hecho sin necesidad de autorización ninguna.

Dos teorías se han exhibido para legitimar la conducta del Ministro: la primera consistía en suponer que la autorización de la ley de Presupuestos estaba en pie mientras los presupuestos de 1898-99 rigieran, y que todo Ministro de Fomento podía hacer uso de la misma, con idéntica validez. Esta doctrina, sin embargo, pugna con el sentido común, y es de todo punto insostenible, pues claro es que si se hizo uso de la autorización otorgada, esta autorización se gastó, y mientras no se renueve, nadie puede usarla ya, porque ha dejado de existir.

No queriendo, sin embargo, abandonar este terreno los amigos del Ministro, reforzaron su doctrina con un nuevo argumento: no habiéndose «dado cuenta á las Cortes—decían—del uso hecho de la autorización, la obra llevada á cabo carece de sanción, y la autorización, por lo tanto, sigue en pie y puede utilizarse de nuevo». Pero esto es una argucia de leguleyo, sin valor ninguno, pues las Cortes conocían, como todo ciudadano, el uso hecho de la autorización desde el momento en que los decretos aparecieron en la *Gaceta*, no requiriéndose ninguna otra formalidad, cítense los precedentes que se quiera, para que adquiriesen todo su valor legal. Si el Ministro hubiera hecho mal uso de la autorización concedida, las Cor-

tes hubieran podido y debido declararlo así, y sólo entonces la autorización hubiera quedado en pie; pero las Cortes se reunieron, y el Parlamento ha aprobado plena, aunque tácitamente, la obra del Ministro, y esta obra tiene todos los caracteres de una ley. El Ministro necesita dar cuenta á las Cortes pidiendo un *bill* de indemnidad cuando se abroga atribuciones legislativas de que carece, no cuando hace uso de una autorización y cumple un mandato del Poder legislativo.

Esta es la única doctrina legal aceptable; pero, aparte de esta su condición legal, es la única doctrina moral defendible. Las Cortes dieron un poder al Ministro de Fomento que en 1898 figuraba al frente de aquel departamento, y aunque es verdad que el poder se otorgaba al cargo y no á la persona, es segurísimo que tal autorización, concedida á un Ministro que inspiraba confianza á la representación nacional, no hubiera sido concedida á otros, dignísimos sin duda, pero faltos de garantías de imparcialidad para acometer tales empresas. Esto está en la conciencia de todos, y muy especialmente en la del marqués de Pidal. El Marqués de Pidal no puede honradamente hacer uso de una autorización otorgada al Gobierno liberal y al Ministro de Fomento de aquel Gobierno, mientras las Cortes no declaren que el nuevo Ministro merece su confianza para dicho objeto.

La fuerza con que la opinión vino á expresarse contra el decreto del Marqués de Pidal, y lo deleznable de la doctrina que fundaba la autoridad legal de la reforma en lo vivo de la autorización de 1898, hizo abandonar esta teoría, y acudir para mantener la obra del Ministro, á los principios consignados en la ley de 1857, que otorga facultades al Gobierno para reformar los estudios, no requiriéndose por tanto autorización de ninguna clase, y pudiendo cada Ministro hacer mangas y capirotos de la enseñanza, sin otra limitación que su voluntad. Analicemos, sin embargo, el alcance de esta argumentación.

El art. 74 de la ley de 9 de Septiembre de 1857, dice así:

«El Gobierno, oído el Real Consejo de Instrucción pública, podrá modificar, disminuir ó aumentar las materias que quedan asignadas á cada enseñanza, siempre que así lo exija el mayor lustre de los estudios, ó lo aconsejen los progresos de los conocimientos humanos.» Admitiendo, pues, que las facultades otorgadas por este artículo al Gobierno, cosa que veremos después, se hallen en vigor, resulta que el Marqués de Pidal ha podido hacer su reforma con carácter legal, sólo en el caso de haber cumplido los requisitos siguientes: 1.º Oír al Consejo de Instrucción pública. 2.º Limitarse á modificar, disminuir ó aumentar las materias asignadas á la segunda enseñanza. 3.º Demostrar que la reforma decretada se halla exigida por el mayor lustre de los estudios ó aconsejada por los conocimientos humanos. Dejando esta última cuestión para ventilarla al tratar del contenido mismo de la reforma, examinemos si el Marqués ha cumplido las otras dos condiciones.

¿Ha oído el Marqués de Pidal al Consejo de Instrucción pública? Para saber qué es lo que en este caso debe entenderse por Consejo, acudamos al art. 3.º de la ley de 27 de Julio de 1890. «El Ministro de Fomento — dice este artículo — TENDRÁ NECESIDAD de consultar al *Consejo pleno ó la Sección de éste* que corresponda, en los asuntos siguientes: 1.º Formación y reforma de planes ó reglamentos de estudios.» En cumplimiento de este artículo y del 74 de la ley de Instrucción pública citada, el Ministro ha debido consultar su reforma, ó con el Consejo pleno ó con la Sección segunda del mismo. El Consejo pleno no ha sido convocado, ni la Sección segunda del mismo se ha reunido, porque ni siquiera estaba organizada desde la última renovación del Consejo; luego la primera condición impuesta por el art. 74 de la ley de 9 de Septiembre para la validez de la reforma decretada no ha sido cumplida, y la reforma, por consiguiente, es ilegal. El Presidente del Consejo, Sr. Fabié, en su dimisión, y el Consejero Sr. Vincenti, así lo reconocen y declaran, afirmando este último, en sus

valientes artículos de *El Globo*, que el Ministro reunió en torno de su mesa sólo seis Consejeros; estos seis Consejeros—Viscasillas, Quintero, Bergamín, Becerro, Calvo y Vincenti—no constituían ni podían constituir la Sección segunda del pleno, porque esta Sección no se había organizado, como hemos dicho, y por consiguiente, no era la Sección segunda del Consejo actual, ni podía pasar tampoco por ser la Sección segunda del antiguo Consejo desde el momento en que en ella figuraban dos Consejeros que habían dejado de serlo, y cuyos nombramientos eran recientes.

En cuanto á la segunda condición, ¿se ha limitado el Marqués de Pidal en su decreto á *modificar, disminuir ó aumentar las materias asignadas á cada enseñanza*, que es lo único á que taxativamente autoriza el art. 74 de la ley? No, puesto que ha reglamentado también lo relativo á textos, programas, etc., con lo cual se ha extralimitado de sus facultades; luego el decreto de 26 de Mayo, es también ilegal por este concepto.

No puede, pues, fundarse la validez del Real decreto de 26 de Mayo en el art. 74 de la ley de Instrucción pública, por faltarle los requisitos esenciales fijados en dicho artículo; pero, ¿puede estimarse siquiera que ese artículo se halla en vigor? ¿Para qué entonces la autorización de las Cortes? ¿Se comprende que, teniendo ya facultades el Ministro para reformar los estudios, las Cortes le otorguen una autorización especial con el mismo objeto? Únicamente se explica esta autorización al ver lo restringido de las facultades que al Ministro otorga el art. 74 citado, y con el objeto de ampliar esas facultades á todo cuanto á la enseñanza se refiere. En este caso, resulta que la reforma del Marqués de Pidal es ilegal en cuanto á la *modificación, aumento ó disminución de enseñanzas*, por no haber cumplido las condiciones exigidas por el artículo 74 de la ley de 9 de Septiembre de 1857, en relación con el 3.º de la ley de 25 de Julio de 1890, y es también ilegal en todo lo demás, por ir contra lo preceptuado en el decreto-ley

de 13 de Septiembre de 1898, y en el art. 5.º de la ley de 27 de Julio de 1890.

De estas trasgresiones de las leyes y de la consiguiente perturbación producida es culpable, mucho más que el Marqués de Pidal, que al fin tiene la disculpa de sus honradas, aunque erróneas convicciones y del natural deseo de llevar á la práctica sus ideales, el Gobierno mismo, que no ha debido consentir la publicación de la mutilada obra del Ministro, como no consintió se publicara lo relativo á la organización de tribunales de examen, que tendía á matar la enseñanza oficial, entregando á las Corporaciones religiosas, so pretexto de libertad, el monopolio de la enseñanza en España.

## II

### OPORTUNIDAD DEL PLAN DEL MARQUÉS DE PIDAL

El pueblo romano, á pesar de su gran sentido jurídico, comprendió que en ocasiones se impone la violación de la ley, y que hay casos en que la realidad, con sus ineludibles exigencias, obliga á suspender el imperio de la legalidad vigente, erigiendo en regla de conducta el *salus populi suprema lex*. Ya que la reforma del Marqués de Pidal constituye, como hemos visto, una violación de las leyes vigentes ¿puede justificarse su adopción por alguna razón de suprema conveniencia, ó de oportunidad indiscutible? Véamoslo.

El Marqués de Pidal reconoce noblemente en el preámbulo de su Real decreto, que el decreto-ley de Gamazo, al reorganizar los estudios de segunda enseñanza, «los orientó por lo general (repetimos textualmente las palabras del preámbulo, hasta con su misma incorrección) en los verdaderos principios de reforma y de progreso admitidos hoy en todas partes» y «abrió el camino para que sobre esta ya segura base se lleva-

se á la práctica, cuando las circunstancias lo reclamasen, una aplicación más resuelta de todos ellos.»

Tras declaración tan paladina, lícito era esperar que el Ministro que la hace se limitara, no ya sólo por respeto á la ley, sino por propia convicción, á desenvolver los principios contenidos en el plan de su antecesor, siguiendo con amoroso celo el desarrollo de su implantación para que la reforma hecha diera todos sus frutos y para ir corrigiendo los defectos de que adoleciera á medida que la experiencia los fuera descubriendo y comprobando.

Lejos de hacerlo así, el Ministro, «obligado á mirar ante todo (sigue diciendo el preámbulo), por el bien de la enseñanza, se ve en la ineludible alternativa de consentir á sabiendas con su no intervención en la aplicación total de un decreto que fácilmente podría ser reformado por llevar aplicándose sólo un año, y por no haberse publicado todas las disposiciones complementarias para su ejecución, ó de proceder desde luego, á pesar de lo mal mirados que son con justicia los frecuentes cambios de la enseñanza, á plantear aquellas reformas que la generalidad de las personas competentes y prácticas en la enseñanza consultadas, consideraban necesarias y urgentes».

El párrafo es enrevesado y paradójico; y si el giro hiperbatónico de «la generalidad de las personas competentes y prácticas en la enseñanza consultadas» da la medida de las aficiones latinistas del redactor, algo reñidas con los galicismos que campean en el párrafo primero del preámbulo, lo cierto es que, si la lengua no sale bien parada de la pluma ministerial, menos bien parados salen los fundamentos en que intenta asentar su reforma el Ministro. ¿Qué quiere decir, en efecto, eso de «consentir á sabiendas *en* la aplicación del decreto» de Gamazo? ¿A sabiendas de qué? ¿De que ese decreto se inspira «en los verdaderos principios de reforma y progreso admitidos hoy en todas partes»? Ya lo ha dicho antes el Marqués de Pidal, y nada más hermoso que consentir *en* la aplicación de lo

que se reconoce como bueno. ¿Y qué significa aquello otro de que el decreto de Gamazo «podría ser reformado por llevar aplicándose sólo un año y por no haberse publicado todas las disposiciones complementarias para su ejecución»? ¿Es que se intenta con esto justificar la innovación y hacer depender la bondad de una reforma de que lleve un año ó dos de existencia? Eso sería ridículo. ¿Es que se intenta dirigir un cargo al autor de esa reforma «por no haberse publicado todas las disposiciones complementarias para su ejecución»? Pues vuelva el Ministro ese cargo contra sí mismo, porque él y sólo él, dando ejemplo de respeto á la ley, y de consecuencia con sus opiniones, es quien ha debido dictar esas disposiciones complementarias, arguyendo hartos poca buena fe el sacar á colación esa omisión, de la que sólo el Ministro que la delata es responsable, para justificar la derogación de lo que se reconoce como bueno.

En la disyuntiva de «consentir á sabiendas *en* la aplicación total» del decreto de Gamazo, ó de proceder á plantear «aquellas reformas que la generalidad de las personas competentes y prácticas en la enseñanza consultadas» consideran necesarias y urgentes, el Marqués de Pidal opta por el segundo extremo, «á pesar de lo mal mirados que son *con justicia* los frecuentes cambios en la enseñanza». Levantemos acta de la contradicción en que el Marqués incurre al declarar en un párrafo que el decreto-ley de Gamazo se inspira «en los verdaderos principios de reforma y de progreso admitidos hoy *en todas partes*», dejándose luego llevar de la opinión de la generalidad de las personas á quienes ha consultado (personas que, al aconsejar una nueva reforma, contra la que se inspiraba en los principios hoy admitidos como buenos en todas partes, no debieron ser oídas nunca, ni menos atendidas); y notemos de paso lo que de la afirmación del Marqués de Pidal se desprende, que es lo siguiente: 1.º Que el Marqués de Pidal, aun estimando buena la reforma de su antecesor, creía que debía reformarla á su vez por no llevar más que un año de existencia y porque no se habían dictado todas las disposiciones complementarias para



su ejecución, razones peregrinas y de peso verdaderamente aplastante. 2.º Que el Marqués, concebido este pensamiento, se decidió á ponerlo en planta; y para justificarse ante la opinión, consultó á varias personas elegidas por él al efecto, y que es de suponer abundaran en su modo de pensar. 3.º Que de las personas consultadas (no creemos pasen de cinco), sólo *la generalidad* consideraban necesaria y urgente la nueva reforma; y aun en esta *generalidad*, permitido es sospechar que hay algo de hipérbole y mucho de adulación. 4.º Que, aun así y todo, el Ministro se decidió á llevar á cabo su obra, «á pesar de lo mal mirados que son *con justicia* los frecuentes cambios en la enseñanza».

¿Qué razón de suprema conveniencia, qué urgentísima necesidad ha podido empujar al Marqués de Pidal á tomar resolución semejante? Ninguna absolutamente: el *salus populi suprema lex* se ha convertido en el *quod principi placuit legis habet vigorem*; y el Marqués, como el déspota romano, ha querido dejar bien sentado el principio de su autoridad personal: *sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas*.

Podría todavía encontrarse la justificación ó la explicación, por lo menos, de este decreto en una razón de economía; pero lejos de resultar económica esta reforma, exige un aumento de no despreciable consideración en el presupuesto. La supresión de un Catedrático de la Sección de Ciencias produce una economía de 52.000 pesetas por las 52 excedencias que habría que decretar (sin contar Institutos locales), una vez en pleno desarrollo la reforma; pero el aumento de un Catedrático en la Sección de Letras exigiría, en cambio ( $52 \times 3$ ), 156.000 pesetas; y como á los Profesores de Religión habría que darles 1.000 pesetas más, por lo menos, en atención al mayor trabajo que se les impone, quedaría el aumento por ambos conceptos elevado á la suma *inicial* de 156.000 pesetas, rebajadas ya las excedencias de los Catedráticos de Agricultura. Como, por otra parte, todos los Catedráticos resultan recargados de trabajo, con tres lecciones semanales más ó una clase alterna los de

Filosofía, Ciencias físicas y Ciencias naturales, con tres y cuatro lecciones más los de Matemáticas, con cuatro los de Latín y Castellano, Retórica y Francés, y con siete los de Geografía é Historia, habría que dar en cada Instituto diez sobresueldos de 500 pesetas ó 5.000 pesetas en cada uno, lo que supone un gasto ( $52 \times 5$ ) de 260.000 pesetas, pues aunque el Ministro declara en el art. 11 del decreto que «los Catedráticos que tengan más de doce lecciones semanales disfrutarán de 500 pesetas de acumulación sobre su sueldo», es seguro que, llevado el asunto al Tribunal Contencioso por cualquier Catedrático, habría que reconocer que el Estado no tiene derecho á exigir más que seis clases semanales ó una diaria, debiéndose abonar un sobresueldo en otro caso y siendo potestativo en el Catedrático aceptarlo ó no, como en el decreto-ley de Gamazo se declaraba, respetando los derechos adquiridos. Y si á todo esto se añade que, declaradas voluntarias las asignaturas de Dibujo y de Gimnástica, habrá cierta disminución de ingresos por derechos académicos, habiendo también de tenerse en cuenta lo que importe la creación de la Secretaría de la Junta Superior Consultiva, bien puede asegurarse que la cifra mínima del aumento de gastos exigidos por la reforma no bajará de pesetas 450.000 (la sexta parte del presupuesto actual), con lo cual, ya que la educación nacional no haya de mejorarse, se dará un nuevo estrujón al ya exhausto bolsillo del contribuyente y se logrará el magnífico resultado de hacer odiosa la enseñanza por lo caro y por lo estéril de sus frutos. La oportunidad de la reforma, bien se ve que tampoco resulta por el lado económico.

Hay, sí, una razón de oportunidad: la de que en esta ocasión era el Marqués de Pidal Ministro de Fomento, y sólo en ocasión semejante podía traducir en decretos sus opiniones, viendo triunfante su criterio de que la redención de la enseñanza sólo puede obtenerse administrando á la juventud grandes dosis de latín y de religión. El fracaso de la reforma en este punto es, sin embargo, la prueba más decisiva del graví-

simo error en que, de buena fe y con sana intención, ha incurrido el Ministro, comprometiendo la existencia misma de lo que ha querido salvar y favorecer. Esta opinión no es opinión particular nuestra: periódicos de no sospechosa filiación así lo han declarado, y así hemos tenido nosotros mismos ocasión de oirlo á varios respetables Profesores de Religión y de Latín (todos los que hemos podido ver), á dos ilustradísimos Prelados (los dos con quienes hemos hablado), á la generalidad de nuestros más distinguidos hombres públicos, y entre ellos conservadores ilustrados de los más conspicuos, y á cuantos expertos Profesores de Ordenes religiosas dedicadas á la enseñanza (Escolapios, Agustinos y Jesuítas) hemos tenido ocasión de oír.

La reforma planteada por el decreto-ley de 13 de Septiembre de 1898 era maduro fruto de las luminosas discusiones del Congreso pedagógico de 1892 y del Consejo de Instrucción pública de 1893 y 1894, y de los proyectos elaborados por los Ministros Moret y Groizard y por la Asociación de Catedráticos, viniendo á constituir un verdadero *modus vivendi* en el que todas las escuelas, doctrinas y teorías tenían su representación, y en el que se había llegado á un verdadero milagro de equilibrio y de ponderación de fuerzas para que todos los elementos de cultura se desarrollasen en la medida más conveniente. Podía no agradar esta reforma á los exclusivistas que pretenden recabarlo todo para sus estudios preferentes, y que no saben elevarse por encima del estrecho horizonte de su campo favorito de especulación literaria ó científica; podía no agradar—como dijo con graciosa frase *El Nacional*—á los Catedráticos de pan llevar (que hay algunos) á ciertos padres de familia que quieren que sus hijos trabajen y sepan lo menos posible, y á ciertos políticos que de todo hacen arma para sus fines especiales; pero á cuantos se preocupan seria y desinteresadamente por el porvenir de la nación, á todos satisfizo la reforma, como lo acreditan los acuerdos tomados por la Asociación de Catedráticos, la actitud de la prensa profesional y las felicitaciones de los Claustros.

Claro es que la reforma de Gamazo tenía—¡cómo no, siendo obra humana y hecha con los ahogos de un presupuesto forzado!—defectos y lunares; pero eran defectos obligados, nacidos todos ellos de la modestia rayana en miseria en que había que desenvolverse, y perfectamente subsanables á medida que las circunstancias lo fueran permitiendo. Campeaba, sobre todo, en aquella obra (y esto era lo que constituía su nota dominante) el principio de la redención por el trabajo, comenzando en el examen de ingreso, llegando hasta los exámenes del grado de bachiller y ostentándose en los más insignificantes detalles, en la organización de los tribunales, en la distribución del trabajo, en los nombramientos para los cargos, en la designación de las obras de texto, todo realizado por el más exquisito respeto á los derechos de cada cual, alumno ó Profesor.

Es verdad que el Marqués de Pidal ha respetado hasta el presente la obra de su antecesor en casi todos estos detalles de organización interna que tanto importan para el éxito de la enseñanza; pero ¿por qué haber saltado sobre la ley, dando tan funesto ejemplo á sus sucesores, para romper el equilibrio establecido, otorgando la preponderancia precisamente á los estudios más discutidos y comprometiendo por ese inmoderado afán de preponderancia la vida misma de la religión y del latín, como instrumentos oficiales de educación y cultura? Los enemigos del latín y de la religión se frotan las manos de gusto por el acto del Marqués de Pidal profetizando la próxima desaparición de ambas asignaturas del cuadro de nuestras enseñanzas, y los que amamos sinceramente los estudios clásicos y estimamos que la enseñanza religiosa debe ser cimiento de toda sana educación, lamentamos el error del Ministro y la inoportunidad de su reforma, que vuelve á poner en tela de juicio lo que aparecía ya como definitivamente consolidado, lanzando de nuevo al poder ministerial por el camino anárquico de la legislación por decretos que no permite fundar nada sólido ni estable.

## III

## ESPIRITU DEL PLAN

Tres son las notas características de la reforma del Marqués de Pidal: la adopción del mal llamado sistema cíclico, la del programa único y la reglamentación de los libros de texto, coronando esta obra la creación de la Junta superior consultiva, formada, á modo de salvador pararrayos, por los señores Menéndez Pelayo, Valera, Saavedra y Echegaray. Examinemos de cerca lo que estas diversas innovaciones, reales ó ficticias, entrañan.

EL SISTEMA CÍCLICO.—El sistema *cíclico*, mejor llamado *progresivo*, es un término de relumbrón que hace varios lustros anda rodando por la prensa profesional y política, y que sirve entre nosotros para tapar lo hueco de ciertas concepciones, vistiendo á la moderna anticuadas maulas, para ver de darlas salida en el mercado pedagógico. El sistema progresivo es la última palabra de la ciencia, y constituye el ideal de los métodos didácticos, fundándose en la conveniencia de dar al alumno desde el primer año la totalidad de los materiales que necesita para su cultura, de modo que, comenzando por los rudimentos del saber enciclopédico que ha de trasmitírsele, se vaya progresivamente ampliando el cuadro de cada ramo de conocimientos hasta llegar al grado de desarrollo necesario; como decía Wahrmann en *El Español*, «es como si, obtenida la fotografía de una ciudad á vista de pájaro, tomada en diminuta placa, fueran obteniéndose después fotografías de mayor tamaño cada vez, en que los detalles fueran precisándose, hasta llegar á una inmensa fotografía, en que no ya los grandes edificios y las anchurosas vías, sino las casas más modestas y las calles más insignificantes pudieran verse distintamente.»

Lo costoso de este sistema, por lo numeroso del personal docente que requiere su implantación, no ha permitido plantearlo en toda su integridad ni aun á los países más ricos y cultos, y sólo naciones nuevas, como Chile y el Japón, lo han establecido recientemente; los demás Estados se han limitado á aceptar el principio, desenvolviéndolo en la medida de sus fuerzas y de sus convicciones, y acomodando al desarrollo intelectual del alumno la cantidad y la calidad de las diversas materias que han de servirle de alimento intelectual. El Marqués de Pidal pretende implantar el sistema progresivo, pero su reforma no tiene de tal sistema sino la vestidura externa y la pretensión del nombre, y como ni aun tan pobre apariencia puede sostenerse sino á costa de grandes sacrificios, el Marqués la obtiene, imponiendo al Profesorado un trabajo doble del que puede legalmente exigirle, sin ofrecerle compensación de ninguna clase.

Veamos de cerca la aplicación del sistema al plan del Marqués de Pidal, y tomemos como ejemplo la asignatura de Latín y Castellano, que, por ser la que más se repite, parece ser la que más se ajusta á las exigencias del método progresivo. Para los que sólo se paguen de palabras (y sabido es que el vulgo es numeroso), al encontrarse con que en el primer curso aparece la asignatura de Latín y Castellano, y que ésta se repite en el segundo, y en el tercero, y llega hasta el sexto con la misma denominación, no ofrece duda que el sistema cíclico se ha planteado—como dicen los familiares del Ministro—con lealtad y con valentía. Pero, ¿qué hay en el fondo de esos seis años de Latín y Castellano? Pues hay nada menos que las asignaturas de Castellano, Latín, Retórica, Poética, Literatura española y Literatura latina, servidas á la juventud en caprichosa mescolanza. Es decir que hoy, con el plan del 13 de Septiembre de 1898, los alumnos consagran dos cursos al Castellano, uno á la Literatura preceptiva, otro á la Literatura española y tres al Latín, estudiado todo con la conveniente distinción y el natural enlace para que el alumno se dé clara

cuenta de lo que tiene entre manos, mientras que con la nueva reforma—como dice Wahrmann—habrá de estudiar esas mismas materias, pero revueltas unas con otras, sin provecho alguno para su espíritu, donde todas las nociones se confundirán lastimosamente.

La experiencia ha demostrado cumplidamente que las asignaturas de múltiple denominación ó contenido deben desecharse, porque, por unas ú otras causas, suele resultar sacrificado el segundo término de la titular al primero: *Latín y Castellano* ha sido una asignatura de casi todos nuestros planes de estudios, y siempre ha resultado el Castellano sacrificado al Latín, é ignorados, por consiguiente, el Castellano por no estudiarse, y el Latín por la falta de conocimiento del Castellano, base de la comparación, que es el único método práctico en lingüística; *Física y Química* ha sido otra asignatura, y sabido es de cuantos la han cursado, que la Química ha tenido siempre que ser sacrificada á la Física por falta de tiempo ó por preferencias del Catedrático; y lo mismo ha sucedido con la *Historia natural y Fisiología é Higiene*, en cuya enseñanza, no ya sólo la Higiene y la Fisiología, sino la Zoología, la Botánica ó la Mineralogía, según las aficiones del Profesor, han tenido que ser sacrificadas á la exposición de una sola, ó cuando más de dos de estas ramas de las Ciencias naturales, como la Ética, y á veces la Lógica, ha sido siempre la Cenicienta en la asignatura de *Psicología, Lógica y Ética*, como la historia contemporánea y aun la medioeval ha sido sacrificada en aras de la antigua, como la Geografía descriptiva se ha empequeñecido para dejar sitio á la exposición de la Geografía astronómica y física, y como el Álgebra ha desaparecido ante la Aritmética en la asignatura de *Aritmética y Álgebra*.

Todo esto lo saben y lo lamentan cuantos en España se preocupan de asuntos de enseñanza, y el clamoreo general de las personas competentes reclamaba una reforma que pusiera fin á esa farsa de estudios que sólo existían en el papel y con los cuales pretendíamos engañarnos á nosotros mismos,

haciéndonos creer que se enseñaban tales y cuales materias cuando sólo se enseñaban la mitad, y expidiéndose así patentes de competencia en estudios que apenas se habían desflorado, ó que ni siquiera se habían acometido, á la manera de los regimientos y de los barcos que sólo existen en las estadísticas oficiales. Era preciso acabar con esa farsa, no pagarse de vanas palabras, llamar cada cosa por su nombre y decir á cada Profesor lo que estaba obligado á enseñar, y á cada alumno lo que tenía derecho y obligación de aprender.

Eso es lo que se hizo en el Decreto-ley de Gamazo, abandonando en lo posible las denominaciones múltiples, hablando el lenguaje de la sinceridad, señalando á cada asignatura sus límites propios y estableciendo el sistema progresivo que ahora se nos da como cosa nueva. El Marqués de Pidal, al acometer su reforma, no sólo retrocede al sistema antiguo, reconocido como vicioso y estéril, sino que, so pretexto de sistema progresivo, adopta las denominaciones más vagas, «Filosofía», «Matemáticas», «Ciencias físicas» y «Ciencias naturales», con lo cual, y merced á nuestra psicología nacional, y á pesar de cuantos programas se dicten, volveremos á los abandonados vicios, agravados y agrandados por la vaguedad de los nombres adoptados. Y así seguirá el engaño y se perpetuará la farsa, sin que puedan nada contra el imperio de la rutina, ni los empeños de arriba ni los lamentos de abajo, ni las circulares del Ministro ni el esfuerzo de los Profesores.

EL PROGRAMA ÚNICO.—«Objeto de detenido estudio — dice el preámbulo—ha sido para el Ministro que suscribe la adopción del programa único, reforma ya de antiguo imperiosamente exigida por la opinión de los doctos»; con esta afirmación se escuda el Ministro, á reserva de arrojar por la ventana esa misma opinión de los doctos cuando no coincide con la suya, y fuerza es confesar que en este punto el Marqués de Pidal ha logrado general aplauso, y que, no la opinión de los doctos, pero sí la general del vulgo, ha quedado satisfecha con la adopción del programa único.



Para los que no pasan de la superficie en el estudio de las cosas, es indudable que el programa único constituye una medida salvadora. ¿No es escandaloso el abuso existente? ¿Tiene explicación plausible el hecho de que la Geografía que se aprende en Málaga no sirva para examinarse en Sevilla, ó que la Geometría de Valladolid sea distinta de la de Santander? ¿Por qué no han de regir en todos los establecimientos del Estado los mismos programas y los mismos libros? ¿No es una la verdad? Pues ¿por qué han de ser diversos los programas y los libros en que se expone?

Los argumentos son realmente de fuerza grande, y mucho más si se atiende al diluvio de libros de texto que inunda el campo de la enseñanza, y al sinnúmero de métodos y programas que se disputan sus dominios. Pero entre la plena libertad de cada Catedrático para imponer el texto y el programa que tuviera por conveniente, y la imposición de un programa y un texto por el Estado, hay enorme distancia, y pueden hallarse términos medios de concordia que, dejando á salvo la libertad de la cátedra, condicionen el ejercicio de esa libertad por el respeto debido á la integridad de la doctrina, á la corrección de la forma literaria, á la verdad científica y á las instituciones del Estado.

La solución dada al problema por el decreto-ley de D. Germán Gamazo, consistía en proclamar la libertad de la cátedra, pero sin que por eso el Estado renunciara á su derecho de intervención, señalando al efecto para cada asignatura, no ya programas detallados que implican imposiciones de método y hasta de doctrina, sino simples índices de materias, á los cuales había de ajustar cada Profesor su programa y su texto, previamente aprobados por el Consejo de Instrucción pública. Este término medio prudencial y respetuoso, conciliaba todas las opuestas tendencias, y armonizaba los derechos del Profesor con los del Estado y los del alumno.

El Marqués de Pidal ha querido ir más allá, y se ha decidido por el programa único, dando así—fuerza es reconocer-

lo—plena satisfacción á la opinión. Pero como esta apelación á la opinión pública no tiene por sí valor ninguno, y el mismo Ministro da valiente ejemplo del desdén que le inspira el contrariarla en tantos otros puntos, lo que importa examinar no es el estado de la opinión ni las corrientes que la empujan, sino la bondad intrínseca y circunstancial del sistema adoptado; sólo así podrá aplaudirse ó censurarse la reforma sin dejarse arrastrar por corrientes tan movedizas y volubles como las de la opinión pública.

¿Qué vamos á lograr con el programa único? El establecimiento de un patrón didáctico con arreglo al cual la ciencia, pesada y medida á gusto del que mande, será distribuída por raciones idénticas á toda la juventud escolar; la ventaja principal y casi única de este sistema, será la de facilitar el traspiego de alumnos trashumantes que podrán elegir el Instituto que más les convenga para examinarse y salir del atolladero de sus estudios.

¿A quién conviene esto? 1.º A ciertas Corporaciones, religiosas ó laicas, pero numerosas y ricas, que podrán preparar á su gusto á los alumnos, y llevarlos donde encuentren más facilidades de paso. 2.º A ciertos Catedráticos de anchas tragaderas, que harán de su proverbial benignidad un reclamo para pescar examinandos y aumentar sus honorarios de examen y el *crédito* del Establecimiento en que sirven. 3.º A la generalidad de los alumnos torpes ú holgazanes, que encontrarán sin tardanza fácil satisfacción á su sed de títulos.

A cambio de estas tristísimas ventajas, la adopción del programa único implica lo siguiente: 1.º La desaparición y muerte de la mayor parte de las iniciativas en un país donde tan atrasada se halla la educación de la voluntad, porque nadie apenas se atreverá á realizar investigaciones ni estudios personales, ni menos á vulgarizarlos en el libro, porque la única salida que España ofrece á los trabajos científicos es el libro de texto, y el programa único mata toda iniciativa, ahoga en germen toda innovación y cierra el camino á toda noble y le-

gítima ambición. 2.º La desmoralización del Cuerpo docente que, falto del entusiasmo que inspira la obra propia y el pensamiento propio, y obligado á enseñar lo que se le impone, no podrá hacerlo con fe ni con calor, y sentirá desmayada su voluntad, herida su conciencia y despiertos tan solo sus interesados apetitos. 3.º El descenso de la cultura nacional, cuyo nivel, ya muy bajo, llegará á rebajarse más y más cada día, lo mismo en los Profesores que en los alumnos. 4.º El estancamiento del saber por la falta de competencia y de rivalidad de métodos y de doctrinas, condición ineludible de todo progreso.

Es verdad que habrá un empleado de Hacienda ó un militar que, habiendo matriculado á su hijo en Avila, tendrá que trasladar por los azares de su vida la matrícula á Vitoria, y se encontrará, gracias al programa único, con que los estudios hechos en una población puede utilizarlos en otra sin necesidad de nuevos textos ni programas. Pero, aún suponiendo que esto sea así, y suponiendo también que con el sistema actual (en casos como el citado) no suceda lo propio, ¿vale la pena un centenar muy escaso de traslados de matrícula, únicos dignos de tenerse en cuenta, que en toda España se verifican, de paralizar la vida intelectual, matando la fecunda iniciativa de los pocos Catedráticos que la tienen, y precisamente cuando estaba ya imposibilitada por las medidas adoptadas la publicación de textos que no fueran dignos del buen nombre del Profesorado español?

Y no se pierda de vista que en la cuestión del programa único no hemos examinado más que algunas de sus consecuencias, sin entrar en el examen de los abusos á que su adopción se presta. Porque ¿quién garantiza que el programa único de cada asignatura sea el mejor? ¿Quién puede responder de la pericia é imparcialidad de los que hayan de dictar esos programas? ¿Cómo puede dictarse un programa único de Psicología ó de Etica que pueda ser expuesto por Profesores de distintas escuelas filosóficas? ¿Cómo se concilia el principio cons-

titucional del respeto á todas las opiniones lícitas con la imposición de métodos y doctrinas determinadas? ¿Hasta cuando ha de durar cada programa? ¿No se convertirá la adopción de estos programas en materia de ilícita especulación? ¿No lograrán imponerse como siempre los que más se mueven, que no suelen ser los que más saben?

No, el programa único no significa en España ningún progreso, sino el más lamentable retroceso. Halagará la holgazanería, sin despertar la actividad: lisonjeará á los espíritus rutinarios, sin alentar ninguna generosa iniciativa; será poderoso acicate de desmoralización del cuerpo docente sin levantar el nivel del cuerpo escolar. Por eso, frente al aplauso inconsciente del vulgo y al demasiado consciente de ciertos establecimientos privados y de todos los estudiantes libres, levantamos nuestra enérgica protesta contra ese instrumento de opresión moral y de degradación intelectual, como la hemos levantado otras veces contra pretensiones análogas de Instituciones que blasonaban de liberales y que pretendían también, en nombre de la libertad, amordazar y monopolizar la enseñanza; como la hemos levantado y la levantaremos siempre contra todo lo que signifique, en asuntos nacionales, estrechez de miras y mezquino espíritu de cuerpo, de partido, de bandería ó de secta.

REGLAMENTACIÓN DE LOS LIBROS DE TEXTO.—Intimamente ligada con la adopción del programa único, se halla la del texto único; pero como esta última parte de la reforma tropezaba con obstáculos gravísimos por los derechos adquiridos, por la lesión enorme que ocasionaba á profesores y editores y por la oposición que había de encontrar en la opinión, especialmente entre la gente política, pues el vulgo probablemente la hubiera recibido bien, se abandonó el propósito de llevarla á cabo por ahora, y se escogió el procedimiento que indica el art. 12 del decreto: «Una Junta superior consultiva, »compuesta de *cuatro* personas de mérito eminenté y de reconocida competencia en Ciencias y Letras, y que no presten

»servicio activo en el Profesorado, redactará los programas á  
»que habrán de ajustarse los exámenes, determinará las condi-  
»ciones de *extensión, de ejecución material y de precio* de los  
»libros de texto, y propondrá los que á su juicio respondan á  
»las necesidades de la enseñanza.»

Aparte de la ilegalidad de esta disposición, que viola las leyes de 9 de Septiembre de 1857, 27 de Julio de 1890, 13 de Septiembre de 1898 y 11 de Octubre del mismo año, todas vigentes y no derogables por un simple Real decreto, conviene examinar el alcance de esta medida desde el punto de vista de su valor intrínseco.

La organización de una *Junta superior consultiva* de programas y textos, cuando existe un Consejo de Instrucción pública al que todas las leyes atribuyen el ejercicio de esa función, constituye desde luego un verdadero lujo y significa una desautorización, una *capitis diminutio* del Consejo, que explica perfectamente el acto de su presidente, D. Antonio Fabié, renunciando el cargo. ¿Es que entiende el Ministro que el Consejo es una rueda inútil en el mecanismo administrativo? No debe estimarlo así, cuando crea otro mecanismo semejante para el desempeño de una sola de las muchas obligaciones que sobre el Consejo pesan. ¿Es que no le inspira confianza el Consejo actual para el desempeño de esa misión especial atribuída á la Junta? ¿Por qué no se la inspira? ¿Por falta de competencia en sus miembros? No puede ser, tratándose de una Corporación en la que figuran nombres de reputación tan notoria como los Sres. Barrio y Mier y Cárdenas, Uña y Nieto, Saavedra y Becerro, etc. ¿Por diferencias políticas con el Ministro? Tampoco; pues militando en el mismo partido político ó en sus afines, tiene el ministro en el Consejo personal sobrado para hacer prevalecer su criterio. ¿Por activar el despacho de esos asuntos? Tampoco, pues el Consejo es siempre dócil á toda excitación del Ministro, y éste tiene siempre medios bastantes para activar lo que considere urgente.

No hay modo de explicar satisfactoriamente la creación de

la Junta Superior Consultiva, como no sea por molestar y mortificar al Consejo de Instrucción pública. ¿Merece este Consejo que se le mortifique? No hemos nosotros de decirlo, aunque hayamos de reconocer que á veces no deja de ser censurable su apatía y su falta de consecuencia; lo que sí puede asegurarse es que, tratándose de una Corporación que por término medio despacha más de 800 expedientes, muchos de ellos dificultosos, cada año, esa Corporación más que acreedora á desdenes, merece cariño y protección del Ministro, cuyos trabajos facilita dándole resueltas todas las cuestiones de instrucción pública.

Dejemos esto aparte, sin embargo, y examinemos la organización de esa *Junta Superior Consultiva*. Lo primero que en ella se echa de ver, es lo reñido que su título se halla con las facultades que se la atribuyen. Si esa Junta es meramente *consultiva* ¿cómo puede redactar programas y fijar condiciones á los libros de texto? Estas no son funciones consultivas, sino ejecutivas, y sobra en este caso el título de la Junta, ó hay extralimitación en sus funciones; porque una cosa es que el Ministro enviara á esa Junta un programa suyo en consulta, y otra muy distinta que la Junta misma sea la que redacte los programas.

Otra particularidad que llama también en seguida la atención en esa Junta, es el número de sus individuos. ¿Por qué han de ser precisamente *cuatro*? ¿Quién resuelve los empates cuando los haya? Misterio. ¿Es que se ha buscado desde luego, al señalar ese número, la manera de hacer ineficaz el trabajo de la Junta, condenando á sus individuos á una lucha estéril? No parece probable, pero eso es lo que resulta. Se dirá quizá que, no queriéndose otorgar preponderancia ninguna á las Ciencias ni á las Letras, se ha buscado la representación por igual en la Junta de ambas esferas de cultura; pero esa explicación es poco aceptable, ya que personas hay en quienes se reúnen ambas series de conocimientos, y en la misma Junta figura Echegaray, en quien si muchos ven un ilus-

tre ingeniero, los más le estiman como dramaturgo insigne.

También parece sumamente extraño que se exija que las personas de reconocida competencia que han de formar la Junta, hayan de ser precisamente de las que «no presten servicio activo en el Profesorado», es decir, de las que menos experiencia tengan en el asunto de que se trata. ¿Por qué tan singular condición? ¿Es porque se teme que los Catedráticos en activo servicio puedan llevar á la Junta sus creencias y sus opiniones? ¡Pues qué! ¿No han de tener también los no Catedráticos opiniones propias en materia didáctica? ¿Por qué entonces han de valer más las opiniones de los no Catedráticos que las de los Catedráticos? ¿No existe entre unas y otras la diferencia de que aquellas no están contrastadas por la experiencia, mientras que éstas lo están por la práctica diaria de la enseñanza? Misterios son estos verdaderamente inexcrutables.

Pasemos, sin embargo, por alto todas estas singularidades y vengamos al objeto de esa Junta, que es nada menos que el de formular los programas de examen y el de determinar la extensión, ejecución material y precio de los libros de texto, y la calificación de los mismos. ¿Qué significa esa determinación de la *extensión* de un libro de texto? ¿Qué es eso de fijar las condiciones de *ejecución material*? ¿Qué significa ese señalamiento de *precio*? Otros tantos atentados á la libertad de la cátedra, á la libertad de pensar, á la libertad de comercio. La ciencia en adelante se ha de dar medida y tasada, y ese gran laboratorio docente ó Consultorio pedagógico nacional, ha de señalar á la juventud y á los Profesores, no ya sólo los medicamentos que han de tomar para curar su anemia intelectual, sino la farmacia en que deben adquirirse, la etiqueta que tienen que llevar, el frasco ó caja que ha de contenerlos y las dosis en que han de administrarse. ¿Puede darse nada más despótico, abusivo y arbitrario? No creemos que haya Junta ninguna, superior ni inferior, consultiva ni ejecutiva, compuesta de personas de buen sentido, capaz de consumir atentado semejante á la propiedad, á la ciencia y á la libertad.

Esto no es volver á la antigua tasa, sino retroceder al régimen inquisitorial más exagerado. El autor de los pasados siglos llevaba su libro al tasador, y éste señalaba el precio de cada pliego atendiendo á la cantidad y calidad de los tipos empleados, á la clase y forma del papel, y á las condiciones todas materiales de la obra. Pero ahora se va más allá: el autor ha de imprimir su obra en determinado papel, en determinados tipos, en determinado número de pliegos de determinado tamaño (¿qué significan si no, y cuáles han de ser en otro caso las *condiciones de ejecución material* del libro?), y no sabemos si en determinada imprenta, pues sabido es que el precio del trabajo tipográfico varía extraordinariamente de una imprenta á otra, y para proceder con equidad en el señalamiento del precio, sería preciso que el coste fuera proporcionalmente idéntico.

Y todo esto ¿por qué? Porque hay una docena de Catedráticos, autores de libros malos ó caros. No hay virilidad para imponer castigo al que lo merece y ha de condenarse á todos para cubrir esa falta de valor cívico. Arrójese de su cátedra al Catedrático que no cumple sus deberes, y todos lo aplaudirán; prohíbese la circulación del libro malo, y nadie se atreverá á criticarlo; pero no se erija la arbitrariedad en ley so pretexto de corregir el abuso.

Y todo esto ¿para qué? Para matar las pocas iniciativas que nos quedan, para ahogar toda seria investigación y todo trabajo formal, y para inundar nuestros establecimientos de enseñanza de manuales y remedia-vagos insignificantes que sirvan para rebajar al alumno de talento al nivel del torpe, y el del trabajador al del holgazán, convirtiendo á todos en papayos adocenados, repetidores mecánicos de una misma sosa cantinela. ¿No sabe el Ministro que ese precisamente es el mal de que se queja la vecina Francia?

El Ministro, calculando de antemano el efecto de su obra, y previendo la tormenta, se proveyó de un pararrayos, y nombró á D. Juan Valera, D. Eduardo Saavedra, D. José Eche-



garay y D. Marcelino Menéndez y Pelayo para constituir la Junta Superior Consultiva que creaba, pensando, con feliz atisbo, que nombres semejantes podrían servir de eficacísimo elemento de desviación de la prevista tempestad.

Nadie pone en tela de juicio la indiscutible competencia literaria y científica de tan eximias personas, y todos han aplaudido la acertadísima elección del Marqués de Pidal, reconociendo la imparcialidad con que ha procedido, y proclamando que tales nombres son la más firme garantía de rectitud y de acierto. Pero, ¿es que por eso se convierte en bueno lo que por sí es malo? ¿Es que, acordada por error de diagnóstico una operación que ha de agravar necesariamente el mal estado de un enfermo en lugar de salvarle, la operación ha de dejar de ser improcedente, porque la lleve á cabo un eminente quirúrgico?

Ni hay que olvidar, por otra parte, que los Sres. Valera, Saavedra, Echegaray y Menéndez Pelayo, pueden valer, y valen positivamente, mucho como sabios y como literatos, y pueden no valer como pedagogos. Pero, admitiendo que tengan excepcionales condiciones para la misión que se les confía, ¿es que van á ser eternos? Y cuando falten, faltando con ellos la garantía del saber y de la imparcialidad, ¿quién los sustituye? ¿No se apoderará de esa Junta el primer Ministro á quien le acomode, para llevar á ella á sus protegidos y pania- guados? ¿Quién garantiza que esa Junta no haya de incurrir en los mismos defectos que en el Consejo de Instrucción pública haya visto el Ministro para arrebatarse esa función? Y entonces, ¿para qué esa duplicidad de organismos inútiles ó perjudiciales? De cualquier modo que se miren las cosas, resulta la creación de la Junta Superior Consultiva, ilegal, ineficaz y antieconómica, y las funciones que se la encomiendan ilegales, antipolíticas y nocivas.

## IV

## DESARROLLO DEL PLAN

Poco hemos de decir en esta materia, no porque no se pres- te á extensa crítica, sino porque la opinión, docta é indocta, se ha mostrado tan unánime en contra de lo decretado, que sería un verdadero ensañamiento detenerse en el análisis de una obra que por doquiera ofrece puntos vulnerables, y que ni teórica ni prácticamente es defendible.

La primera reforma que el Ministro introduce, como nece- saria, es la de que el examen de ingreso comprenda sólo los conocimientos indispensables y suficientes para que el alumno pueda comenzar con fruto sus estudios, reduciendo este exa- men al Catecismo é Historia sagrada, lectura, escritura con *buena ortografía* (como si pudiera haber *ortografía* mala, como ha hecho notar *El Imparcial*), ejercicios de análisis gramati- cal «determinando la naturaleza, accidentes y función de cada palabra» (como si el análisis gramatical consistiera en cosa distinta) y Aritmética. En el plan de Gamazo se exigía un examen bastante más serio, consistente en las materias ense- ñadas en las escuelas superiores, enlazando así un grado de la enseñanza con otro, y cimentando sólidamente los nuevos es- tudios; pero el Marqués de Pidal, en vista de ser relativamen- te pocas las Escuelas superiores, ha decidido limitar el exa- men á lo que se enseña en las elementales. Claro es que así po- drá ser mayor el número de alumnos, pero su preparación será mucho menos sólida, y siempre adolecerán sus estudios de esa falta de suficiencia, vicio de origen de donde arrancan casi todos los males que lamentamos en la instrucción nacional. «Difícultemos, para que salga sólo á flote lo mejor y lo utili- zable—decía Gamazo.» «Facilitemos para que todo quede ni-

velado por el mismo rasero—dice el Marqués de Pidal.» Teniendo tan distintos objetivos, natural es que resulten tan diferentes los planes, y que el examen de ingreso en el Instituto se simplifique, y el examen de ingreso en Facultad, reclamado por las Universidades, por el Consejo y por el Parlamento, y del que tan radical transformación en los estudios podía esperarse, se suprima, suprimiendo con él la fiscalización de la Universidad en los Institutos, que había de ser el aguijón más eficaz para estimular el trabajo de alumnos y Profesores, y la mejor arma defensiva contra todo género de enervantes recomendaciones.

«Desaparecen por la reforma—dice el Ministro—del plan de segunda enseñanza, el Derecho usual, la Economía política y la Contabilidad, que si respondían á la tendencia de dar carácter enciclopédico á la segunda enseñanza, no parece que tengan en ella lugar adecuado. Otras asignaturas, la Teoría é Historia del Arte, la Fisiología é Higiene y la Técnica industrial y agrícola, se refunden en aquellas que son su principio y fundamento, y la Gimnasia y el Dibujo, asignaturas obligatorias en el plan vigente, quedan ahora como voluntarias.» Es decir, que, aun prolongando un año más los estudios del bachillerato, necesita el Marqués de Pidal suprimir asignaturas tan bien recibidas y de carácter tan práctico y aplicación tan general como casi todas las indicadas, para poder encontrar sitio donde colocar sus seis cursos de Latín y sus cuatro de Religión. Ocho asignaturas que desaparecen de hecho, sacrificadas en aras de la Religión y del Latín. A cambio de que los alumnos sepan medir exámetros y pentámetros—que no lo sabrán—ó de que aprendan los grados de la jerarquía eclesiástica—cosa interesantísima, según parece—ignorarán las nociones más comunes del Derecho, desconocerán lo que significa la oferta y la demanda mercantil, no sabrán distinguir un pagaré de un cheque, no podrán clasificar un monumento artístico, no se darán cuenta del juego de sus articulaciones, no podrán trazar un plano y no sabrán nada del tec-

nicismo agrícola é industrial. Y así se cumple la condición impuesta por el artículo 74 de la ley de Instrucción pública de 1857, que autoriza á los Ministros de Fomento á modificar, disminuir ó aumentar las materias de enseñanza «siempre que así lo exija el mayor lustre de los estudios, ó lo aconsejen los progresos de los conocimientos humanos.» Scalígero y Nebrija, Vossio y el Brocense, Erasmo y el Cardenal Bembo, se habrán estremecido de gozo en sus tumbas seculares al saber que en los albores casi del siglo XX exige el mayor lustre de los estudios, no de los eruditos, sino de la masa común de las gentes semicultas, el cultivo del Latín, y no á consecuencia de la transformación que han impreso en estos estudios los trabajos de los Bopp, Schleicher, Corssen, Edon, Schuchardt, Pezzi, y tantos otros insignes filólogos y lingüistas, sino por la decisiva influencia que el estudio del Latín, hecho á la moda de los antiguos dómines, ha de ejercer en España para que no se repitan desastres como los de Cavite y Cuba; en cambio los Virchow y los Rentgen, los Edison y los Tesla, los Berthelot y los Binet, se habrán sonreído de lástima, viendo que el primer resultado de la cruenta experiencia de nuestras derrotas es, en materia de enseñanza, la relegación al último término de los estudios de ciencias físicas, químicas y naturales, los únicos que podrían ayudarnos á reconquistar el puesto que hemos perdido entre los pueblos civilizados.

«Varias modificaciones se proponen en este proyecto de decreto—sigue el preámbulo—que se refieren al orden y procedimiento en los estudios, y entre ellas la de volver al sistema consagrado por la tradición y acreditado por la experiencia de todos los países, fundada en principios no discutidos de Filología y de Didáctica pedagógica que, en vez de relegar el estudio del Latín á los tres últimos cursos, lo establece desde el primero, enlazándolo con el estudio de la lengua patria.»

Apenas acertamos á creer, si no lo viéramos, que nadie se atreviera á estampar en las columnas de la *Gaceta* afirmaciones más desprovistas de exactitud. ¡Que el sistema de empezar

por el latín «está consagrado por la tradición y acreditado por la experiencia de todos los países»! Sin necesidad de leer los muchos libros y folletos que por el Ministerio se han pedido al extranjero para sacar tan efímero provecho de su lectura, ahí tienen el libro publicado en 1894 por la Dirección general y verán lo infundado de sus asertos en lo que á los demás países toca: entre nosotros, ese sistema es, en efecto, el sistema tradicional; pero la experiencia de medio siglo ha demostrado cumplidamente su esterilidad, y bastaría esa experiencia, sin necesidad de más pruebas, para condenarlo. ¡Que el sistema de empezar por el Latín se funda en principios *no discutidos* de Filología y de Didáctica pedagógica!..... ¿Pues qué principio hay más indiscutido en lógica y en didáctica que el de ir de lo fácil á lo difícil y de lo conocido á lo desconocido? ¿Cuál es, en los estudios filológicos, el principio pedagógico primordial, sino el de la comparación de la lengua que se aprende con la que ya se conoce? Y siendo esto así, ¿se pretenderá que la lengua patria, el castellano entre nosotros, no es lo fácil y lo conocido, y la base de la comparación con las demás lenguas que quieran aprenderse?..... ¡Principios *no discutidos*!..... Hojee el Marqués de Pidal, ó quienes le hayan sugerido asertos tan inexactos, las sesiones del Consejo de Instrucción pública de Italia y Francia y las del Consejo especial de Bélgica, lea las actas de los Congresos pedagógicos de España, Francia y Alemania, repase las colecciones de la prensa profesional de todos los países, revise lo que aquí mismo dijeron periódicos tan poco sospechosos de parcialidad para con Gamazo como *La Época*, *El Tiempo* y *El Nacional*, y verá si son, no sólo discutidos, sino generalmente apoyados, los propósitos de cimentar en la lengua patria los estudios de todas las demás lenguas, muertas ó vivas.

Bien está que en una improvisación de Parlamento se aventuren conceptos erróneos y afirmaciones inexactas; pero en documentos oficiales que suponen meditación y seriedad, esas afirmaciones no son lícitas. Si el Ministro cree que debe empe-

zarse por el latín, ó barajarse el latín con el castellano, y entiendo que este procedimiento es preferible, nadie podrá negarle su perfecto derecho á sostener esa opinión y á imponerla si tiene ocasión de hacerlo; pero fundarla en teorías erróneas, y sobre todo en hechos inexactos, como los de decir que se basa en principios *no discutidos*, eso no puede ni debe hacerse por ningún Ministro, por grande que sea su autoridad y su prestigio, sin riesgo de verse desmentido. El estudio del castellano en los primeros años del bachillerato constituye el cimiento natural de los estudios lingüísticos y enlaza la segunda enseñanza con la primera, como el estudio del latín en los últimos años enlaza la enseñanza secundaria con la superior, y puede hacerse entonces con mayor provecho por la mayor capacidad intelectual del alumno y por la gimnástica lingüística á que su inteligencia se ha sometido al ejercitarse en el estudio previo del castellano y del francés.

«La Aritmética y el Álgebra, que, limitadas á los dos primeros cursos, exigen un esfuerzo superior al que se puede exigir á niños de once y doce años, se distribuyen ahora en seis cursos con los demás estudios de Matemáticas, y las nociones de Cosmografía, que suponen necesariamente ciertos precedentes científicos, se ordenan ahora en el sexto curso.» Nada tendríamos que objetar á esto, encontrando la innovación bastante acertada, si luego, al hacer la distribución en cursos, no tropezáramos con que, como no podía ser menos, el Ministro incurre en algunos de los vicios mismos que quiere evitar: así se ve que, dejando la Cosmografía para darla en el sexto y último año de Matemáticas en sólo *diez* lecciones, exige á los alumnos en el primer curso el conocimiento de los globos y de los mapas, que «supone necesariamente ciertos precedentes» de Cosmografía, los mismos que se dejan para el sexto curso, pues no creemos que en sólo *diez* lecciones pueda enseñarse mucho más de lo que suele enseñarse á los niños por el plan anterior.

«Propónese también en este proyecto—continúa el preám-

»bulo—en vez de dar todas las asignaturas en clases alternas, »una distribución del tiempo en las enseñanzas en relación »con la *dificultad é importancia* de cada una, cuidando á la »vez que haya (*sic*) en cada curso una *dominante* que le dé »carácter.» En este párrafo se revela el pensamiento capital de la reforma: el Ministro encontraba violado por el plan anterior el principio de la justicia distributiva, *suum cuique*, y quería restablecer su imperio dando á cada asignatura lo suyo, en la medida exigida por la *dificultad é importancia* de cada una: de aquí la supresión del Derecho usual, Economía política, Contabilidad, Teoría é Historia del Arte, Fisiología, Higiene, Técnica industrial y agrícola, Gimnástica y Dibujo, materias insignificantes sin aplicación ninguna, indignas de figurar entre los elementos de cultura general de las clases ilustradas; de aquí el señalamiento del Latín y Castellano, Francés, Geografía é Historia, Filosofía, Religión, Matemáticas, Ciencias físicas y Ciencias naturales, como las únicas materias cuyo conocimiento importa á todo ciudadano culto. Veamos cómo el Ministro ha procedido al graduar la respectiva dificultad é importancia de las materias elegidas.

Los siete cursos en que la segunda enseñanza se reparte, encierran un total de 107 clases por semana, correspondiendo 70 clases á la sección de Letras, y 37 á la de Ciencias, lo cual significa que los estudios literarios tienen para el Ministro casi doble dificultad é importancia que los estudios científicos; en el plan anterior había un total de 105 clases, pero correspondían 51 á Letras y 51 á Ciencias, quedando tres para Teoría é Historia del Arte, asignatura científico-literaria; en el plan de Gamazo todo estaba equilibrado, pero en el del Marqués de Pidal el equilibrio se rompe, y no á favor de aquellos estudios de inmediata aplicación y utilidad, sino á favor de los estudios literarios, para que España siga siendo una nación de abogados sin pleitos, de oradores de café y de sempiternos é inútiles charlatanes.

Pero no basta esa ya extraordinaria desproporción, que

asigna á la vida escolar un trabajo de 70 clases semanales consagradas á las Letras y sólo 37 á las Ciencias, sino que esa desproporción se mantiene en uno y otro grupo, preponderando sobre todas las asignaturas el Latín y Castellano, que se lleva 30 clases semanales, casi tanto tiempo como todos los estudios de Ciencias juntos. ¿No es esto una enormidad? Y es una enormidad ejecutada á sabiendas, con premeditación, puesto que el Ministro declara que «ha cuidado que haya (*sic*) en cada curso una asignatura dominante que le dé carácter», y ha distribuído el tiempo entre las enseñanzas «en relación con la dificultad y la importancia de cada una».

Y lo incomprensible de esta desproporción sube de punto cuando se ve que á las Ciencias físicas no se les asignan más que nueve horas y otras nueve á las Naturales, mientras que á las Matemáticas se les señala diez y nueve horas, una hora más que á todas las Ciencias físicas y naturales juntas, aunque la mitad que al Latín. ¿No es lícito creer, al leer semejantes aberraciones, que se ha procedido con toda conciencia, y que lo que se busca es matar el pensar, de propósito deliberado? Las Matemáticas requieren cavilaciones largas y hasta penosas, pero son cavilaciones inocentes, cálculos sin alcance en la esfera política, filosófica y religiosa; las Ciencias naturales importa ahogarlas en estrechos límites, lo mismo que las físicas, para que no haya campo á disquisición alguna sobre el origen de las especies, sobre la teoría de la evolución ó de la unidad de las fuerzas físicas, para ninguno de los problemas de la bioquímica ó de la Psicología celular. ¿Es esto lo que se busca? ¿Es esto lo que se quiere con esa desproporción, con ese predominio de la memoria sobre la razón y la voluntad, con esa anteposición de la Lógica á la Psicología, con esa imposición de las ya olvidadas clasificaciones de Cuvier y de De Candolle, con tanto acierto criticada por *El Imparcial* y *El Liberal*, el *Heraldo* y *El Globo*?

Indudablemente, sí: se quiere atrofiar el pensamiento, se quiere cerrar la puerta á todo cuanto signifique especulación



científica ó vulgarización de teorías que pongan en tela de juicio ciertos dogmas, revelando con semejante sistema miedo á la luz, temor á la discusión, falta de fe en las propias creencias. Sólo así se comprende el mecanismo del plan que hemos puesto al descubierto, y esa pauta á que se obliga al Profesor, por el art. 5.º del decreto, á ajustar la explicación de sus lecciones, prohibiéndole dar demostraciones, exigiéndole que huya de definiciones, imponiéndole textos obligados de traducción y consagrando el papagayismo de la cátedra. Sí, hay que matar el pensamiento y cultivar tan sólo la memoria. Hay que condenar la voluntad para que el hombre se convierta en máquina. «¿Qué significan si no—como con tanta razón ha dicho »*El Imparcial*—esas repeticiones, esos repasos, esos preceptos »y ejercicios fáciles, esas listas de verbos y esas reglas sencillas »que, despreciando todo criterio de enseñanza racional, impone el Ministro tiránica y caprichosamente á los Catedráticos?»

«Es evidente—sigue diciendo *El Imparcial*—que el Ministro se propone educar una generación de tontos, pues la memoria es el único talento de éstos, y de esclavos, pues la memoria sustituye á la voluntad en los espíritus hechos á la servidumbre. Acaso las fábricas de cerebros esclavizados, que han servido de modelo y de arquetipo al Sr. Pidal para el establecimiento de sus reformas, le hayan dicho lo que siempre dicen: «Es necesario, indispensable, *disciplinar el pensamiento* de los jóvenes, sujetarle, aherrojarle si es posible. ¿Y cómo se hace esto? Con el sistema de las repeticiones, de los repasos, de las listas aprendidas al pie de la letra, de todos los medios de atenazar y cohibir cuantas iniciativas pueda tener el cerebro nuevo, y de marchitar cuantas eflorescencias lozanas salgan de él. Y para anular la voluntad de los alumnos, bueno será también constreñir la de los catedráticos, obligándoles á que pasen por el aro oficial, midiéndoles y pesándoles la cantidad de enseñanza, imponiéndoles los autores que han de comentar y traducir, y las clasificaciones zoológicas ó mineralógicas que han de seguir, y obligándoles á que escriban ó

adopten manuales hechos á la medida, para que los alumnos los aprendan de corrido, sin tomarse nunca el trabajo de pensar, de reflexionar sobre aquello que á viva fuerza se almacena en la memoria.

»Así, de cada Instituto saldrá anualmente una manada ó piara de papagayos sin discurso natural ni voluntad propia, sumamente manejables y gobernables, temerosos de Dios y de los hombres, y embriones de las futuras mayorías reaccionarias; pero que sabrán muy bien *medir exámetros y pentámetros*, porque así lo manda el programa oficial, aun cuando los más eminentes filólogos modernos apenas aciertan á discernir en qué consistía fundamentalmente la Métrica latina. No tendrán al ser bachilleres la menor idea de los deberes y derechos del ciudadano, pues para eso ha suprimido el Ministro la enseñanza del Derecho usual, hoy indispensable; pero en cambio, aprenderán *de carretilla* las jerarquías eclesiásticas de orden y de jurisdicción. No conocerán la substancia, la idea, lo esencial de la Historia, pero estarán muy enterados de la *Cronología*, según establece el plan, sin duda con el propósito de recargar de fechas vanas la memoria de los estudiantes.»

¡Qué efecto tan deplorable y qué ejemplo tan funesto el que se da con esta conducta, abandonando al enemigo el campo de la discusión y de la ciencia, y formando así cerebros sin ideas propias, prontos á recibir las exageraciones del primer Büchner, Draper ó Bagehot, que pase al alcance de su vista! ¿Es que pueden cerrarse las fronteras, ó suprimirse telégrafos, teléfonos y ferrocarriles, ó incomunicarnos con el mundo culto? Pues si esto no puede ser, ¿á qué atrofiar el pensamiento de nuestra juventud, entregándola, indefensa, al primer materialista semiilustrado con quien tenga la desgracia de tropezar? ¿No es mejor aceptar la lucha noble y valientemente, combatiendo al enemigo con sus propias armas? ¿No enseña nada la historia contemporánea misma al Marqués de Pidal y á sus inspiradores? ¿De dónde salieron las generaciones que escribieron la Enciclopedia y que hicieron la Revolución francesa?

De los conventos y de la educación religiosa. ¿De dónde ha salido la juventud actual, que llena las iglesias y los confesorios? De la Commune francesa y del cantonalismo español. ¿No es vivo y reciente el ejemplo, y concluyente la lección?

Cuando Renan publicó su famosa *Vida de Jesús*, los espíritus timoratos no supieron á qué santo encomendarse, y sintieron flaquear su fe y bambolearse sus convicciones. Augusto Nicolás recogió valientemente el guante que Renan arrojara á la ortodoxia, y sin ocultar ni un argumento, ni disfrazar una sola de las atrevidas hipótesis del castizo racionalista, á la luz del día y cara á cara, en lucha noble y leal, esgrimió las armas de su fe, afiladas por la contradicción del adversario, y supo salir triunfante de la palestra, fortificando á los suyos y enseñándoles el camino que en estos tiempos hay que seguir para acertar con el derrotero de la ciencia, sin renegar por eso de los dogmas de la fe. Ese camino es el que debe seguirse, y el que, con indisculpable ligereza, ha abandonado el Ministro de Fomento, dejando á la juventud estudiosa sin norte que la guíe en esta laboriosa peregrinación de la vida, en que á cada paso surgen cuestiones que resolver y problemas que dilucidar. Juventud así, educada en la santa ignorancia de cuanto pasa en la realidad, es la fácil presa de que el materialismo se apodera en cuanto surge la ocasión, señoreándose de una inteligencia no ejercitada en la investigación reposada de la verdad y pronta á rendirse á la primera acometida seria.

## V

## CONCLUSIONES

Podemos resumir todo lo dicho en las conclusiones siguientes:

1.º La reforma del Marqués de Pidal, hecha por un hombre en quien amigos y enemigos se complacen en reconocer

un espíritu culto y una sana intención, es *ilegal*, por infringir la ley de Instrucción pública de 9 de Septiembre de 1857, la ley del Consejo de 27 de Julio de 1890 y los decretos-leyes de 13 de Septiembre y 11 de Octubre de 1898.

2.º Es *inoportuna*, porque, acabando de llevarse á cabo la de Gamazo, que el mismo Marqués de Pidal reconoce como buena, ninguna necesidad había por ahora de nuevas reformas, mientras la práctica no fuera señalando los defectos y vicios de la anterior.

3.º Es *contraproducente*, porque tendiendo á favorecer la enseñanza del Latín y de la Religión, pone en peligro su existencia como instrumentos oficiales de cultura.

4.º Es *anárquica*, porque sienta el funesto precedente de la infracción de la ley y de la omnipotencia del Ministro, abriendo de nuevo la puerta á la legislación por decretos, que no sirve para edificar nada sólido ni estable, poniendo por encima de la pública conveniencia el capricho ó la opinión del momento.

5.º Es *impolítica*, porque en los tiempos que corren, importa sumar y no restar voluntades, y con esta reforma, se mortifica sin objeto á las Cortes que dieron la autorización para la reforma anterior; al partido liberal, que en nombre de la nación la llevó á cabo, y al Consejo de Instrucción pública, al que se arrebatan sin razón facultades que las leyes le atribuyen.

6.º Es *antipedagógica*, por la confusión que establece en las diversas disciplinas, y por la inversión del orden natural y del método científico en el desarrollo de las enseñanzas.

7.º Es *antihigiénica*, por el desequilibrio enorme que engendra entre las diversas facultades, otorgando el predominio á la memoria mecánica á expensas del entendimiento y de la razón.

8.º Es *anticientífica*, por la preponderancia que concede á ciertas materias á expensas de otras.

9.º Es *inadecuada y anacrónica*, porque requiriendo Espa-

---

ña la formación de hombres prácticos en las Ciencias y en las Artes de más aplicación á las necesidades de la vida, se atiende á esas exigencias con la creación de un plantel de domines y retóricos.

10.º Es *antieconómica*, porque su planteamiento exige un aumento de consideración en el presupuesto.

UN CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

## CRÓNICA LITERARIA

---

La novela de costumbres políticas. — *El ilustre Mangindoy*, por E. Gutiérrez Gamero. — ¿Tiene el novelista derecho á retratar á personas reales? — Tendencia á personalizar en la novela política. — *Carmela Rediviva*, por D. José M. Matheu. — *Cuentos sacro-profanos*, por doña Emilia Pardo Bazán. — *¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?*, por E. Demolins, traducción, prólogo y notas de D. Santiago Alba.

Leyendo días atrás en la *Revue de Deux Mondes* la última novela del Vizconde E. Melchior de Vogüé: *Les Morts que parlent*, ocurriárame que si la vida política de su país ha ofrecido al novelista francés materia y asunto para las mejores páginas de su obra, tienen también nuestros novelistas, en este aspecto de la vida nacional, un veneno de observaciones poco explotado ciertamente por la novela de costumbres, que no desdeña otros filones más pobres, ni deja de espigar en campos mucho más trillados y de menor amplitud.

De la novela de Mr. de Vogüé no puede decirse que sea una obra maestra, siquiera su lectura resulte muy agradable y ofrezca, además del literario, el interés psicológico que supone el reflejar con bastante exactitud la tendencia antiparlamentaria y militarista que ha tomado en Francia bastante vuelo en estos últimos años y que ahora anima hartamente á uno de los opuestos bandos que disputan sobre la revisión del proceso de Dreyfus. Mas para mi propósito no es

esto lo interesante de aquella obra, y sólo lo digo para dar una ligera idea de su carácter, ya que la he citado como ejemplo del partido que puede sacar un novelista de la pintura de las costumbres políticas contemporáneas, que es lo que aquí viene al caso.

En España se ha cultivado poco la novela política, y digo política á la que tiene por asunto costumbres, tipos y escenas de este orden de nuestra realidad histórica presente, á la manera que se llamó pastoril á la novela que pintaba los amores y entretenimientos campestres de zagalas y pastores.

El campo no está enteramente virgen, sin embargo. Nuestros grandes novelistas, Galdós principalmente, Pereda (en *Pedro Sánchez*), Armando Palacio Valdés, retratando la política provinciana; Picón, el P. Coloma, Campión, el malogrado Macías Picavea, y otros, han penetrado, los unos de pasada, los otros más despacio y con mayor detenimiento, en este campo de observación, pero limitándose por lo común á buscar en él algunos accesorios para la perspectiva general de sus obras.

Como la política ocupa tanto espacio (superficialmente al menos) en nuestra vida social, y es lo que más bulle y se agita, parece á primera vista extraño que haya representado tan poco en el orden de los asuntos novelescos, y más es de extrañar si se considera que nuestra novela es principalmente de costumbres y muy sujeta, por tanto, á la influencia de lo exterior, del medio ambiente.

No falta, sin embargo, alguna razón para que nuestros novelistas hayan concedido lugar tan secundario á este género de asuntos. La excisión entre la política y las letras, que anduvieron tan unidas en los primeros tiempos de nuestro régimen constitucional, es un hecho que se manifiesta así por el desdén exagerado que suelen sentir los literatos hacia la política, como en la poca estimación que alcanzan en ésta los títulos y merecimientos literarios, á diferencia de lo que solía ocurrir hasta la revolución de 1868. Los políticos importantes

del período que acabó entonces, hicieron, por lo general, sus primeras armas en las letras, siendo éstas muchas veces el camino seguro y aun el aprendizaje obligado de las posiciones políticas. Al mismo tiempo, los gobernantes solían considerar como un deber del Estado la protección á la literatura y aun los más reaccionarios procuraban atraerse á los hombres distinguidos en esta esfera. Las tendencias positivistas de las nuevas generaciones políticas han hecho prevalecer otros títulos y otros merecimientos, á veces de bien escaso valor intrínseco, como la travesura y la habilidad para la intriga. La mutua influencia entre la política y las letras, ha quedado reducida á muy poco; lo bastante, sin embargo, para que el título de Ministro pasado, y la calidad de Ministro en potencia para lo futuro, siga todavía abriendo de par en par las puertas de la Academia á candidatos que apenas si han hecho una visita de cortesía á las Musas.

\*  
\* \*

Por esa escasez de novela política ó de elemento político en la novela, es un libro hasta cierto punto excepcional, y desde luego original y nuevo, el del Sr. Gutiérrez Gamero, *El ilustre Manguindoy*.

No conozco otras obras del autor, aunque he oído elogiar su novela *Sitilla* á personas de buen entendimiento. Mas basta la obra antes citada para graduarle de buen novelista y de novelista completo, no de principiante que tantea la senda, nueva para él, de un género literario.

Reune, en efecto, *El ilustre Manguindoy* el mayor número de las cualidades que se exigen en la novela: pintura exacta y profunda de caracteres humanos, acción interesante y animada, desarrollo fácil y seguido de la fábula, estilo suelto y claro..... En particular, reune en grado máximo una cualidad que se estimó en tiempos que era la superior en la novela; el interés, y, dentro de sus varias clases, el interés dramático,



ó sea aquel que se deriva de los varios accidentes y sucesos de la acción, género de interés del cual hacen hoy algunos menos caso, porque el realismo ha sabido sacar maravillas de acciones muy breves y sumarias y hasta en sí poco interesantes. Con todo, la afición de la mayoría del público se irá siempre tras de aquella clase de interés, por ser la que más fácilmente se apodera de la sensibilidad y la fantasía. Los pormenores delicados, la belleza oculta que se saca de las cosas simples y humildes no se muestran á todos los ojos. Y, por otra parte, si de acciones rudimentarias y de hechos triviales sacan los nuevos procedimientos de la novela elementos estéticos bastantes para componer obras hermosas, ¡cuánto mejor no podrán sacarlos de hechos más altos y de más dramáticas acciones!

Más que por lo exterior del estilo, ó sea por las formas del lenguaje, distínguese la obra del Sr. Gutiérrez Gamero, por esa facultad plástica de evocación de la vida, que es lo principal en la novela y aun en otros géneros. Ya lo decía Cervantes por boca del cura paisano de Don Quijote, en cuyos labios pone estas palabras: «La *imitación* es lo principal que ha de tener la comedia.» Esta imitación ó reproducción de lo real, es todavía más, si se quiere, en la novela que en la comedia, la nota artística y la cualidad que mayormente contribuye á la perfección. Casi toda la teoría estética de la novela moderna se resume en eso.

No se crea que el estilo de la novela de que vengo hablando, con no ser en ella el principal atractivo, es defectuoso ó descuidado. No tiene, en verdad, el sabio y castizo pulimento del de Valera, ni iguala en lo expresivo y *pictórico* al de Galdós, ni al de la Sra. Pardo Bazán en la elegante sencillez que da formas artísticas á la llaneza, pero es un estilo fácil y animado, muy propio de la novela, lo bastante correcto para no escandalizar á los puristas, y sobrado discreto, si así puede decirse, para que el tono y manera de la expresión no disuenn nunca de las situaciones y asuntos, ni pequen ya por carta

de más, ya por carta de menos, empinándose á lo altisonante ó rebajándose á lo chocarrero.

Lo que principalmente distingue á esta novela y le da carácter propio, es la viva pintura que hace de las costumbres políticas contemporáneas, pintura en que, si no verdaderos y completos retratos, aparecen no pocos rasgos personales y por menores anecdóticos, tomados directamente de la realidad. En esto se parece algo á aquellas famosas *Pequeñeces*..... del padre Coloma, libro tan comentado y discutido á su publicación, aunque en aquella obra lo político era, en cierto modo, accesorio, siendo lo principal la sátira de las costumbres aristocráticas. El Sr. Gamero fustiga menos las debilidades humanas, aunque no sea más suave la pintura que de algunos personajes hace. Mas el autor no se erige en moralista, y así parece el palmetazo menos duro y más tolerables los rasgos con que adorna á algunas siluetas. No quiere decir esto que sea *El ilustre Manguindoy* lo que los franceses llaman una novela de clave, esto es, que retrate de pies á cabeza á personajes vivos ó que hasta hace poco vivieron. Las figuras de la novela están compuestas combinando en tal proporción lo real y lo fantástico, los rasgos tomados evidentemente de personas verdaderas con otros que no pertenecen al presunto modelo, que en rigor de verdad puede decirse de los personajes de la obra: *esto es de fulano*, aludiendo á tal ó cual carácter ó circunstancia, pero no: *este es fulano*, identificando por completo á las figuras novelescas con hombres reales que conocemos.

Muy delicada es la cuestión de si puede ó no el novelista, y dentro de qué límites, retratar á individuos determinados, pues de una parte está el interés artístico, que aboga por la mayor independencia literaria y por el mayor número de fuentes y medios de inspiración, y de otro lado, el interés moral que reclama el respeto á la personalidad ajena. Si no es lícito retratar á uno sin su anuencia, ó sea, reproducir su figura física, menos ha de serlo retratar ó representar, además de ésta, la intimidad de su vida privada, de sus hábitos y costumbres, y

la intimidad más *intima* todavía de su espíritu y vida interior, y esto con tanto mayor motivo, cuanto que estas representaciones literarias no van movidas generalmente de intención de apología, y suelen ir, casi siempre, acompañadas de la sátira, por donde los modelos son puestos en cierto modo á la vergüenza pública, ó, cuando menos, entregados á la risa y zumba de los lectores. Hay en esto una violación del derecho ajeno, que, desde algún punto de vista, hasta es más grave que los ataques á la propiedad de los bienes materiales, pues toca á la persona misma y la arrebatada y entra á saco su intimidad, trocándola en pasto de curiosos. Mas el arte en sí es *amoral*, y sólo juzga de los medios en relación con sus fines propios.

Por otra parte, hay que reconocer que en cualquier género de sátira (y la novela del Sr. Gamero es satírica, con sátira seria, á lo Juvenal), la tentación de individualizar y personalizar es muy fuerte y difícil de vencer. El proceso mental de la sátira no tiene su punto de partida en consideraciones abstractas y generales, sino en la observación de casos concretos. Su fuente principal es la experiencia. El satírico, al censurar las costumbres, parte de sus propias observaciones personales, que versan, naturalmente, sobre casos personales también, por manera que el vicio se le representa casi siempre con los rasgos del sujeto en quien le ha observado. Cuando se trata de costumbres en general, de vicios y debilidades comunes, la misma generalidad de los casos facilita la abstracción, y fuera de esto, si á algún individuo retratase involuntariamente el satírico, difícil sería reconocerle, cuando tantos hay que participan de estas flaquezas naturales de la condición humana, con más que á sujetos del vulgo ¿qué lector los reconocería no conociéndolos?

No es este el caso de la sátira política, la cual se refiere á un número relativamente corto de personas, puestas en evidencia por la altura de su posición, divulgadas por los papeles públicos, y cuyos rasgos personales se presentan á la imaginación del satírico, juntamente con las cualidades morales

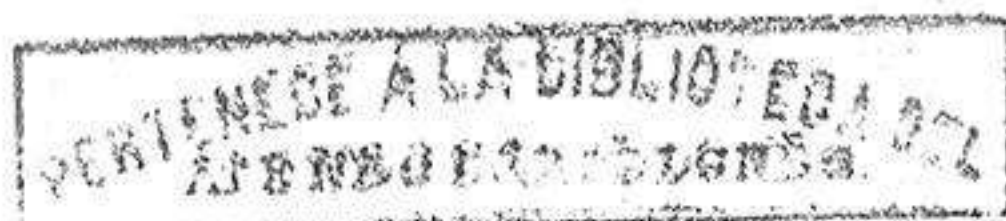
sobre las que él ejerce su censura. En algunos géneros y formas de sátira, por ejemplo, la general y abstracta hasta cierto punto, que cabe en una epístola moral como las que antes se escribían en verso, puede obviarse este inconveniente; pero no así en la novela satírica, pues siendo excelencia principal de la novela la imitación de la realidad, como antes hemos dicho, difícil sería que los personajes imaginarios que traza el novelista no se pareciesen algo y aun algo á los personajes reales que les sirvieron de modelos.

En una novela de costumbres, de las usuales, el número de modelos es inmenso; la multitud humana ofrece al escritor inagotable variedad de tipos, y la abundancia de ejemplares individuales de cada uno de ellos hace que nadie pueda darse por aludido. Pero en la novela política, el número de modelos es muy limitado, pues seguramente no ha de elegir por tales el novelista á los alcaldes de barrio ó á los miembros de algún Comité de aldea, sino que ha de poner en escena figuras principales, Ministros, jefes de partido, oradores parlamentarios, etcétera, puesto que son éstos los artífices de la gobernación del Estado. A menos de que trace figuras absolutamente imaginarias, sacrificando el aspecto de realidad de la novela, no será difícil hallar en sus personajes correspondencia y parecido con los de la realidad, y como éstos son contados y conocidos, el trabajo de identificación se hará por sí solo en la mente del lector, y aun pasará muchas veces de los límites en que se detuvo el libro.

Este es el caso de la novela del Sr. Gutiérrez Gamero. Vemos en ella un Presidente del Consejo, varios Ministros y otros políticos influyentes, banqueros que son unos grandísimos..... capitalistas, damas de la alta aristocracia, etc. No es raro que los lectores que conocen la crónica escandalosa de la vida madrileña y las interioridades de la política, quieran descubrir en esta serie de personajes una galería de retratos contemporáneos é identifiquen al ilustre Manguindoy, á Fanio Pitre, á la Duquesa de Prestillas y hasta á la heroína de la novela, Ma-

tilde del Cerojal, con aquellas personas verdaderas y reales con las que tienen alguna relación de semejanza, que á veces es nada remota.

Este es el inconveniente (de naturaleza moral, no artística) que ofrece este género, por cuanto se presta á dar pábulo á la murmuración y la malicia; mas, sea cualquiera el juicio que sobre el particular se forme, justo es reconocer que el Sr. Gutiérrez Gamero acredita tener dotes sobresalientes para el cultivo de la novela, y que *El ilustre Manguindoy* merece ser leído.



\* \* \*

El autor de *Carmela rediviva* (otra novela que acaba de publicarse) es D. José M. Matheu, escritor muy estimable y que ha publicado ya varias obras de este género, escritas todas con discreción y no desprovistas de mérito. En este último libro suyo, la concepción general de la fábula deja algo que desear, pero no faltan episodios y escenas dignas de alabanza; por manera que las partes resultan superiores al conjunto.

Hay en esta obrita algunos cuadros de interior doméstico bien trazados, con sentimiento artístico y observación acertada de la realidad. Mas el encadenamiento general de los hechos resulta á veces artificioso y forzado, dejando así cierta impresión de vacío ó deficiencia en el ánimo del lector.

El tema de esta obra ha sido muy tratado por los novelistas franceses: es la prevención de los *burgueses*, es decir, de las gentes sencillas ordenadas y meticulosas de la clase media hacia los artistas, prevención para la cual es parte el no considerar el ejercicio de las bellas artes como una profesión formal, sino como entretenimiento de ociosos. Esta preocupación, tan general en Francia, tiene entre nosotros escasa fuerza, quizá por no estar aquí arraigados los hábitos de ahorro y economía doméstica, que hacen preferir allí las profesiones seguras,

aunque modestas, á las más brillantes pero más aventuradas del literato ó el artista.

Mas en la novela del Sr. Matheu, el artista es hijo de padres acomodados y los *burgueses* tan humildes, que, á no ignorar aquella importante circunstancia, no rehuirían el tenerle por yerno. La clave del drama, que drama hay y no flojo, puesto que el protagonista da muerte á su antigua novia y acaba por perder él la razón, está en que no descubre ni deja traslucir este sujeto, cual es su verdadera posición desde el punto de vista de la riqueza, ni se cuidan tampoco de averiguarla los padres de Carmela (que es la novia del artista, casada luego con otro), prefiriendo guiarse por indicios, conjeturas y sospechas.

Cierto es que si en las novelas y comedias hubieran de seguir las cosas su curso natural y corriente, sucedería á veces que no habría novela ni comedia. Mas no es esto tan general é inevitable que la verosimilitud venga á ser incompatible con las ficciones literarias, si bien al exigir esa cualidad no debe ser demasiadamente rigurosa la crítica; pues ocurriendo en el mundo cosas inverosímiles y pasmosas, ¿será mucho que también sucedan en los libros y en las tablas de la escena?

No pondré yo, pues, grandes reparos al Sr. Matheu por este concepto, ni dejaré de alabar como se merecen las páginas finales en que la locura del infortunado protagonista está descrita, no sé si con sujeción á los cánones de los alienistas, mas desde luego de una manera artística y que produce impresión de realidad.

Algo le falta, con todo, al Sr. Matheu para salir de la esfera de discreta modestia en que se mantienen sus novelas, y alternar con los noveladores de primera fila. Su laboriosidad y constancia, aparte de otros méritos que reúne, permiten esperar que dará al cabo ese paso decisivo.

\*  
\* \*

El tomo de *Cuentos sacro-profanos* que figura en la colección de «Obras completas» de la Sra. Pardo Bazán, es, si no me engaño, el segundo de cuentos que en esa colección aparece. Entre los contenidos en este tomo, están algunos de los más interesantes, y varios de los más discutidos que ha escrito la Sra. Pardo Bazán. El talento de *cuentista* de la autora encuentra campo singularmente propicio en este género de asuntos, denominados con propiedad sacro-profanos, asuntos y temas de inspiración que, habiendo sido antaño tan abundantes en nuestra literatura, son hoy raros y escasos relativamente.

En el notable prólogo de este libro, recuerda la Sra. Pardo Bazán las censuras que la valieron algunos de estos cuentos, mal interpretados por personas nada dispuestas á la imparcialidad. Como todos los escritores que han escrito mucho y han conseguido gran notoriedad, varias veces y por parte de diversas clases y gentes ha experimentado la ilustre novelista los efectos de la feroz intolerancia á que son dados muchos españoles, sin que los respetos de la galantería lograsen siquiera poner en las plumas de los impugnadores expresiones moderadas y corteses. Ahora mismo, con motivo de su conferencia, *La España de ayer y la de hoy*, levantó contra ella un conato de tempestad de *chauvinisme*, que no sería excesivo calificar de bárbaro, dado que pudiéramos admitirlo por sincero y no se redujese en su mayor parte á un chorreo de frases hechas, de retórica afectada, falsa, no *sentida*.

Pero todavía esa intransigencia y esa inclinación á la suspicacia y á la hipocresía disuenan más en materias religiosas, ó que en algún modo con la Religión se relacionan. Tratándose de infieles ó herejes, podrían tener mayor disculpa y explicación estos sentimientos, aunque siempre serían intrínsecamente malos. Pero es el caso que los fariseos á quienes alude la ilustre escritora, con quien más se ensañan, es con los que están más próximos á ellos en ideas. Ocurre que algunos católicos, que á sí mismos se consideran perfectos, con vanagloria

bien poco cristiana, tratan á los demás como si fueran turcos. Diríase que, por un atavismo de estrecho espíritu judaico contrario á la *catolicidad* del cristianismo, consideran estos tales que fuera de ellos no hay más que gentiles (lo menos que llaman al prójimo es mestizo), y hasta parece que les pesa que los demás sean cristianos y puedan salvarse, como si en el cielo estuvieran contados los lugares, y entrando otros, pudiesen temer que no quedara para ellos entrada ó espacio suficiente.

Esta intolerancia, donde principalmente se ejercita es en aquel punto en que la religión se mezcla con la política; pero alcanza también á la literatura y á las artes, y á todas lleva su espíritu suspicaz y su mirada de inquisidor.

Esto coarta y detiene el vuelo de la inspiración, que en las épocas de verdadera fe, sólida y profunda, confiada y sencilla, penetraba con libre paso en el sagrario de los más augustos asuntos religiosos para poner en el altar las flores del arte. Hoy, como dice la Sra. Pardo Bazán en su prólogo, los escritores cristianos se retraen muchas veces de tocar asuntos místicos ó espirituales por temor á esa intolerancia, judaica ó musulmana en el fondo y en el espíritu, aunque con apariencias cristianas se encubra y se disfrace. Y acaso haya sido parte esto mismo para que la literatura religiosa ó inspirada en temas religiosos aparezca hoy tan pobre, tan escasa, limitada á horizontes tan estrechos, encerrada en una especie de ñoñez de monja boba; tan distante, en fin, de la elocuencia, majestad y elegancia que revistió en España en pasados tiempos.

Pero no todo es intolerancia, y la Sra. Pardo Bazán ha recibido, según en el prólogo se lee, muy valiosas aprobaciones, y alguno de sus cuentos se da como premio en escuelas católicas del extranjero. Fuera de esto, es seguro que la autora tendrá siempre de su lado al público en general, pues los *Cuentos sacro-profanos* son en extremo interesantes.



Entre los mejores trabajos acerca del *problema de la regeneración*, á que aludía en la crónica anterior, puede citarse el prólogo que ha puesto D. Santiago Alba á su traducción de la obra famosa de E. Demolins *¿A quoi tient la supériorité des anglo-saxons?*

Bien sabida es la resonancia que alcanzó el libro de Demolins, fama acaso superior á su mérito, pues sin ser una obra vulgar, dista bastante de ser una obra maestra. El italiano Guillermo Ferrero ha señalado más profundamente las diferencias entre latinos y anglosajones. Pero Demolins tuvo el acierto de la oportunidad, que en obras de esta clase es el mayor de todos los aciertos. Apareció su libro en el momento psicológico en que debía producirse el milagro de que un francés reconociera la superioridad de otro pueblo y otra raza. De ahí viene, en gran parte, el ruido que ha movido este estudio, por lo demás muy apreciable, sobre todo en la parte pedagógica, que es la principal en él.

En realidad, *¿A quoi tient la supériorité des anglosaxons?* es eso: un libro pedagógico que trata secundariamente de otras cosas, y al cual le viene un poco ancho el título, pues no agota, ni con mucho, la materia. Limitado en gran parte á la exposición de hechos, al relato de las observaciones personales del autor, no profundiza en la investigación de las causas ni se fija lo bastante en esta diferencia esencial entre unos y otros pueblos, en que quizás está la clave de todas las demás ó de la mayor parte de ellas: entre los latinos, el individuo existe para el Estado (lo mismo en Monarquías que en Repúblicas); entre los anglosajones, por el contrario, el Estado existe para el individuo. En esta transposición de términos hay un mundo de diferencias.

Mas prescindiendo de todo esto, el hecho es que el libro de Demolins y las saludables advertencias que contiene son tan aplicables ó más á España que á Francia, por lo cual el Sr. Alba ha hecho muy bien en traducirle y mejor todavía en ponerle un prólogo, que es casi otro libro, una verdadera adap-

tación de la obra del tratadista francés á nuestras necesidades y nuestros problemas.

No menos de 130 páginas tiene ese erudito prólogo, en el cual ha puesto á contribución el Sr. Alba numerosas estadísticas y gran copia de datos de todas clases, para demostrar, como en efecto lo consigue, que el libro de Demoulin para nosotros parece escrito mejor que para los franceses, á quienes va enderezado en la mente del autor y en los términos del texto. Al reunir tales datos da muestras el prologuista y traductor de notable laboriosidad, como al exponerlos y comentar acredita recto juicio y un noble deseo de remediar los males públicos. Si algo le falta, es, á mi entender, cierta dosis de sentido histórico que le hubiera facilitado la explicación de algunos fenómenos; que no son ni podrían ser obra ni resultado exclusivo de los desaciertos individuales que hayan cometido los gobernantes de una generación.

La versión es fiel, principal requisito de las traducciones, y el prólogo está escrito con la sencillez y claridad que convienen al natural estilo de esta clase de estudios. En suma: un buen libro, publicado con excelente intención y escrito y traducido con acierto.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

## LA PARENTELA DE VELÁZQUEZ

---

Clasificadas las obras de nuestro gran pintor en mitológicas, religiosas, históricas y de actualidad de su tiempo, la cuota menor la representan los dos primeros grupos, y la única del tercero se puede refundir en las del cuarto.

Si la clasificación se hiciera, no á partir del asunto, sino de las figuras individualizadas ó agrupadas, aun contando en éstas todas las figuras perfectamente distinguibles, no suman el total de aquéllas.

Velázquez no tuvo preferencia ni por el asunto mitológico, ni por el religioso, ni por el histórico, y tuvo preferencia por el asunto actual.

La labor pictórica de Velázquez aparece más desenvuelta en las unidades que en los conjuntos; es decir, en las figuras aisladas que en las agrupaciones de figuras.

De esas clasificaciones se desprenden los mismos datos que caracterizan la personalidad del gran pintor, investigada en la factura de esas mismas obras.

En lo técnico, la paleta de Velázquez se distingue por el limitado número de colores; en la expresión, se distingue el artista por la sencillez; en los conjuntos, por la síntesis; en cada obra, por el carácter y la verdad.

De todos, absolutamente de todos los pintores, se distingue

por otra cosa que, con parecer una cualidad singularísima, está en muy íntima conexión con las otras cualidades, de las que es dependiente.

Si á la moderna examináramos sus obras, estudiando independientemente lo que los antropólogos llaman factores, lo que los alemanes llaman factor endógeno y factor exógeno, que quiere decir el individuo y el medio, á Velázquez, que en lo individual resulta tan antropólogo como psicólogo, pues junta á los caracteres de la conformación los de la expresión, en lo físico le pertenece la exclusiva de ser el único pintor del medio, el único que supo rodear á sus modelos del aire ambiente.

No es la primera vez que las ciencias antropológicas acuden á las obras artísticas, ya pictóricas, ya literarias, buscando comprobantes para justificar la realidad de determinados tipos antropológicos ó psiquiátricos, ó la veracidad de determinadas doctrinas. Entre los fisiognomistas, entre Platón y Trogo, entre Porta y Lavater, aparece catalogado Leonardo de Vinci. El Rey Lear, Hamlet, Ofelia, Lady Macbeth, resultan ahora tan dementes seniles, tan abúlicos neurasténicos, tan maniacos agudos de tinte erótico, tan melancólicos con alucinaciones visuales como cualquier asilado en cualquier manicomio cuya enfermedad mental es diagnosticada por un clínico. Shakespeare presentó como eran á esos tipos de degeneración que la moderna psiquiatría definió mucho más tarde. El genio del gran dramaturgo, como el genio de nuestro gran pintor, como cualquier verdadero genio artístico, se distingue por la realidad de sus concepciones, y es genio por tener potencia adquisitiva para recibir la realidad íntegramente y por tener potencia ejecutiva para proyectarla y fijarla.

Si, á partir de ese concepto de la genialidad, que es el verdaderamente exacto, se quisiera hacer una comparación entre dos genios, cuyos modos de expresión, cuya técnica artística es diferente, pero cuya finalidad artística es igual, se podría decir, por aquello que dijo Víctor Hugo que el genio

está en la región de los iguales, que Shakespeare es un Velázquez y que Velázquez es un Shakespeare.

Shakespeare, cuyas creaciones dramáticas son consultadas y utilizadas por los antropólogos, los psicólogos y los sociólogos, como obras maestras de caracterización y expresión de la realidad, es lo que pudiera llamarse un antropólogo, un psicólogo y un sociólogo de acción, pues no se concreta á señalar los caracteres de reconocimiento de los tipos sociales, sino que recoge en un tipo de acción los caracteres que distinguen á los diferentes tipos de sus obras, y los hace vivir como viven y vivirán todos sus congéneres.

En Velázquez existe una particularidad que lo asemeja á los grandes dramaturgos, ó mejor dicho, que lo asemeja á Shakespeare. El dramaturgo es ante todo y sobre todo un creador de caracteres. La obra escénica que no se funda en el carácter, es simplemente una obra de artificio, de enredo. En las grandes obras del dramaturgo inglés el carácter es lo que aparece en primer término, desde el título.

El predominio en la galería de obras de Velázquez del asunto de actualidad de su tiempo sobre el asunto mitológico ó religioso, y el predominio de la individualidad aislada sobre la agrupación de figuras, revela que, pictóricamente, tiene el gran pintor la tendencia del gran dramaturgo; es decir, la de representación y caracterización de personajes, no supuestos, no imaginados, sino reproducidos de la realidad y con la mayor suma de caracteres expresivos de la realidad.

Velázquez es un retratista, no como ordinariamente se define á este género de pintores. Ni siquiera se le podría calificar llamándolo un gran retratista, apreciando en él únicamente el parecido de la persona retratada, la propiedad de los detalles, la corrección del dibujo, lo admirable del colorido, la excelencia del modelado, la maravillosa reproducción del ambiente, lo irreprochable, en fin, de la factura.

Aunque se le añadieran las cualidades á que acabamos de aludir, de caracterizador de cualidades en todo aquello que

permiten los modos de expresión de la pintura, aunque se lo llamara antropólogo y psicólogo, siempre resultaría que Velázquez fue un gran retratista palaciego.

Y, seguramente, fue algo más. Y, seguramente, en las determinantes de su personalidad artística y de sus tendencias artísticas, hay algo más que no se ve por el estudio directo de sus cuadros, y que sólo se aprecia por el estudio de otras manifestaciones artísticas desenvueltas en otros modos artísticos y reveladas en el mismo medio en que Velázquez se formó, se determinó y vivió.

El medio es un modelador de personalidades y un modificador de personalidades ya formadas. Hay pintores que, aunque nunca se desprendieron de las cualidades de su origen artístico, se modificaron por influjo del medio. El Greco, el pintor que más influye en la personalidad artística de Velázquez, es uno de esos casos. Y si esto ocurre en quien nació y se formó en otro medio, en quien es de otro origen, con más motivo ocurriría en quien nació en el medio que tiene suficiente potencialidad para producir esas transformaciones. Y esto indica que en ese medio, que es bastante poderoso para caracterizar personalmente una tendencia, hay algo que se habrá, seguramente, traducido en otras caracterizaciones y en otras tendencias análogas.

Así es, en efecto. En España hay más de un Velázquez, que se distingue por cualidades y tendencias artísticas análogas á las de Velázquez, resultando éste de la propia familia social que los otros. Lo que tiene es que los padres de Velázquez, sus hermanos y sus primos, no pintaron, sino que escribieron.

¿Y qué importa? El pintar y el escribir se diferencian en los modos de caracterización, de expresión, de reproducción de la realidad, pero no en la realidad misma.

El pintor puede ser tan expresivo, que justifique la ponderación con que se certifica la verdad de ciertas figuras retratadas: «Están hablando.» El escritor puede dar á sus representaciones una verdadera plasticidad pictórica, al extremo de

que en la mente del lector surja representativamente un verdadero cuadro pictórico.

Mirad un cuadro en que se reproduce el cuerpo exánime de una bruja:

«Ella era larga de más de siete pies; toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; con la barriga, que era de badana, se cubrió las partes deshonestas, y aún le colgaba hasta la mitad de los muslos; las tetas semejaban dos vejigas de vaca, secas y arrugadas; denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgredada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos..... quise morderla (dice el perro, que es quien lo refiere), por ver si volvía en sí, y no hallé parte, en toda ella, que el asco no me lo estorbase.»

Dibujo y color, ó referencias al dibujo y referencias al color, que suplimos con las nociones que tenemos de una y otra cosa, hacen de esa descripción un verdadero cuadro; como un cuadro, el del *Bobo de Coria*, por ejemplo, hace análogamente una verdadera descripción.

Ese cuadro lo pintó Cervantes. La bruja es la Cañizares y el perro Berganza.

Nuestros literatos, los verdaderamente nuestros, los modelados por el medio nacional, son caracterizadamente retratistas, por ser caracterizadamente psicólogos.

El libro que Mateo Alemán tituló, tendenciosamente á la española, *Atalaya de la vida humana*, lo rectificó el pueblo y lo bautizó con el nombre que ha prevalecido: *El pícaro*. En la síntesis de ese título, el libro demuestra lo que es: el retrato de un tipo nacional; un retrato en muchas páginas, en todo un libro.

El escudero del *Lazarillo de Tormes*, es un admirable retrato, una obra que por su sencillez, su sobriedad, su verdad, su carácter, su síntesis, parece propiamente velazquiana. No es el escudero tal ó cual, el de tal parte ó tal señor, sino el es-

*cuadero*, el hidalgo, un tipo grandemente reproducido en toda la Península, un tipo nacional con todos los defectos nacionales.

Y ese género de retratos típicos—el tipo es una síntesis de caracteres—abundan en la galería literaria, y se podrían reunir para formar una colección paralela á la que en el Museo se ha formado con las obras de Velázquez.

Juzgad de Mateo Alemán como retratista de uno de esos tipos:

«Derrenegad siempre de unos hombres como unos perales, enjutos, magros, altos y desvaídos, que se les cae la cabeza para fingirse santos; andan encogidos, metidos en un ferreuelo raído, como si anduviesen amortajados en él. Son idiotas de tres altos, y quieren con artificio hacernos creer que saben hurtar cuatro sentencias, de que hacen plato, vendiéndolas por suyas, finjen su justicia por la de Trajano, su santidad de San Pablo, su prudencia de Salomón, su sencillez de San Francisco, y debajo desta capa suele vivir un mal vividor. Traen la cara macilenta, y las obras afeitadas; el vestido estrecho, y ancha la conciencia; un en mi verdad en la boca, y el corazón lleno de mentiras; una caridad pública, y una insaciable avaricia secreta; manifiéstanse ayunos, así de manjares, como de bienes temporales, con una sed tan intensa, que se sorberán la mar y no quedarán hartos; todo dicen serles demasiado, y con todo no se contentan; son como los dátiles, lo dulce afuera, la miel en las palabras y lo duro adentro en el alma.»

Asunto de interés para el estudio de este género de caracterización literaria, enteramente análoga á la caracterización pictórica en la personalidad de nuestro gran pintor, es seguir evolutivamente lo que no debe ser llamado ni proceso literario ni proceso pictórico, sino proceso de las representaciones en los sucesivos desenvolvimientos de nuestra personalidad nacional.

Lo primero que sintió nuestro pueblo es la historia y la



primer manifestación literaria nacional, es la del romancero histórico. Es una manifestación sana, vigorosa, realista; es la reproducción fiel de los propios hechos, no de hechos extraños, venidos de lejanas partes y adulterados por la ponderación de boca en boca. Si entonces se supiera pintar como se sabía escribir, la pintura hubiese tenido igual carácter que la forma literaria. El poema del Cid tendría sus ilustraciones.

Tal vez por desvanecimientos de la personalidad, por quebrantos de la personalidad histórica, cuya salud, cuyo vigor fueron alterados por influjo de los mismos accidentes de nuestra accidentada historia; por una neurosis que se puede suponer histérica, neurosis que la produce la fatiga, fatiga que por lo desproporcionado de nuestras empresas en relación á nuestro modo constitutivo y por la penuria que se revela en aquel estado nacional era inevitable, la representación literaria del pueblo se trastorna. El culto á la historia nacional y á los héroes nacionales se sustituye por otro culto, por otra preferencia, y á lo real lo desposee lo imaginativo, que las gentes crédulas aceptaron como real. Al romancero lo suplanta el libro de Caballería, una literatura en parte mística y en parte matonesca, y en sus dos manifestaciones megalomana.

La pintura no se contaminó de ese padecimiento literario, y se comprende. El arte pictórico, en sus exageraciones, no podría llegar, aunque se lo propusiera, á las exageraciones de ese otro arte. En cada arte la concepción tiene sus límites, y la pintura, á no ser por simbolismo, no puede permitir lo monstruoso. La pintura, aunque interprete falsamente lo real, está atendida á lo real, como la tierra al árbol.

Por otra parte, los medios y los modos de expresión implican necesariamente en cada manifestación artística la limitación ó la amplitud en el desenvolvimiento del asunto. Cada asunto se adapta á la naturaleza de los medios que lo pueden interpretar, caracterizándolo según y conforme á la posibilidad de esos medios. Por eso el asunto pictórico no puede ser de la misma amplitud que el asunto literario, y de aquí que el

arte pictórico, en su evolución, se atenga á especiales representaciones, es decir, á especializaciones del asunto.

En nuestra literatura popular, lo que tiene mínima representación es el romancero religioso. Popularmente, el elemento religioso vive en íntima unión con lo histórico. El romancero religioso, como bien lo demuestra el *Romancero espiritual*, constituye una especialización artística, una forma culta, conexionada íntimamente con las mismas causas que determinaron el predominio del asunto religioso en la pintura.

La pintura no es, como el romancero, un arte nacional, sino un arte importado, y con la importación del arte vino también el imperativo del asunto religioso. El arte nacional se especializa, se caracteriza en el asunto religioso, y aunque místicamente se sublima con Murillo, tiende á ser un arte realista con Rivera y Zurbarán.

No obstante, el realismo, aunque caracteriza nuestra pintura y nuestra escultura religiosa, no podía tener especial desenvolvimiento en el asunto propiamente religioso. El realismo popular, transitoriamente adulterado en el período pasional de la literatura caballescá, vuelve á surgir por las mismas determinaciones del medio y por las mismas inclinaciones de nuestro carácter, que en otro período y en otras condiciones de nuestra historia constituyeron el Romancero histórico.

El pueblo sintió las realidades de su propia vida en el realismo de su propio estado social, y *romanceó* á los personajes de su tiempo. La *jácara* con su representación de cosas vivientes y con sus vibraciones sonoras, con su letra y su música, es el modo realista y artístico con que la personalidad nacional, decaída, degradada, pero sincera, vuelve á resurgir. Sus héroes son los mismos que ocupaban el escenario de la *juega* nacional. Héroes de corrales, de cárceles y de burdeles, valentones y pícaros, parásitos de lupanar y de la brivia, eran los representantes de su tiempo, los homólogos de otros personajes de la misma familia nacional, aunque de alcurnia dife-

rente. Tenían la notoriedad de su presunción ó de su desvergüenza ó de sus temeridades ó de sus delitos, y figuraban ostentosamente en el bullicio, en el escándalo, en la tropelia de la cárcel, y, haciendo alardes brabucones, en la procesión patibularia. Eran Cantarote, Perotudo, el Mellado, Carrasco, Zampayo, Sornavirón el de Osuna, el Ñarro de Andújar, el Zurdillo de la Costa, y una infinidad de ellos, siempre nombrados y á veces retratados en la jácara. Son tantos, que poniéndolos en lista y agrupándolos por caracteres, constituyen una galería de representaciones nacionales, de la modalidad sociológica que llamamos hampa. Se distinguen por rasgos peculiares y también por singulares afectaciones. El rufián, en la jácara, afecta el tipo de un caballero andante, protector de la dama de la mancebía, y aunque constituye un caso de inversión, en él subsisten invertidos, adaptados á la ruindad de sus fines, los sentimientos nacionales. Tiene su punto de honra, de un honor dislocado, pero imperante. En ocasiones se quiere parecer al caballero y se quiere parecer al héroe, y la jácara, por lo tanto, ha de parodiar al Romancero histórico. La venganza de Cantarote, de un rufián que rescata del burdel, á donde se ha fugado con otro, á su manceba, es una afectación épica, una parodia épica.

La caracterización del realismo de aquel estado nacional en la jácara, determina la constitución de una literatura nacional, la literatura picaresca.

No permite este somero estudio entrar en consideraciones acerca de la evolución y de la significación de esta literatura. Para nosotros, que con fines antropológicos y sociológicos la hemos estudiado, constituye una literatura documental. Es, por su índole, antropológica, psicológica y sociológica. Es, á su vez, lo que muy bien pudiera llamarse una literatura plástica.

La particularidad antropológica de la literatura picaresca consiste en el estudio de los tipos nacionales. Toda la obra de la obra fundamental de esa literatura, la redujo sintética-

mente el pueblo á un tipo, el tipo del pícaro, *El pícaro Guzmán de Alfarache*. Dentro de la obra hay otros muchos tipos, con el carácter con que la antropología define el tipo, como lo define Goëthe, como «imagen abstracta y general que deducimos de la observación de las partes comunes y de las diferencias.» Separando los tipos contenidos en la literatura picaresca, puede formarse una colección antropológica de tipos nacionales, perfectamente distinguibles en la realidad, antes, después y actualmente. Esa separación está hecha en dos grandes figuras, en dos grandes tipos representativos del carácter nacional, porque la abstracción general, la deducción y la diferenciación, son mucho más completas que en los otros tipos. Cervantes es un gran antropólogo que caracterizó en dos tipos, de admirable síntesis, toda una sociedad y toda una representación histórica. Aun los que no han leído la gran obra de nuestra literatura, tienen la representación cabal de quién es D. Quijote y de quién es Sancho Panza.

Cuando se estudia la personalidad de Cervantes en sus diferentes manifestaciones literarias, se ve, por ejemplo, en las *Novelas Ejemplares*, que las de influencia italiana son artificiosas; que aun en las de impresión personal del autor, como las de cautiverio, sigue el artificio; que el artificio continúa, aunque más atenuado, en las de asunto español, como *La fuerza de la sangre*, y que únicamente cuando Cervantes se satura en el medio nacional, y hasta en la región en que aparece más condensado ese medio, en Andalucía, es cuando se revela con las cualidades que lo encumbran á la primera posición literaria, que lo elevan á la genialidad; cuyas cualidades, aunque todas fueran enteramente personales, no dejarían de ser reveladas, armonizadas y acondicionadas por el medio.

Cervantes es un picaresco, que estudió, como él dice de otro, «en la Universidad del famoso de Alfarache», que realizó la literatura picaresca en la *Ilustre fregona*, en *Rinconete y Cortadillo*, en el *Coloquio de los perros*, y también en el *Celoso Extremeño*, modelo de novela psicológica, y que transformó

la novela picaresca elevándola á un summum antropológico, psicológico y sociológico en *Don Quijote de la Mancha*.

La novela picaresca no requiere para ser conceptuada como tal novela, que su héroe sea un pícaro. Bastaría para conceptuarla de ese modo con que participara de las condiciones características de esa novela, cuyo fin, lo mismo en el *Lazarillo de Tormes* que en *Guzmán de Alfarache*, consiste en la expresión de los caracteres constitutivos de nuestra sociedad revelados en tendencias y en tipos caracterizadores de esas tendencias. *Don Quijote*, que nació en la cárcel de Sevilla al lado de los personajes del *Entremés*, de Paisano, Barragán y la Beltrana, personajes vivientes, como lo demuestra la *Relación de la Cárcel de Sevilla* del licenciado Chaves, no nació allí porque Cervantes estuviera preso, sino porque el núcleo de la personalidad literaria del autor, de igual manera que el núcleo de su obra, es picaresco, en lo que genuinamente este dictado significa.

Lo picaresco no se tuvo por de baja alcurnia, sino como producto sutil de las más sutiles manifestaciones del ingenio. Los pícaros se equiparaban á los dos más excelentes productos nacionales, al potro de Córdoba y al paño refino de Segovia. De aquí nació, como dice Gerónimo de Alcalá, el *equivoco maravilloso* que se aplicaba al mozuelo travieso, mal inclinado y de depravadas costumbres, diciendo: «Vos, hermano, potrico sois de Córdoba; refino podéis ser de Segovia.»

Lo picaresco es lo ingenioso, con un modo particular de ingenio, advirtiéndose que el ingenio se conceptúa como una caracterización de cualidades, que eran las más expresivas del carácter nacional.

Si nos atuviéramos á la doctrina del ingenio expuesta por Juan Huarte en su *Examen de ingenios*, viendo en ella que el ingenio es un modo de desequilibrio mental y hasta de enfermedad mental, y que ese ingenio se manifiesta en muchos casos, que el autor minuciosamente expone, en formas de locura, comprenderíamos una cosa que los cervantistas no han logrado

entrever: el porqué Cervantes no llamó loco al que los comentaristas de su obra han llamado el «sublime loco», sino que lo llamó *ingenioso*, que era decir lo mismo, aunque más acomodadamente á un concepto español, que aunque está significado en la obra de Huarte, que Cervantes muy bien pudo conocer, está contenido implícitamente en la misma significación de la picardía, representando el ingenio como cualidad.

Pero este punto lo pensamos desenvolver, particularmente, en otro estudio, bastándonos con consignarlo.

Cervantes está íntegramente comprendido en el medio picaresco, productor de la literatura picaresca, y en el ciclo picaresco en que esa literatura viene á desenvolverse. Ese ciclo lo constituye el romance histórico nacional transformado en jácara; la música de ese romance, llamada también jácara, y la literatura picaresca. Es un ciclo poético, musical y literario. Estudiándolo de ese modo en todas sus manifestaciones y en toda su intimidad, si el conocedor de las jácaras en la letra y música, y el conocedor de la novela picaresca, entrara en la sala especial, que con excelente acuerdo se ha establecido, y que quedará como perpetua conmemoración del Centenario de Velázquez, al examinar, al clasificar y al definir la maravillosa obra realista del gran pintor, y realista de representaciones de su tiempo, muy análogas y muy semejantes á las representaciones de nuestra novela nacional, tendría que reconocer que el ciclo picaresco, además de una manifestación poética y de una manifestación musical y de una manifestación literaria, tiene una especial manifestación pictórica.

Velázquez, que no es clasificable entre los pintores, que es único por su modo de pensar y escoger el asunto y por el modo de ejecutarlo, es clasificable por la particularidad del asunto y por el arte con que lo ejecuta, entre Hurtado de Mendoza; entre Mateo Alemán y entre Cervantes, mencionados por orden cronológico.

Tal vez *Menipo*, embozado en su capa á la española, cubier-

to con un chambergo á la española, y de la hampa, como los de los borrachos, es decir, según el texto de Cervantes, campanudos de copa y tendidos de falda, colocado en un cuchitril, representativo de la estrechez y la pobreza nacionales, no tenga de *Menipo* otra cosa que el nombre y la expresión cínica, porque el cinismo del filósofo, y á la vez la elevación y moralidad de su filosofía, son caracteres de la novela picaresca, y muy especialmente de la obra de Mateo Alemán, que, sin inconveniente, puede ser desglosada en novela cínica y en considerandos filosóficos. Tal vez *Menipo* sea la propia representación de *Guzmán de Alfarache* en los tiempos de su proyección y su miseria.

En una parte de los cuadros de Velázquez, incluso en los mitológicos, está caracterizado perfectamente el asunto nacional, el picaresco.

Lo que se llama la independencia artística de Velázquez, que se resiste á todo género de imitación de pintores ó escuelas, que lo emancipa de lo clásico y lo religioso, que le hace tener un estilo suyo y las preferencias peculiares que lo distinguen, es precisamente su carta de naturaleza en el medio nacional.

Velázquez no sigue la novela picaresca para ilustrarla, sino que de las tendencias de esa novela deriva su tendencia personal. Como los picarescos, es psicólogo y revela esta cualidad en el carácter de las figuras retratadas. Como los picarescos, elige tipos de degradación; pero no pudiendo la pintura reproducir expresivamente la degradación moral, se atuvo á la degradación física. Velázquez parece como un antecesor de Morel, por ser el pintor admirable de los degenerados. El *Niño de Vallecas* y el *Bobo de Coria* son tipos en que los hombres de ciencia pueden estudiar. Una de las *Meninas* es un tipo de degeneración tan perfectamente modelado y caracterizado, que no sólo es detalladamente reseñable, sino que casi es medible.

El cuadro sintético, el que se podría titular como la obra

de Magnus Hus, «El alcoholismo crónico»; el que enlaza una personalización mitológica con un vicio social, cuyo vicio en la sociedad contemporánea ha alcanzado enormes desenvolvimientos que preocupan á los gobernantes, á los sociólogos y los moralistas, es el de *Los Borrachos*.

Esa es—permítaseme decirlo de ese modo—la novela picaresca de Velázquez. El borracho se puede reducir á un solo borracho en una sola generación, porque la borrachera comprende en su desenvolvimiento las cuatro generaciones de Morel. Desde el que se inicia, arrodillándose ante el dios que lo corona, hasta el que está con el vaso lleno, cuya cara es un ejemplar dermatológico, hasta el que, colocado de frente, expresa en su fisonomía de un modo admirable todos los caracteres de la pasión alcohólica; y, en fin, en las otras figuras del grupo, no se ve más que el cómo empieza, el cómo sigue y el cómo acaba, en cuyos trámites se desenvuelve una novela.

Y aquí termino mis apuntes.

Este artículo es una mera indicación para hacer un estudio más completo, como lo tengo proyectado.

Pero la celebración del centenario de Velázquez me ha movido á advertir de qué otros modos puede ser estudiada la personalidad de nuestro gran pintor, y con qué otras grandes personalidades artísticas, que no manejaron el pincel, tiene muy inmediata parentela.

RAFAEL SALILLAS.



# CASTELAR

---

Han ilustrado las páginas de LA ESPAÑA MODERNA, desde su aparición, las últimas concepciones políticas y literarias del hombre insigne que acaba de bajar al sepulcro. Por mucho tiempo, después de su voluntario ostracismo de la política militante de su patria, sus revistas de carácter internacional, que tenían por asíduos lectores en Europa hombres de la alta graduación de Gladstone, desde las páginas de LA ESPAÑA MODERNA partían á ejercer el influjo de sus ideas por todos los centros de los dos mundos, donde el voto del esclarecido pensador y estadista español era tenido en suma consideración en la consulta de los problemas del tiempo. Ninguna otra publicación como LA ESPAÑA MODERNA, ha quedado más obligada á hacer la memoria panegírica de colaborador tan ilustre, que por mucho tiempo consagró para sus páginas las más excelentes intimidades de su espíritu. La enfermedad le obligó á desertar de ellas. Tal vez en la atareada labor que le ocupó siempre y que le ha acompañado hasta las horas postreras de su agonía, contribuyó también á alejarle de nosotros la nueva evolución que preparaba. LA ESPAÑA MODERNA no es un campo vivo de combate, y la serenidad de sus luchas la pone fuera del palenque en que milita, hacia objetos apasiona-

dos, la activa contradicción de los fanatismos sectarios. Pero este alejamiento no entibiaba el amor de LA ESPAÑA MODERNA hacia el más ilustre de sus colaboradores. Algo de lo que en la alta especulación científica Castelar representaba, dejaba un reflejo directo de esta representación en LA ESPAÑA MODERNA, y por eso nadie como ella puede sentir más profundamente el duelo de la pérdida lamentable de una existencia tan gloriosa. Ninguna expresión de duelo puede ser más sincera y más ardiente que la expresión de duelo de esta publicación.

Yo declaro que nunca hubo conformidad de opiniones entre las opiniones de Castelar y las mías. Cuando yo le conocí, se hallaba en el apogeo de su adquirida popularidad, aunque no había conquistado todavía los honores de la tribuna parlamentaria. No le conocí en la cátedra de la Universidad, que fue para su genio lo que para el de Cicerón el foro. No le conocí en el sitial del Ateneo, que fue para su fama lo que la tribuna para la de Demóstenes. No le conocí en los conventículos del club, donde el eco de sus discursos difundía y exaltaba la pasión del proselitismo, como en los del París de 1793 los discursos de Mirabeau. Le conocí en el aprendizaje de mi profesión, en la tribuna de periodistas del Congreso de los Diputados; en aquel campo neutral y cerrado para las públicas manifestaciones de nuestras críticas familiares y para los derroches que allí hacía el ingenio; en aquel campo neutral, sin opiniones, donde cada cual conservaba el fuego sacro de las suyas y respetaba las de los demás. Afiliado yo desde mis primeros vuelos políticos en el partidor conservador, reputado él ya en una de las primeras jerarquías de la democracia republicana, abrióme, sin embargo, entonces allí la amable atracción de su insinuante familiaridad, animó mis primeras esperanzas, estimuló mi fe, procuró vigorizar mi natural inclinación al estudio y me prestó libros. Después jamás coincidimos. Pero aun en esta disposición, al confiármeme para LA ESPAÑA MODERNA, revista que, repito, en cierto modo le representaba,

el encargo de consagrarle estas ofrendas en que el dolor ocupa un lugar tan extenso como la debida admiración á su genio, no he podido menos de sentirme lisonjeado; porque yo, antes que conservador, soy patriota; antes que sectario de ningún espíritu estrecho de partido, profeso toda la amplitud de las ideas de mi tiempo; antes que adversario de una representación determinada, me inclino al culto de la admiración hacia todo signo de grandeza, y aunque distanciado siempre de la dirección política final que Castelar representaba y perseguía, nunca desconocí en las evoluciones de su espíritu la elevación de miras que le impulsaba á sus actos, y que en él, como en mí, el único punto de coincidencia era la religión de la patria, á la que con propio daño de su nombre y de sus intereses él supo rendir tantos y tan considerables sacrificios.

Ya, antes que á la invitación de *LA ESPAÑA MODERNA*, cuando el telégrafo acababa de transmitir las fúnebres noticias de Pinatar, me apresuré á responder á invitación análoga de *La Época*, y era natural que en el archivo enciclopédico del periódico que me prestó sus blancas vestiduras para la consagración de mi bautismo político y literario, y que, por encima de todas las vicisitudes, será la mortaja que envuelva mi cadáver cuando lo reclame la sed insaciable del sepulcro, el nombre de Castelar se incluyera entre las vivas impresiones de mi pluma en aquella ya numerosa galería de muertos ilustres, sobre los que me ha tocado, en mi ya no corta vida de publicista, el raro privilegio de verter, cuando la tierra se ha abierto para recibir en su materno seno las cenizas de muchos de los que amé como amigos, reverencié como maestros ó admiré como patriotas, aquellos puñados de flores que el sentimiento exaltado no sabe tejer en panegíricas coronas, ni atildar siquiera en simétricos ramos de agradable composición, sino que, con mano convulsa y nerviosa, deshoja y esparce sobre el ataúd que encierra, aún calientes, los despojos miserandos de aquel amor, de aquella reverencia ó de aquella admiración.

¡Qué diversidad y qué grandeza de nombres los que se encierran en aquella ya numerosa galería de impresiones del momento trazadas en *La Época* por mi pluma! Amigos ó adversarios, políticos ó literatos, jornaleros de la inteligencia ó príncipes de la sangre, ¡qué diversidad de fisonomías en tan dilatada procesión! ¡Qué luchas á veces en mis ideas para trazar los rasgos salientes de cada personalidad! A Pacheco y Ríos y Rosas, que fueron mis favorecedores, pagóles su deuda juntamente el amor y la gratitud. Las flores de lástima y respeto que, bañadas de lágrimas, deposité sobre el féretro de la angelical Reina Mercedes, equivalían á un público desagravio por la acidez, no irreverente, de las ideas de oposición que me dictó mi patriotismo, cuando en su matrimonio con el Rey Alfonso XII cumpliéronse, juntamente con leyes del corazón, pactos de concordia entre diversos miembros de aquella familia augusta; pero las ofrendas que consagré á los funerales y aniversarios sucesivos del Rey D. Alfonso no fueron más que el tributo de aquella idolatría hacia su excelsa persona, que la muerte y el tiempo no han extinguido en mi alma. Escobar y Coello también recibieron, en su tránsito, los testimonios de aquella adhesión, que tenía su raíz en el amor y en el agradecimiento; pero hacia Toreno y Alonso Martínez sólo me movió el culto de la simpatía justificada, así en las prendas relevantes que decoraron sus personas, como en los servicios eminentes que prestaron á la patria, y no obstaron á la exaltación que de Ruiz Zorrilla hice en su agonía, sus invencibles fanatismos; porque, aun en ellos, habiendo tenido siempre por objetivo el anhelo de un bien, perseguido por procedimientos erróneos, él los hizo venerables con su constancia. Me inspiraron los elogios de Cánovas del Castillo, mi jefe y mi azote, el amor que sentía á su persona, el patriotismo, la compenetración cabal de todos sus ideales y la misma gratitud por sus actos públicos de gobierno, y no bastaron á expresar estos sentimientos, enmedio de la indignación del crimen que causó su muerte, la amargura de mis largos agravios, la injusticia

de aún no rotas cadenas, que conspiraban contra mi honor, ni las inícuas reclusiones que padecí, y conspiraban hasta al desconcepto de las facultades de mi razón; y en la misma amplitud de sentimientos pasaron por delante de mi pluma imágenes completamente identificadas con mis sentimientos y con mis ideas, y entre ellas las de Cárdenas, Elduayen, Cos-Gayón, amigos ilustres. Todos se significaron en los servicios á la patria desde las posiciones culminantes que sirvieron de pedestal á sus efigies en la Historia. ¿Cómo, de esta galería, había de faltar, bajo mi pluma, la figura colosal de Castelar?

He exaltado en mi artículo de *La Época* la significación suprema de Castelar en su tiempo y en su patria, y no he negado mi tributo de patriótica gratitud á sus últimos servicios, aquellos cuyo mérito más se le han discutido, aquellos que llegaron á causar, tanto en España como en toda la América latina, donde se le había adorado, una verdadera declinación en su prestigio, bajo cuyo peso ha muerto. Tengo la clarividencia de que estos servicios, dirigidos á asegurar la paz interior y la concordia en su patria, aun dentro de la institución monárquica, después de haber alcanzado las conquistas jurídicas de su ideal democrático, han de valerle los juicios más favorables de la Historia. Pero esta convicción que me anima en esta justificación de la crítica y del tiempo, no destruye otra más profunda que abrigo acerca de Castelar. Mirado únicamente bajo el prisma de la indemnidad de su prestigio, Castelar ha sido del número de los que han tenido la desgracia de sobrevivirse á sí mismos, y no han tenido el acierto de saber escoger la actitud que en tal caso les corresponde aceptar. Supongamos á Castelar, en el memorable 3 de Enero de 1875, en que realmente concluyó fracasada su historia, cayendo como Prim, como Cánovas, bajo la bala del asesino anónimo ó del asesino sectario. ¡Qué muerte tan afortunada habría sido para el prestigio de Castelar esta muerte! No cayó entonces: se sobrevivió, y no tuvo la virtud de Washington para excluirse perpetuamente de la arena del combate. Ni se retiró ni calló, y quedó,

como Bismarck después de la muerte de su Emperador, para devorar él mismo su propia leyenda.

El hombre grande que representa un gran papel en la Historia, y batalla por él en tal forma y con tal constancia que en sí logra personificarlo, ó triunfa y le hace triunfar, ó fracasa y, al propio tiempo que su ideal, queda vencido. Pues bien; lo mismo en la victoria que en la derrota, el hombre grande debe hacer desaparecer su figura en el momento preciso en que su obra está realizada ó en que, por el contrario, fracasa. Con la victoria, la retirada es virtud; con la derrota, así el alejamiento como el martirio, prestan al respeto del vencido también una aureola inmarcesible. ¿No coronó esta aureola á Napoleón, después de Waterlloo, en Santa Elena? Supongamos á Napoleón escapando de la derrota, vagando de acá para allá en destinos inciertos y enfangando sus insignias imperiales y su espada vencedora en los ensayos de estériles tentativas y de repetidos fracasos. ¿A qué quedaría reducida la idea de lo que Napoleón fue y representó? Después de Waterlloo, Santa Elena fue el complemento de su vida y de su fama. Yuste, ¿no fue, en su voluntaria proscripción del cetro, el complemento de la historia y del prestigio de nuestro Emperador Carlos V? Cuando no se tiene esta virtud, más vale perecer. Al que con su nombre ha formado una leyenda, ningún móvil, por desinteresado y patriótico que aparezca, justifica que la destruya. Nuestro sectario Ruiz Zorrilla supo mantener la suya; y cuando, enfermo del corazón, quiso venir á su patria á respirar los últimos aires de la muerte, aunque pesaban sobre él hasta sentencias de Tribunales, fue recibido en España hasta con el respeto de los poderes, sus adversarios. No sucedió lo mismo á Cabrera. Inerte y alejado en Londres, pero inmóvil en su fe, le rodeaba la aureola de la leyenda, si sangrienta, valerosa, del Maestrazgo. En aras de la paz de España, transigió en su ancianidad. No trajo un solo elemento de triunfo ni de sostén al restablecimiento del trono de Don Alfonso XII, á quien la lógica de los hechos lo imponían; pero

al someterse á la nueva Monarquía, cayó desde su cumbre al rasgar la leyenda que acreditaba su lealtad. Después, nada más hizo que morir obscuramente y sin que ni los antiguos ni los nuevos amigos consagrasen el menor culto á su memoria.

Esta ley abraza todos los círculos del hombre. Refugiándose el General Córdova, vencido dos veces por la República y por la Restauración, en el sereno ostracismo y en la soledad silenciosa de sus *Memorias íntimas*, desarmó todas las pasiones sublevadas contra él, y sus *Memorias* y el aislamiento en que se encerró le arrancaron de la tumba moral en que había caído y de las garras de la enfermedad neurótica que le empujaba al sepulcro ó al manicomio. No sucedió esto mismo al Duque de la Torre: se empeñó en conservar una posición perdida y en constituirse de nuevo ó en una amenaza ó en un obstáculo, y herido en lo mas íntimo de sus afectos familiares y de su público honor, murió loco, arrastrándose por los suelos y pidiendo perdón hasta á las sillas de su casa, con las que se abrazaba.

Hasta en el terreno puramente literario hemos visto en nuestros tiempos la inexorable repetición de esta ley de la fatalidad, hasta en los que no vivieron en la arena de las lides políticas, cuando su prestigio se había disipado. El mayor de nuestros poetas líricos de nuestro siglo fue Zorrilla; el mayor de nuestros poetas satíricos y festivos, Villergas. Los dos, acorralados por la fortuna, se dieron por vencidos y desertaron de la patria. Mas al dirigirse errantes á los nuevos pueblos del Nuevo Mundo, aquí se dejaron las sonoras liras que encumbraron su genio. Zorrilla volvió sin inspiración y sin fuego: ¡qué larga expiación! ¡qué triste y qué prolongada agonía! ¡Ni la industria logró restaurar al poeta de las leyendas tradicionales y del teatro romántico, ni la caridad del Estado y de la magnificencia particular devolverle el decoro de su nombre! ¡Hasta las coronas que le discernió el culto consagrado á su pasado recuerdo cuando fue el cantor de Granada quedaron enzarzadas á su muerte en una casa de empeño! Dos ve-

ces volvió Villergas de América á la península: la primera para ocupar un sitio en el Parlamento. Ni aun su mordacidad causó efecto. Roto, al cabo, el hilo de su prestigio volvió segunda vez para recluirse en Zamora hasta morir olvidado.

¡La bala que mató á Prim en la calle del Turco, y le privó de ser testigo del fracaso de la revolución; la bala que mató á Cánovas en Santa Agueda y alejó de su nombre la responsabilidad inmediata de los sucesos humillantes que han venido después sobre España, hubieran sido para el prestigio de Castelar el 3 de Enero de 1875 balas de misericordia! No le hubiéramos visto transigir, derritiendo él mismo la estatua de su nombre, ni se le habría visto forzar los pactos del ingenio para convertir su talento en industria, á fin de poder mal comer en su pobreza. Considérese como se quiera la vida, el ideal, la misión de Castelar, su historia concluyó aquel día; y él, sobreviviéndose á su misión, á su ideal, á la actividad fecunda de su gran papel representativo en su lucha posterior por la existencia, tuvo que devorar su historia, tuvo que deshacer toda su leyenda. Esta historia y esta leyenda de Castelar duró, mientras duró su misión propagandista de las ideas de emancipación de las nuevas democracias. Cuando estos ideales fracasaron en la forma en que él los predicó y los sostuvo, cuando el ensayo, en aquella forma de gobierno puso á la patria en peligro de desaparecer y se pronunció la ruidosa caída del apóstol, allí terminó su papel, y allí debió terminar ó como Prim y Cánovas, ó como Napoleón, ó como Carlos V y Córdova, el empeño tenaz ó de su vida ó de su papel. Nunca prestó servicios más culminantes que los que prestó á la política de la Restauración, coadyuvando á conciliar la democracia con la Monarquía; y después de la muerte de Alfonso XII asegurando la paz interior bajo la Regencia mediante la traducción en leyes de las bases principales de su programa para la República; pero estos servicios que prestó á precio de la inmunidad de su prestigio, al cabo lo redujeron á la declinación moral de Bismarck en Alemania y del Duque de la Torre



en España, y en la esfera no política á la declinación de Zorrilla y de Villergas. En vano en su última hora quiso retroceder: la muerte se le interpuso. ¡Lástima de caída en un nombre que llena en el mundo la historia de medio siglo!

Si se dividiese en períodos la vida y la influencia de Castelar, desde su aparición solemne en la reunión política del teatro de la plaza de Oriente en 1854, hasta su muerte, habría que compendiar el primero de estos períodos entre aquella revolución y la batalla del cuartel de San Gil el 22 de Junio de 1866. Entre estas dos fechas se enlazan toda su labor de despertar en España la idea de la democracia militante desde la cátedra que obtuvo en la Universidad Central, desde la del Ateneo, desde el libro, y desde el periódico. El segundo período lo constituye la proscripción de su patria, sus viajes durante su ostracismo por diversos países de Europa y su largo establecimiento en Francia, su comunicación con todas las grandes inteligencias de ideas avanzadas en el continente y el vínculo de relaciones con las Repúblicas hispanoamericanas, á quienes logró encender en el mismo fanatismo de sus ideas. Este período lleva el influjo de su personalidad fuera de las fronteras nacionales y le imprime su carácter cosmopolita. Después de la revolución de Septiembre y de la batalla en Alcolea, el tercer período de su vida, al reintegrarse á España, el período más activo y el más brillante de su historia, discurre durante el Gobierno de la Interinidad, en los debates del Parlamento, en las Constituyentes; pero esta labor política tan intensa lo robustece con sus frecuentes viajes de propaganda á las provincias, su producción periodística, que no se circunscribe á los órganos que en Madrid le representan, sino la dilata en sus correspondencias á América, principalmente á Méjico y la Argentina, de cuyos periódicos sus ideas se copian y circulan por toda la América que fue española, y se traducen, y corren como propias, por todos los Estados de la América anglosajona, y finalmente lo robustece también con su correspondencia para muchos periódicos y revistas de Francia, Inglaterra, Bélgica é

Italia y con la producción de sus libros, que causan el asombro de los que admiran semejante fecundidad intelectual. Este período, en el cual se comunicaba á la vez con muchos hombres de Estado de todas las naciones del continente y con casi todos los Presidentes y hombres importantes del Nuevo Mundo, se prolonga después, en la votación del Rey Amadeo, durante todo su breve reinado y hasta la caída del monarca intruso. El cuarto período es el de la República: período desesperado, entre la fe del ideal acariciado por tanto tiempo y la amarga decepción de la realidad. Fue una lucha heroica, como no pueden imaginarse siquiera los que no fueron testigos de ella, en la cual, dejándose sugestionar por elementos extraños, compartieron la influencia sobre su espíritu dos monárquicos doctrinarios, asidos á él para salvar de su inminente ruina el edificio de la patria: por una parte, y hasta su muerte, por Ríos y Rosas, que ponía á su lado el desinteresado consejo de su sobrino D. Francisco Giner de los Ríos; por otra Cánovas del Castillo, que le daba á D. José Carvajal por auxiliar de su Gobierno. Ríos Rosas y Giner de los Ríos le estrechaban de continuo á su alianza perpetua con Salmerón; Cánovas y Carvajal á divorciarle de él. La lucha de rivalidad, sin embargo, apareció y se hizo insostenible; y entretanto, entre las orgías de los demagogos de Andalucía y de Cartagena, la situación llegó á ser insostenible, y el General Pavía, en concordancia con la democracia monárquica vencida y arrojada del seno de la República y hasta con los alfonsinos liberales de Cánovas y los moderados históricos de Esteban Collantes, dió el golpe de Estado, cerró el Parlamento y formó el Gobierno de la segunda interinidad.

Yo presencié el último debate de aquella Cámara, y aunque poseo las notas autógrafas de Salmerón, protestando contra los que delataron la modificación del *Diario de las Sesiones* que contiene los discursos pronunciados aquella noche memorable, y las incidencias de la discusión, puedo asegurar que el *Diario de las Sesiones* carece de fidelidad; que de este Dia-

rio se hicieron dos ediciones; que la primera fue inutilizada y recogidos los números que se habían repartido, por orden del nuevo subsecretario de la Gobernación, D. Alfredo Alvarez, secundada por el nuevo Gobernador de Madrid, D. José Luis de Albareda, y que en el *Diario* no consta todo lo que oímos en aquella sesión, cuyas impresiones es difícil dar al olvido. Castelar dijo que allí terminaba su carrera. No lo cumplió después. Y aunque el espacio que media entre 1875 y 1899 abraza un período casi igual en número de años al que media entre 1854 y 1875, y que hemos dividido en cuatro períodos, del último no hay que hacer clasificación, porque todo él se desenvuelve de una misma manera y en una misma forma de transacciones desde que se dejó elegir diputado por Barcelona, y asistió y tomó parte en las discusiones de las primeras Cortes de la Monarquía restaurada, hasta la última caída del Gobierno Sagasta, después de la pérdida de nuestras posesiones coloniales de América y de Asia y de su ausencia del Parlamento desde 1888. ¿Inauguraba ahora con su impotente ancianidad un nuevo período de reacción hacia ideales borrados ya de su historia y rendidos á los pies de la Monarquía, formando un nuevo partido republicano de hombres sin nombre, en cambio del gallardo y selecto grupo que cedió al partido monárquico-liberal? No ha tenido en esta evolución tiempo de realizar con él más que los dos hechos que en Murcia se han verificado: la derrota moral de su elección, incapaz de levantar su prestigio de la declinación en que había caído, y su muerte, que si para los que lo admirábamos en la suprema magnificencia de sus recuerdos ha sido motivo de un duelo profundo, tal vez para los vestigios de la antigua autoridad que le quedaban ha sido una fortuna. Yo, conservador, no quiero pensar que si hubiera llegado á sentarse de nuevo en los escaños del Congreso, hubiera podido ser acorralado, en la declinación de sus facultades, por Dato ó Domínguez Pascual.

Su primer período de lucha empieza en su presentación en el teatro de Oriente en 1854. La revolución que lleva por nom-

bre el del 17 de Julio, en nada se pareció á una verdadera revolución. Fue el mero movimiento de una coalición política, en la cual entraron algunos elementos militares, enteramente á la suramericana, de cuyo instrumento se hizo uso, á fin de derrocar al partido gobernante y destruir con el ostracismo la fuerza moral que en Palacio lo sostenía, sin que el cambio que se imponía arguyera una sustitución formal de un orden de ideas políticas por otro, con influencia directa en la marcha y en la modificación de las costumbres y de las instituciones. Fue el movimiento de una fracción disidente del partido que había casi exclusivamente gobernado desde los matrimonios regios, y ni aun siquiera sus elementos se aliaron, antes de la consumación de los hechos, con los que podían representar nuevos ideales políticos de gobernación, viéndose compelidos después de la victoria á transigir con los progresistas y á llamar en Logroño al General Espartero, porque después de recontados los vencedores, sin estos auxiliares necesarios no hubieran podido sostener la obra realizada. Carecían de un verdadero programa de reformas transcendentales; no tenían número, no tenían autoridad. El único pensamiento que un mes después del triunfo se les ocurrió fue de un exclusivismo absurdo, capaz, en la práctica, de acabar definitivamente con todo el régimen constitucional. El único pensamiento que en el mes de Septiembre se les había ocurrido á los hombres de la revolución de Julio fue el concertarse, moderados disidentes de la fracción revolucionaria y progresistas del 43, en una *unión liberal*, partido nuevo sólo en el nombre y únicamente dirigido á entenderse todos para vivir eternos en la posesión del poder. Es decir, aquella revolución, tal como se llevó á cabo, no era siquiera un progreso.

Acababa de publicarse un manifiesto á nombre de la ya llamada *Unión liberal*, de la que Ríos Rosas había sido el pensamiento y esperaba ser el organizador. Pero enfrente al espíritu estrecho de este manifiesto, que habían suscrito los hombres más importantes de los dos partidos coaligados, es decir, pu-

ritanos y progresistas, un grupo de jóvenes en cuya sangre aún hervía el calor universitario, trató de abrir nuevo curso á las ideas oponiendo á aquel manifiesto, de miras reducidas y egoístas, una nueva declaración de principios, sobre cuya base se pudiera transformar desde sus cimientos el espíritu de la nación. Este grupo no se amparó á la publicidad de la imprenta, sino á las impresiones vivas de la palabra oral. Dispuso su reunión pública en el teatro de la plaza de Oriente, é invitó al General San Miguel y á otras personalidades conspicuas del partido progresista para que lo presidiera; pero ninguno de estos hombres se atrevió á autorizar, de este modo solemne, un acto del que les era desconocida la dirección y la trascendencia que tendría. La reunión se celebró, á pesar de todo; ocuparon el estrado algunos de aquellos mismos jóvenes, que ya entre sus compañeros de estudios se habían hecho distinguir, y formada la presidencia por D. Nicomedes Fernández Cuesta, D. Cristino Martos, D. Francisco Canalejas, Don Francisco Orgaz y D. Manuel Ortiz de Pinedo, hablaron diversos oradores, sin que ninguno propusiera tampoco un plan sino de ideas y fórmulas vagas, insuficientes para marcar nuevo rumbo á la vida social. Este papel estaba reservado á Castelar. Su discurso, que cautivó al auditorio, fue una evocación á un espíritu nuevo, al espíritu democrático de los pueblos, y una fórmula para las luchas de una nueva emancipación. Con el discurso de Castelar apareció por vez primera entre los elementos militantes de la política *la joven democracia*, pidiendo puesto en la lucha á las clases medias, que hasta entonces eran las únicas redimidas, bajo el influjo de la revolución francesa de 1793, de la organización secular del antiguo absolutismo. Allí estaba la nueva idea; allí estaba la nueva representación; y González Brabo, á pesar del eclecticismo en que se había amamantado, bebiendo las doctrinas que emanaban de los sabios publicistas franceses de la Monarquía de Luis Felipe, todavía viva en este terreno, aun después de las jornadas del año 48, de la República fugaz de Lamartine y del nuevo orden

del segundo Imperio, con su vista de águila abarcó toda la inmensa extensión política y social de aquel movimiento y lo saludó solemnemente, pronosticándole que suyo sería el porvenir. Este fue el acto; esta la revelación, y Castelar su nombre. Aquella era realmente la revolución, que no había asomado siquiera ni en el campo marcial de Vicálvaro, ni en los trenos jeremiacos del manifiesto de Manzanares sobre la pauta de todos los documentos de esta especialidad. Un mundo nuevo, que á los primeros que dejó sorprendidos fue á los mismos doctrinarios de los dos matices triunfantes de las jornadas de Julio. *Democracia* equivalía entonces á lo que ahora se llama socialismo y anarquía: peligro para el orden, peligro para las instituciones, peligro para la seguridad, peligro para todo. ¡Eterno error! Hoy gobiernan con la democracia los partidos más conservadores de la Monarquía, y la Historia juzgará algún día sobre quién pesa la responsabilidad de las revoluciones sucesivas, con todo su bagaje de sangre, desórdenes y ruinas, si sobre la fuerza invasora de la idea que entonces se despertó reclamando la sanción legal de sus derechos, ó sobre la fuerza de resistencia que careció de magnanimidad para acogerla, encauzarla y convertir en un instrumento de progreso pacífico una causa perturbadora. De cualquier modo, en las torpes componendas que el artificio de la política ha tenido siempre por medios hipócritas de transacción, la participación que las Constituyentes de 1854 á 1856 dieron al corto número de los que desde la reunión del teatro de Variedades, en 1850, habían hecho apuntar la aparición de una democracia más científica que política, más gubernamental que docente, no había logrado imprimir al nuevo elemento que se ingería el carácter que había de conducirle á la transformación que su influjo directo posteriormente ha causado en todas las órbitas del régimen social. Llamábase, más que demócratas, republicanos, á los hombres de acción que en todas las revoluciones nacionales, desde 1794, habían tomado una iniciativa rebelde en todas las perturbaciones del orden público, sin tener más que ideas contradicto-

rias y confusas acerca de un plan de reforma política y social. Llamábanse también republicanos, más que demócratas, los que, cortesanos del poder, dejábanse apoyar por los Gobiernos en los distritos, y venían al Parlamento á entretener y ser rémora á la corriente de la opinión con los corteses torneos de la palabra. Y cuando Castelar apareció en la cima de su Sinaí, en el teatro de la plaza de Oriente, en Septiembre de 1854, aquel embrión de partido, más republicano en el nombre que demócrata en la acción, se dividía entre la tendencia anárquica de Sixto Cámara, orador de barricadas, y la tendencia gubernamental de los unitarios de García Ruiz y de los aún indefinidos de Orense, Rivero, Figueras y Chao.

El poder revolucionario dominante se apresuró á ofrecer á Castelar un asiento en las Constituyentes; pero Castelar tuvo la acertada inspiración de la situación real de la idea que iba á encarnarse en él, y consideró que aquella posición, por prematura, pondría en peligro la eficacia del fin que se proponía. Antes de ocupar posiciones directivas era necesario formar opinión, despertar una conciencia ilustrada, hacer prosélitos del orden, constituir, más que un partido, una masa creyente, á fin de convertir la idea en conciencia, la conciencia en número y el número en una fuerza irresistible. Necesitaba tribuna, y tribuna oficial; pero una tribuna que le aproximase más á la juventud y á la masa que á los Gobiernos y al poder legislador; necesitaba todos los medios de la propaganda del espíritu, en lugar de los medios de la propaganda de la acción; necesitaba, en fin, predicar y convencer, más bien que legislar mixtificando y transigiendo, y entregar, por viles medios, la augusta majestad de una idea de redención social á las complacencias interesadas de los doctrinarismos gobernantes. Castelar, que no quiso entonces aceptar la temprana posición parlamentaria que se le ofrecía, y que por un momento vaciló entre unirse, para comenzar su labor propagandista, á los periódicos de Sixto Cámara, hombre de acción, ó á los periódicos de Rivero y de García Ruiz, más científico el primero, más

popular el segundo, al fin entró en el combate activo, abriéndose, para su alto apostolado, tres cátedras solemnes: el periódico, el Ateneo y la Universidad, que dominaban la opinión, el mundo científico y la juventud, en quien siempre radica la fuente del porvenir. Aunque Rivero en *La Discusión* entregóse confiadamente á las antorchas conquistadoras del genio de Castelar, *La Discusión* realmente no era en todo ni su dirección ni su verbo: era un instrumento indispensable, que aceptaba porque carecía de medios para constituir otro análogo y personal, enteramente suyo. Aunque la cátedra universitaria le atraía la aproximación de la juventud escolar, era una institución oficial que le imponía limitaciones, en que estaba vigilado y en la que se le delató con frecuencia. El verdadero trono de su elevado magisterio se lo ofreció el Ateneo, que desde 1856 á 1866 se erigió en solio de sus ideas. Desde aquella cima abrumó á los hombres de ciencia, despertó el fanatismo de la juventud estudiosa, se atrajo las muchedumbres, hizo estremecerse á los Gobiernos, encendió las polémicas de los periódicos, aficionó á la lectura del libro, difundió su espíritu por toda la extensión de la Monarquía, logró que sus ideas domaran las fronteras geográficas que nos separan del continente, hizo repercutir la armonía lírica de su palabra más allá de los mares procelosos, y su pensamiento político, social, histórico y científico tomó carta de naturaleza en toda la América de las dos razas, y el nuevo *ciudadano del Universo* logró la victoria moral de la revolución intelectual, con que se adelantaba á la revolución material, que había de ser la consecuencia de aquella propaganda triunfadora enfrente de la resistencia de las ideas, de los intereses y de los poderes constituídos.

Yo era niño; vivía en el rincón obscuro de un pueblo de tercer orden de provincia, y no puedo olvidar las impresiones que hirieron mi espíritu en aquella edad, ante el contagio de las ideas que Castelar vertía en el Ateneo de Madrid, y que llegaban al lugar de mi nacimiento en periódicos que se leían siempre en círculo de personas respetables é ilustradas, en



libros cuya posesión se disputaba con empeño. En efecto, en aquella cátedra del Ateneo, en aquellas secciones tan ennoblecidas por todos los hombres de la generación pasada, Castelar imperaba, Castelar se imponía, Castelar lo absorbía y lo subordinaba todo, pues á todo logró transfundir la dirección de su espíritu, y viéronse allí rendidos por él ó convertidos en cortesanos de sus ideas invasoras, eclécticos tan empedernidos como Alcalá Galiano, tan convencidos como Ríos y Rosas, ilustración tan extensa y de entendimiento tan claro como Pacheco, fanatismo tan impenitente como el de Olózaga, dialéctica tan avasalladora como la de Pastor Díaz; en tanto que la nueva generación salida de las barricadas de Julio ó de la reacción de los incendios de Valladolid, siguiéndole como Canalejas, como Moret, como Martos, como Salmerón, como Sanromá, como los Bonas, como Gabriel Rodríguez, como Giner de los Ríos, como Echegaray, ó discutiéndole é impugnándole como Moreno Nieto, como Bugallal, como Mena y Zorrilla, como el presbítero D. Miguel Sánchez, como Fabié, como Cos-Gayón, como el Vizconde del Pontón, como Carballo, todos daban ya el impulso unánime á la democracia científica, á la democracia política, á la democracia económica, á la democracia social, á los que se unía el grupo de los americanos Angulo Heredia, Tristán Medina, Rafael Labra, y con la que desde su escuela moderada y feminista trataban de promiscuar los hombres de guante color perla de *El Contemporáneo*, que Albareda había fundado y dirigía, cuyo espíritu eran González Brabo, Alcalá Galiano y Llorente, y en cuyo palenque se formaba la generación intermedia, docta, política, luchadora y elegante. El impulso dado desde 1856 á 1866 por Castelar á las ideas democráticas desde la cátedra de la Universidad, desde la del Ateneo, y desde las columnas de *La Discusión* y de *La Democracia* era tan incontrastable, que cuando después de la caída del Ministerio largo del caudillo de la guerra de Africa, que fue el mayor favorecedor del desarrollo de las ideas democráticas y del génesis de aquel nuevo

partido que iba á anular al antiguo progresista, Cánovas del Castillo dió su nombre para la presidencia del Ateneo, creyendo contrarrestar la marcha revolucionaria que llevaba, ya no pudo impedirla. La democracia ateneísta se opuso á aquella elección, y, en los momentos en que iba á verificarse, hacía propagar la idea de que no podía ser candidato á la presidencia quien no era ni aun socio del Ateneo, y Valera, redactor entonces de *El Contemporáneo*, con voz tonante contestaba: —«*Si no es Cánovas socio del Ateneo, nuestra elección lo hará*».—Y en efecto, la candidatura triunfaba; pero la candidatura de Cánovas del Castillo para la presidencia del Ateneo, en donde se encontraba la palanca de la revolución, ni impidió en 1866 la sangrienta jornada de San Gil, ni en 1868 la sangrienta jornada de Alcolea. ¡San Gil y Alcolea! ¡Las dos batallas psicológicas de la democracia de Castelar!

Con el peso de una sentencia de muerte á consecuencia de su participación personal en la primera de estas dos sangrientas jornadas, huyó Castelar proscripto al extranjero, y comenzó el segundo período de su vida y de su historia. En ningún país á donde llegó reclamando asilo era Castelar ya considerado como extranjero. Su espíritu político y su espíritu democrático había ya llenado el orbe, desde su alejado rincón de España, tomando ya parte, como la tomó siempre después, en favor de los derechos de todos los pueblos que consideró oprimidos y de todas las causas que han representado alguna emancipación. En este concepto ¿no le hemos visto hasta en su supervivencia desde 1875 aceptar los sacrificios más onerosos, hasta de su propia reputación, con tal de ayudar á la conquista de cualquier clase de reformas que se hayan traducido en bien de los derechos de sus amadas democracias? ¿No le hemos visto transigir explícitamente en España con la Monarquía restaurada, con la Monarquía huérfana y con la Regencia sin querer servirla, porque la Monarquía se había decorado con el título de amparadora legal de los derechos del pueblo? ¿No le hemos visto humillarse á los piés del Vaticano

á besar la sandalia de León XIII cuando vió al Pontificado cubrir con el dogma sagrado de Cristo al socialismo aherrojado en Alemania, en Rusia, donde quiera que existen razas oprimidas, razas de excepción? Antes de la proscripción de su patria en 1866 había sido el panegirista de la democracia americana, que por este hecho le contó en el número honorario de los libres ciudadanos de la Gran República. Antes de la proscripción de su patria en 1866 ya había gemido con los opresores de Polonia y de Irlanda y había prestado el apoyo de sus opiniones á las emancipaciones nacionales de Italia. Atacaba en Francia el cesarismo napoleónico, sostenido por los talentos indiscutibles de Napoleon III y por las seducciones personales de la excelsa dama española que compartía con él el solio de las Tullerías; pero profesaba á Francia cierto culto religioso, no sólo por ser á la sazón el vínculo de unión de todo el pensamiento latino, sino por ser la madre de todas las revoluciones modernas reformadoras de la historia, del derecho y de la humanidad. Su aparición proscripto en Francia no fue la aparición de un extranjero: se le reconocía ya como un gran espíritu latino, y un gran demócrata universal, á quien abrieron los brazos con entusiasmo todos los grandes hombres de la última evolución.

Y aquí encaja explicar todo el sentido de una anécdota entre Castelar y Víctor Hugo, que con la muerte de nuestro gran repúblico ha recordado recientemente Julio Claretie en las crónicas de *Le Temps*. Víctor Hugo fraternizó desde el primer momento con Castelar, penetrando toda la intensidad de su genio. Pero tenía él por el primer pontífice del mundo latino, no sólo por la superioridad de sus talentos, que eran tan vastos y grandes, sino por ser francés. Y Castelar, que no sólo tenía la completa conciencia de su propio valer, sino que antes que de *latino* se enorgullecía de ser *español*, en uno de aquellos discreteos del ingenio que eran tan frecuentes entre los dos, quiso significarle que el genio castellano se anticipó al francés en la consagración histórica de la superioridad.

dad de esta raza. Castelar afirmó en presencia de Víctor Hugo que el genio del gran poeta *francés* era enteramente *castellano*.—*¡Castellano! ¡castellano!*—exclamó Víctor Hugo—*¡Francés y sólo francés, francés engrado superior, amigo Castelar!*—Castelar, con la viveza de su palabra y la seguridad de su juicio, repuso entonces:—*Amo mucho á la Francia para disputarle un hombre de tal valía; pero habréis de convenir conmigo seguramente que el autor de HERNANI, de RUY BLAS y de las ORIENTALES es un genio castellano.*—Castelar recalcó bien estas palabras, y la cuestión no se discutió más.

La proscripción de Castelar fue el complemento de su consagración como *ciudadano del Universo*. Hugo, Gambetta, Favre, Simon, fueron sus amigos de Francia. En Italia le estrecharon entre sus brazos todos los hombres de la epopeya de su unidad, políticos, pensadores, militares, artistas. En Suiza el Presidente de la República le saludó á su llegada, escribiéndole:—*«Esta es también vuestra patria.»*— Todavía los desterrados de las insurrecciones húngaras, los no reducidos de las revoluciones romanas y los numerosos proscriptos de las provincias polacas que halló esparcidos por todo el continente, llevaron á su presencia los sentimientos de la fraternidad y los votos de su gratitud, y por donde quiera que fué le asedió incesantemente una nube de admiradores americanos de las dos lenguas, que se disputaban su amistad, su conversación, sus cartas y sus correspondencias políticas para todos los periódicos del Nuevo Mundo. Los proscriptos de la jornada del 22 de Junio quejábanse en París, en Londres, en Bruselas, del corto curso que Castelar prestaba á la eterna combinación de sus siempre fracasadas conspiraciones; pero Castelar, que sentía más que nadie la nostalgia de la patria ausente y la nostalgia de sus libertades eclipsadas, sin desentenderse de cuanto se relacionaba con el ambicionado triunfo de la revolución, cuyo espíritu había de ser el espíritu de sus ideales democráticos, seguía su labor cosmopolita, obrero de la transformación política universal.

No escribo con la prolijidad de detalles de una biografía. Para esto se necesita un libro, y como la biografía de Castelar, como la de su antagonista Cánovas del Castillo, absorben la historia entera de medio siglo, el libro que algún día contenga una ú otra, ha de ser un libro muy voluminoso; porque efectivamente, entre estos dos nombres, que al cabo llegaron á compenetrarse en aras de un amor patriótico común en las antesalas de la muerte, gira toda la historia de España desde 1854 hasta que el siglo termina. Las instituciones más altas, en este largo espacio de tiempo, los hombres de toda categoría, los intereses de mayor consideración, los sucesos más varios, todos son agentes secundarios subordinados al pensamiento supremo y directivo de estos dos grandes filósofos y estadistas. Castelar quiere la evolución, pero no la revolución, y sin embargo, no es más que la palanca de la revolución. Cánovas quiere la revolución para que limpie y sanee la atmósfera á fin de reconstruir de nuevo, y sin embargo, su papel perenne es contener á la revolución. No está el espíritu revolucionario de Cánovas contenido meramente en el *Manifiesto de Manzanares* y en las conspiraciones con el General O'Donnell en casa de Fernández de los Ríos, y en las Oficinas de *Las Novedades*. Cánovas alejado al parecer en Simancas, está dentro y es la principal palanca escondida de la Revolución de 1868. Su carta de aquella época á la Reina proscripta, es un documento perdido, que nunca se publicará; pero en las columnas de *La Epoca* está impreso el artículo que se escribió bajo la misma inspiración y por la misma pluma que aquella carta. En cambio, Castelar tendía al temperamento pacífico, y los procedimientos revolucionarios eran para él los sensibles resortes de la fatalidad. En 1854, después de su aparición en el teatro de la plaza de Oriente, se apresura á recogerlo Sixto Cámara en *La Soberanía Nacional*, y él, al ver aquel hombre de acción, cuya aspiración frenética era la sangre, se conmueve, su asusta y deserta de su lado. A la misma conspiración de la Revolución del cuartel de San Gil, él no le prestó

sino el concurso pasivo del deber colectivo. El jamás conspiró con los sargentos de Artillería, ni acercó una chispa incandescente al incendio de la barricada. En la proscripción de París se le acusaba de que no sabía ó no quería conspirar. Y, sin embargo, él no pudo imponer sus ideas sino por la revolución, siendo sólo partidario de la evolución; ni Cánovas impuso las suyas sino por la transacción, después de haber visto impasible, y aun haber contribuído más ó menos ostensiblemente á los incendios de la revolución. De cualquier modo, en la revolución, en la evolución, en la resistencia, en la lucha, en el movimiento de las ideas, en la dirección de los sucesos de 1854 á 1899, no hay más que dos nombres que lo asumen, lo representan y lo resuelven todo: Cánovas del Castillo y Castelar. ¿Quién compendia en un artículo la biografía de cualquiera de estos dos hombres?

En el tercer período de la vida y de la historia de Castelar, desde el triunfo de la revolución de 1868 hasta la República, indudablemente Castelar trabajó mucho, y su labor en las Constituyentes y en las Cámaras del breve reinado de Don Amadeo de Saboya constituye la apoteosis de su elocuencia, como orador; pero en el mundo exterior que se le crea hay algo de ficción. Castelar era á la vez en la revolución de Septiembre una fuerza efectiva y una esperanza irremediable. Desde que la revolución victoriosa en Alcolea obligó á proscribirse á la Monarquía secular y constitucional, la suerte del dado estaba conocida. La revolución, cuyo espíritu era el espíritu democrático de Castelar, tenía que hacer todo su lógico desenvolvimiento é ir á parar en la solución definitiva del pensamiento de Castelar. Todas las Monarquías postizas no podían ser más que soluciones efímeras y circunstanciales, lo mismo la Monarquía popular que con el Duque de la Victoria acarició un corto número de angélicos progresistas tradicionales, que la iberista de D. Fernando de Coburgo; lo mismo la del hombre de acero que pedía Ríos y Rosas, tras de cuya frase se escondía la figura del Duque de Montpensier, que la esencialmente políti-

co-internacional del Príncipe de Hohenzollern, á la que se inclinaba Prim. El Duque de Aosta fue el recurso de la desesperación, después del veto de Napoleón y de la guerra provocada. Mas de cualquier modo, el Príncipe que hubiera venido á ocupar el trono que le ofrecía la revolución, ya viniera de Portugal, de la dinastía proscripta de Francia ó de la dinastía triunfante de Prusia, habría tenido la misma suerte que tuvo la de la casa de Saboya. Todos hubieran tenido contra sí, para impedir que se consolidasen, las dos fuerzas irresistibles que luchaban en el fondo de la revolución: Cánovas con su restauración histórica, y Castelar con su República. La revolución era el poder, y á la caída del Duque de Aosta Castelar venció.

¿Qué fue la República de 1873? El fracaso de la fórmula definitiva de Castelar, y se quebró en sus manos. Aquel día, en efecto, murió Castelar.

Castelar había representado desde 1854 una idea progresiva humana y un absurdo. La idea progresiva humana se consolidó, aun después de restaurada la Monarquía proscrita por la Revolución de 1868. El absurdo dió de sí lo que de sí da siempre el absurdo, y Castelar fue su víctima propiciatoria. La idea progresiva humana, la Monarquía histórica restablecida, la recogió por manos de Cánovas del Castillo, que la llevó á la concordia de nuestros partidos gobernantes, al desarme de nuestros partidos perturbadores, al espíritu de la Constitución de 1876, y á la letra de todas la legislación subjetiva con que hoy gobiernan los partidos más conservadores de la Monarquía. ¡Ah, si en 1854 Cánovas no hubiera sido un simple revolucionario y los hombres de las barricadas de Julio, en que él ya influía, hubiesen admitido la evolución redentora de Castelar! ¡Cuánta sangre se hubiera ahorrado! ¡Cuántos intereses habrían podido salvarse! ¡Qué cuadro de progreso y de prosperidad hubiera España podido representar desde aquella lejana fecha, y qué suma de fuerzas físicas y morales habría podido acumular para la defensa de lo que después se ha per-

dido! ¡Yo no lo quiero pensar! Además ¡me abruma indicar siquiera estas tremendas responsabilidades!

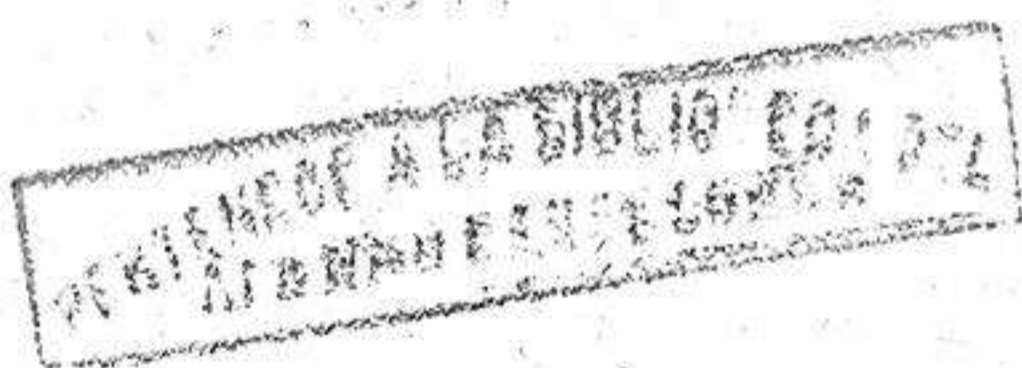
El último período de la vida y de la historia de Castelar comprende toda la última mitad de su vida política: desde el golpe de Estado del 3 de Enero de 1875 hasta su muerte. Entre él y Cánovas se truecan los papeles, y el último, colocando de nuevo sobre el trono al Rey D. Alfonso XII, toma ostensiblemente la rienda y la dirección de la Historia. Yo no tengo que disfrazar mis juicios. Antes lo he escrito y lo sostengo. Si Castelar hubiera caído muerto á los piés de la estatua de la República que se rompió en sus manos, siendo él el que la había hecho, el nombre de Castelar no hubiera cabido en el espacio. Se sobrevivió, y he de hacerle públicamente la justicia de reconocer que los servicios que prestó á su patria en este largo período no hay frases de gratitud nacional con qué ponderarlos. La Monarquía de Alfonso XII y la Regencia, Cánovas del Castillo su organizador, y toda la política de la Restauración, no han tenido un auxiliar más constante, más eficaz, más poderoso. La sucesiva aproximación de todas las gradaciones de la democracia gobernante á los pedestales de la Monarquía, á él se le debe en su máxima parte. La obra insigne de la concordia feliz en las escuelas que determinaban los partidos por tanto tiempo antagonistas, la reconciliación mutua de los hombres y de las ideas, la compenetración fecunda de las instituciones emanadas de nuestras pasadas revoluciones y de las instituciones fundadas en el derecho secular y hereditario, á él le tienen como su más enérgico colaborador. El espíritu democrático, imbuído en todas las conquistas jurídicas que ha consagrado el voto universal, el juicio por jurados y otras reformas semejantes, es imposición tenaz de su benevolencia para con las instituciones. La paz pública le debe estos beneficios; la Monarquía esta seguridad, la democracia estas garantías, y hay que confesar que todos estos son servicios tanto más eminentes, cuanto que, dictados por el patriotismo, los abri-llanta el desinterés y los eleva á la cúspide del mérito cívico



el personal sacrificio. Es justo que su patria no lo ignore. Castelar, que siempre dependió de los estipendios de su trabajo intelectual; que ocupando la Presidencia de la República tenía que pedir adelantos de cuatro mil duros á Don Abelardo de Carlos, por anticipo de una obra más sobre *Recuerdos de Italia*, para poder cubrir los gastos menudos de su casa y de su puesto; que hasta la hora suprema de su agonía ha tenido que estar sobre las cuartillas que le proporcionaban el pan de su alimento, Castelar al hacer estos sufragios desinteresados á la paz de la patria y al sostenimiento de una Monarquía, de cuyos servicios resueltamente se exceptuaba, arrojaba por la ventana todo su prestigio de América, de donde se le retiraban las correspondencias políticas de cuyo producto dependía casi exclusivamente su subsistencia. A la vista tengo los periódicos de Méjico y de la Argentina que ya alcanzan á la fecha y á la noticia telegráfica de su muerte. Su lenguaje, en este sentido, es uniforme, no ofrece discrepancia. He aquí un párrafo de *El Universal*, de Méjico, que habla por todos los demás periódicos americanos.—«Después de la Restauración de la Monarquía con el Rey Don Alfonso XII, dice, á medida que dicha forma de Gobierno se consolidaba, fue moderando su oposición á la misma, en términos de haber desbandado la agrupación de que era jefe y aconsejado á sus parciales la aceptación de la legalidad existente, aunque él permaneciera fiel á sus antiguos ideales. Entre la juventud liberal de América perdió Castelar gran número de adictos desde que fue acentuando la moderación de sus ideas, con lo que se amenguó el renombre y crédito que en América gozaba.»

Todos sabemos en qué hora suprema de luchas en perspectiva para su patria Castelar dió á la Monarquía el grupo de sus amigos. Pero no debo entrar en esta cuestión. ¿Qué sacrificio no haría Castelar por salvar la integridad de la patria, cuando la profunda melancolía de la pérdida de nuestro poder colonial le ha producido la muerte?

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.



## REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—LITERATURA: Francisco Sarcey en el extranjero.—La *interview*.—BELLAS ARTES: Rosa Bonheur.—SOCIOLOGÍA: Las guerras y la paz.—IMPRESIONES Y NOTAS: El peligro americano.—Balzac ante Lamartine y Monselet.—Tolstoi y su mujer.—La leyenda de los huevos de Pascuas. Rasgos de costumbres inglesas.—Opiniones de un inglés sobre Inglaterra.

### LITERATURA

FRANCISCO SARCEY EN EL EXTRANJERO.—Entre los muchos trabajos necrológicos que la muerte del insigne crítico francés ha suscitado, no resistimos al deseo de dar á conocer el consagrado por *L'Événement* á la memoria de Sarcey, con el título que encabeza estas líneas, por Estanislao Rzewuski.

Cuanto puede decirse sobre el talento literario, la personalidad tan interesante como original del célebre crítico, y la curiosa fisonomía del decano de la crítica dramática contemporánea, se ha dicho ya mil veces en todos los tonos y de todas las maneras, proclamando, cuantos han estudiado á Sarcey, que este eximio escritor, por la sagacidad del análisis, la finura del juicio, disimulada bajo esa seductora *bonhomie* que tan intenso relieve daba á sus artículos, por la seguridad de la apreciación, la intuición estética, el brillo, vigor y claridad del estilo, la limpidez del pensamiento, el vigor de la argumentación, la clarividencia del gusto y la inmensa erudición que atesoraba, tiene perfecto derecho á ser considerado como uno

de los grandes maestros de la crítica y del habla francesa. Dejando á un lado este juicio, Rzewuski pone en evidencia el influjo de Sarcey en el extranjero y la popularidad de que gozaba en el mundo civilizado.

Los folletines críticos de Sarcey eran leídos, reproducidos y comentados en el mundo entero (entre las personas cultas que se interesan por el Arte y por la Ciencia, pues claro es que de los brutos que nada leen, ni nada saben, no hay que hablar) y las gentes de teatro, autores, directores, críticos y actores y aficionados, no pronunciaban el nombre de Sarcey sin respeto, bastando decir en un artículo ó en una conversación «es opinión de Sarcey» para que el más fanático adversario se diera por vencido. Bastaba y basta también, en Alemania como en Rusia y en Rusia como en Inglaterra, decir del crítico influyente de la más brillante capital ó del más olvidado villorrio, «ese es nuestro Sarcey», para que no se encuentre elogio más lisonjero, más seriamente pronunciado ni más claro y comprensible para todos, para indicar la competencia, el dominio del arte teatral, la supremacía de periodista, del crítico en cuestión.

Para Europa entera, Sarcey no era uno de los críticos eminentes de la época, sino el crítico por excelencia, la personificación de la crítica dramática. Seguramente los estetas y refinados parisienses sonreirán de esta opinión del extranjero; pero cuando se piensa en la labor inmensa de Sarcey, en ese esfuerzo gigantesco de trabajo duro y tenaz, proseguido años y años, hay que confesar que el extranjero no exagera nada, y que la posteridad confirmará sus juicios.

Entre los escritores extranjeros, dramaturgos, actores y gentes de teatro de paso por París, era ya una tradición, casi obligatoria, ir á visitar á Sarcey, cumpliendo todos con gusto este deber que voluntariamente se imponían, y siendo todos recibidos, eminencias ó principiantes, en el hotelito de la calle de Douai, por el folletinista de *Le Temps*, siempre afable y cortés, benévolo y de buen humor, viva personificación de ese

instinto de sociabilidad, de esa urbanidad de antiguos tiempos, de ese optimismo sonriente que expresa quizá un concepto de la vida más profundo que las trágicas negruras del pesimismo. Así rendían todos el homenaje de su admiración y respeto al maestro, al príncipe de la crítica contemporánea, cuya desaparición ha dejado un vacío difícilísimo de llenar.

\*  
\* \*

LA «INTERVIEW».—Con este título ha dado Andrés Hallays una curiosa conferencia, que extractamos de la *Revue Bleue*. La palabra *interview* es inglesa, y aunque significa *entrevista*, el uso ha consagrado ya el término con su acepción especial, y fuerza es emplear la voz exótica, porque ni *entrevue* ó *entretien* en Francia, ni *intervista* en Italia, ni *entrevista* en España, dicen exactamente lo que viene á ser la *interview* con su peculiar significado de interrogatorio indiscreto.

La palabreja en cuestión ha venido á Europa de los Estados Unidos; pero si el vocablo es nuevo, la cosa es tan vieja como el mundo. Una *interview* no es más que la conversación de una persona que no sabe con otra que sabe, ó que se presume que sabe. La tradición oral no es otra cosa que una larga cadena de *interviews*, y el antiguo historiador no era más que un *interviewer* ó un recopilador ó coleccionador de vetustas *interviews*.

El padre de todos los *reporters* es Herodoto. El historiador griego recorrió el Egipto, la Libia, la Palestina, la Siria, la Cólquide y la Tracia, preguntando á los guías, los sacerdotes y los viajeros, refiriendo todos los cuentos que recogía y contrastando unos dichos con otros; en la serie de sus relatos tiene con frecuencia cuidado de poner el «con todas reservas» de que sus actuales sucesores usan bastante menos de lo que deben. ¿No eran también insidiosas *interviews* aquellas conversaciones de Sócrates en las plazas y los mercados, con militares, sofistas, libertinos y cortesanos?

Especialísima mención merece también en la historia del reportismo el canónigo-historiador de Francia, Juan Froissart, dotado, á Dios gracias, como él mismo decía, «de sentidos, memoria, ingenio claro y agudo, para concebir todos los hechos de que me puedan informar, y de edad, cuerpo y miembros para aguantar trabajos». Las crónicas de Froissart están llenas de vida, y el arte con que el canónigo aventurero las narra es inimitable.

La moda de las *interviews* se ha introducido en los periódicos franceses hace unos quince años. Antes, el periodista se informaba como podía, dando al público el resultado de sus investigaciones, pero sin indicar sus fuentes, y los lectores daban más ó menos importancia al artículo, según su firma ó el crédito del periódico. El método nuevo es muy distinto: sucesos de cualquier clase provocan el planteamiento de una cuestión, ó si el público no se pregunta nada, el periódico mismo la plantea, y en seguida los periodistas acuden á las personas de mayor notoriedad, aunque no sean las más competentes, y les preguntan su opinión sobre el problema ó el hecho «de actualidad». Las personas consultadas responden ó no responden; se imprime lo que han respondido ó lo que hubieran podido responder, y he ahí la *interview*.

Se entrevista con todo el mundo: ministros, asesinos, cómicos ó frailes, y lo gracioso está en preguntar á cada uno sobre lo que ignora por su profesión: al fraile sobre el teatro, al cómico sobre la Iglesia, al asesino sobre la filantropía y á los ministros sobre los asuntos del Estado. Se interroga sobre todo: crímenes, óperas, guerras, negociaciones, comedias, historia, pintura, procesos, matrimonios, academias, teología, artillería, enfermedades, cremación, inmortalidad del alma y forma de los sombreros de señora.

Las primeras *interviews* fueron tímidas; anotaban el hecho ó la cuestión del día, apuntaban al azar unos cuantos nombres *interviewables*, tomaban un coche, y subiendo y bajando escaleras, hacían su colecta. Después pareció pesado el proce-

dimiento, y se perfeccionó el género, recogiendo las opiniones de un grupo ó clase de personas sobre una cuestión determinada; el modelo del género fue la información abierta en 1891 por Huret, sobre la evolución literaria; Huret fué á preguntar á todos los escritores que por el brillo de su talento ó lo ridículo de sus personas eran célebres en Francia—sesenta y cuatro nada menos—sobre el estado de la literatura, el naturalismo, la psicología y el simbolismo; el éxito de esta información fue colosal: las vanidades se desencadenaron, las escuelas se excomulgaron y las camarillas y tertulias se desgarraron mutuamente, despreciando los jóvenes á los viejos, y desdeñando los viejos á los jóvenes. Creado el género, se multiplicaron las informaciones sobre toda clase de asuntos, llegando á su apogeo con la del mismo Huret sobre la cuestión social.

Los *reporters*, sin embargo, se cansaron de subir escaleras, y transformaron el género, dirigiendo largos cuestionarios á las personas de viso. El público, por su parte, empezó á cansarse de saber las opiniones de Renán, Coquelín, el P. Didón ó Sara Bernhardt—siempre los mismos—sobre todas las cosas, y llegó un día en que á un periodista se le ocurrió que todo ciudadano tiene derecho á dar su opinión sobre cualquier cosa, creándose entonces los plebiscitos. Se planteaba una cuestión concreta: «¿Quién es el mejor poeta?» «¿Debe mantenerse el impuesto sobre huecos?» y todo el que quería votaba en pro ó en contra; la redacción hacía el escrutinio, y se sabía cuáles eran las corrientes dominantes en la opinión.

Otra forma de la *interview* practicada hoy con bastante frecuencia, es la conferencia pública. El conferenciante plantea por sí mismo la cuestión, y da su parecer sobre ella; es el interrogatorio, la *interview* de sí mismo.

La *interview*, hecha y redactada por un buen periodista, es sumamente interesante. Un buen *interviewista* debe estar dotado, ó de una sencillez rayana en simpleza, ó de gran finura de espíritu, junta con cierta aparente ingenuidad. Importa,

en efecto, que la persona interrogada se entregue por completo, y sin desconfianza, al que la interroga. Por eso se leen tan pocas buenas *interviews*.

Tres personajes contribuyen al éxito de una *interview*: el periodista, el interrogado y el lector. Para el periodista, la *interview* es un modo muy práctico de llenar las columnas del periódico. Para el interrogado, la *interview* es un reclamo excelente. Para el lector, la *interview* es el medio de entrar en la intimidad del hombre célebre, conversando amistosamente con él. La *interview* es un género de diversión que se acomoda perfectamente á nuestros gustos y costumbres, y esta armonía es la causa más positiva de su éxito.

No toda la redacción de un periódico puede componerse de académicos; hay muchas cuartillas que escribir, y hay que graduar los sueldos y las aptitudes; desde el artículo de fondo hasta el anuncio caben muchas especies de talento, y se requieren muchas clases de redactores; la *interview* se ajusta perfectamente á las aptitudes del periodista audaz y sin cultura, que se queda con la boca abierta ante las cosas que oye al personaje con quien habla, lisonjeando así su vanidad, y al periodista culto y fino que lisonjea también la vanidad del personaje interrogado, prestándole ideas que no tiene ó vistiendo las que tiene con formas que él sería incapaz de darle.

La *interview* lisonjea la curiosidad indirecta del público y su especial vanidad también: no todos tienen en su casa un álbum con firmas ilustres ni un fonógrafo que les repita los discursos de los oradores ó actores célebres. Pero todo el mundo tiene cinco céntimos para comprar un periódico, y por esa mínima suma penetra en la intimidad del personaje y se muestra orgulloso de que ese personaje se digne darle su parecer y conversar con él, simple transeunte. El periódico se convierte así en el álbum del desheredado, y la *interview* es la página que se digna escribir en ese álbum el personaje de actualidad.

## BELLAS ARTES

ROSA BONHEUR.—Una figura más, y de las más visibles y simpáticas, que desaparece de la escena. Todos los periódicos y todas las Revistas dedican á Rosa Bonheur sendos artículos necrológicos, y en todos palpita el respeto á la infatigable trabajadora, la admiración á la grande artista, la simpatía á la valiente mujer.

Rosa Bonheur nació en Burdeos el 16 de Marzo de 1822, y ha muerto en By el 26 de Mayo de 1899, contando setenta y siete años de edad.

Su padre, Raimundo Bonheur, pintor de escasos recursos, había querido dar á su hija un oficio, y la había llevado á casa de una costurera; pero Rosa, que á la edad de diez años llamaba la atención por su espíritu aventurero y por sus instintos de artista, dibujando en la arena de los paseos con su sombrilla todo cuanto veía, se sintió humillada por la profesión á que su padre quería dedicarla, y se negó resueltamente un día á volver al taller. Raimundo la condujo entonces al convento de monjas de Chaillot, y como no tenía recursos para pagar su pensión, se obligó á ir tres veces por semana al convento para dar lección de dibujo á las educandas.

En aquella época tenía Rosa trece años. Viva, despierta é inteligente, no mostraba aficiones á labores ni estudios de ninguna clase como no fuera el dibujo, entreteniéndose en hacer la caricatura de sus profesores con mucha travesura. Su padre comprendió, al fin, su vocación, y accediendo á que dejara los estudios clásicos, se dedicó á enseñarla dibujo. Rosa aprendió durante cuatro años, en un cuartito de un piso sexto de la calle de Rumfort, las lecciones de pintura de su padre, teniendo por único modelo el primer año un hermoso cordero, que pintaba y repintaba sin cesar. Pareciéndola luego que el traje femenino era un estorbo para sus estudios, se vistió de hombre y se lanzó á las calles y al campo con su blusa masculina.



Con este disfraz Rosa parecía casi un hombre, y ella misma se complacía en contar las muchas equivocaciones que había ocasionado. Sintiendo predilección por la pintura de animales, iba dos veces por semana, á los diez y ocho años, al matadero del Roule para hacer sus estudios, y allí, en medio de matarifes y carreteros, hizo sus primeros croquis para sus obras, siendo los primeros cuadros que exhibió en el Salon de 1841 las *Cabras y Carneros* y los *Dos conejos*. Estas telas pasaron desapercibidas, no teniendo mejor suerte los *Animales en una pradera*, la *Vaca acostada* y el *Caballo en venta* que expuso en 1842, que los que llevó en 1843 y 1844. Llena de fe en sí misma, no desmayó, sin embargo, y en 1845 consiguió un brillante triunfo con sus doce cuadros, que echaron los cimientos de su reputación, valiéndola una medalla de primera clase. Este mismo año, poco antes de morir, sus admiradores quisieron otorgar la medalla de honor á un cuadrito que había remitido, y que no era sino el pretexto del homenaje de cariño y admiración que querían tributarla. Rosa rehusó aquel honor con exquisita delicadeza, y poco después moría, llena de gloria en su laboriosa vejez.

### SOCIOLOGÍA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DE LOS SEÑORES

LAS GUERRAS Y LA PAZ.—La *Revue Bleue* ofrece á sus lectores con este título las primicias de un libro de Carlos Richet, próximo á publicarse en casa de Schleicher, y que seguramente ha de llamar la atención del mundo culto por lo valiente y razonado de su argumentación.

La guerra, dice Richet, es una plaga abominable, una ofensa á la civilización, el vestigio vivo y triunfante de la barbarie. Esta opinión, aunque general, es combatida sin embargo por no pocos escritores que consideran que la guerra es un bien, y que apoyan su parecer en argumentos más ó menos expresivos, que importa analizar para ver su grado de fuerza probatoria.

1.º *La idea de patria requiere la existencia del ejército.*—Esta afirmación no es exacta. El militarismo supone una patria conquistadora y agresiva, y el amor de la patria no consiste precisamente en eso. Impedir que un país intente las locas aventuras de un Carlos XII ó un Napoleón, no es aniquilar la idea de patria, sino purificar y enaltecer esa idea. ¡Singular patriotismo el que consiste en sacrificar los hijos de la patria! ¡Para demostrar el cariño á Francia habría que hacer perecer á muchos franceses! ¿Puede sostenerse en serio semejante tesis?

2.º *No debe uno apasionarse por la idea de la humanidad.*—Esta extraña proposición brota á cada momento de la pluma y de los labios de los amigos de la guerra. ¿Han reflexionado los que la formulan en que la idea de patria es una idea extremadamente contingente, y variable con los tiempos y los lugares? Hace cuatro siglos, en Italia, Pisa era la patria de los pisanos y Florencia la de los florentinos, y Baviera y Silesia eran en Alemania países enteramente distintos. La noción de patria se ha ensanchado poco á poco, y hoy existen una patria italiana y una patria alemana. ¿Por qué detenernos aquí? ¿Se ha extinguido por ventura el sentimiento de la patria á medida que la patria se engrandecía? ¿Por qué si hubiese una patria europea, habríamos de querer menos su prosperidad que si se tratase de una patria francesa?

Bien sé, dice Richet, que si hace cuatro siglos hubieran dicho á los pisanos que las gentes de Lucca no serían ya sus enemigos y que los habían de amar como sus verdaderos conciudadanos, las gentes de Pisa se hubieran encojido de hombros, creyendo que semejante sacrilegio equivalía á la pérdida de todo sentido moral y al trastorno más espantoso de todas las nociones. Del mismo modo, si hoy viniera alguien á decir á un francés ó á un alemán: «Vuestros vecinos, esos vecinos á quienes tanto aborrecéis hoy, serán dentro de cuatro siglos vuestros conciudadanos, sometidos á las mismas leyes, y vuestro deber será amarlos y defenderlos», ¿qué clamoreo no levantarían esos pseudo-patriotas?

La idea de la familia es una gran cosa, y la idea de la patria es una cosa hermosísima también; pero la idea de la humanidad no es menos bella, y es absurdo creer que haya desacuerdo entre estos tres purísimos y nobilísimos sentimientos. Yo amo á mi familia; pero, ¿es eso una razón para detestar á mi patria? Amo también á mi patria; pero, ¿he de declarar por eso la guerra á las naciones vecinas? Esos tres amores, en lugar de contradecirse, convergen. Al amar á mi familia, amo á una fracción de la patria, y al amar á la patria amo á una fracción de la humanidad.

Estamos tan imbuidos por las ideas corrientes, que cuesta trabajo concebir lo absurdas que parecerán á nuestros nietos. Hace tres siglos se quemaba á los hechiceros, y los hombres de aquel tiempo estimaban las quemas de los demoniacos y brujas como uno de los pilares de la justicia humana y de la salvación del Estado. Supongamos una sociedad de antropófagos, donde la antropofagía fuese una institución venerable, consagrada por la tradición, prescripta por las leyes, enseñada en las escuelas, recomendada por los sacerdotes y celebrada por poetas y filósofos; el desgraciado que se atreviera á motejar de criminales las comidas humanas sería escarnecido y declarado traidor á la religión y á la humanidad. Pues nuestro concepto belicoso de la patria no es superior al concepto de la antropofagía. Y aun comer un hombre porque se tiene hambre, es acto mucho menos grave y estúpido que llegar al estéril degüello de muchos miles de hombres. Pero esa es la costumbre, y por la costumbre tenemos que admirar y aplaudir á los conquistadores y á los belicosos, y el que se revuelve contra el prejuicio establecido es tratado de miserable y de traidor. Aun á riesgo de incurrir en todo linaje de censuras, no temeré decir en voz alta mi opinión, y diré, aunque me juzguen un monstruo, que la muerte de un alemán, de un italiano ó de un inglés me parece un crimen, porque esas gentes son hombres como yo, tienen hijos, madres y esposas, y no porque vivan al otro lado de la frontera dejan de ser mis hermanos.

3.º *El ejército es una escuela de abnegación, y la preparación á la guerra es el desarrollo de la moralidad.*—Esta opinión no puede sostenerse sino ignorando lo que pasa en los cuarteles y en los campamentos. La inmensa mayoría, si no todos los soldados, sólo se preocupan de concluir su servicio, contando los días que les faltan para reconquistar su libertad; se someten, porque no pueden menos, pero, en el fondo, aborrecen el régimen militar. En cuanto á la moralidad, basta mirar la clase de establecimientos que se levantan junto á los cuarteles para apreciar la alta moralidad de la vida militar.

Y no es que no convenga á los jóvenes de un país reunirse durante unas semanas ó unos meses bajo la dirección de jefes celosos é instruídos para aprender ciertas nociones generales sobre los deberes del ciudadano para con la patria, y someterse á un servicio militar, como en Suiza, por ejemplo, muy corto y muy paternal, con un ejército organizado solamente para la defensa, sin miras belicosas. Pero el servicio militar, tal como hoy se practica, contribuye al rebajamiento de la moralidad y es una plaga que oprime la conciencia del pueblo.

4.º *La guerra es el triunfo del mejor.*—Es la objeción metafísica de Hegel; pero notemos desde luego que, si este argumento fuera seriamente defendido, habría que eliminar los pueblos pequeños del mapamundi. Los suizos, á pesar de su valentía, no podrían resistir ni una invasión francesa ni una invasión alemana; con esta sola observación, toda la argumentación viene al suelo, porque no se puede evitar que haya guerras entre adversarios desiguales. Pero admitamos que el número de enemigos es próximamente igual; ¿va por eso á triunfar el más virtuoso? La historia demuestra lo contrario. Un azar decide á veces del éxito de una campaña. Más vale, decía un general, un ejército de ciervos mandado por un león, que un ejército de leones mandado por un ciervo. El éxito final depende del talento de algunos hombres, y si las cosas se vieran de cerca, resultaría casi siempre que había tanto valor en los soldados vencidos como en los vencedores. En el

fondo, el triunfo del más fuerte no significa sino el triunfo de un pueblo preparado para la guerra, sobre un pueblo no preparado ó menos preparado que el otro.

Si esto fuera así, el ideal de la civilización consistiría en prepararse para la guerra: muchos buenos fusiles en los arsenales, acorazados y torpederos sólidos y rápidos, pólvora en todas partes, batallones homogéneos bien ejercitados y mandados, fortalezas bien repletas de municiones y víveres, servicio de Estado Mayor y de Administración militar impecables: he ahí el *non plus ultra* de la civilización. ¿Puede darse ideal semejante?

No; el triunfo del mejor es, sencillamente, diga Hegel lo que quiera, el triunfo del más fuerte, no el del mejor ni el del más justo. No es ese el ideal de la humanidad. Queremos que la justicia resplandezca en las relaciones internacionales. Nuestro ideal no es el triunfo de la fuerza, sino el del derecho.

5.º *Los países no belicosos están sujetos á corromperse.*— Hay naciones belicosas y militares, donde todo está organizado para la guerra: servicio militar universal y obligatorio, presupuesto militar enorme, preponderancia del régimen militar sobre el civil, ejércitos permanentes colosales: esas naciones se llaman Alemania, Francia, Italia. Hay otros países esencialmente pacíficos, como Inglaterra y los Estados Unidos. ¿Se atrevería nadie á decir que los Estados Unidos están más corrompidos que Francia, ó que la sociedad inglesa está más podrida que la alemana?

«Ahí está la China, se dice; China no es militar y ved á qué grado de decadencia ha descendido.» Pero ¿es que la práctica de la paz ha hecho el cerebro de los chinos más estrecho que el nuestro?

Lo que se ve bien es lo que se suprimiría suprimiendo las guerras: bajarían las contribuciones, cesarían los degüellos humanos, no se erigiría en axioma ese formidable error de que la fuerza vence al derecho, se alentaría menos la prosti-

tución y habría menos facilidades para el alcoholismo; no es esto decadencia ni corrupción, sino todo lo contrario.

6.º *La abolición de la guerra aletargaría nuestra energía y no ennoblecería nuestra especie.*—Este argumento de Valbert hace no poca mella en ciertos espíritus.

Ciertamente, cuando un país se siente sacudido por la guerra, cuando los caminos están llenos de soldados enemigos, arrastrando bandadas de prisioneros y convoyes de heridos, con contribuciones de guerra, ciudades sitiadas, bombardeos y fusilamientos... ciertamente que no está aletargado. Un desgraciado epiléptico que se retuerce los miembros ahullando entre atroces convulsiones, escupiendo espuma y sangre, hundiendo en su carne las uñas y haciendo brincar su cabeza sobre el pavimento, no está aletargado.

En cuanto al ennoblecimiento de la especie, no es posible decir mayor desatino. Si de la raza se trata, ¿quiénes perecen en las guerras sino los jóvenes, los sanos y los valientes? Porque los sordomudos, los raquíticos, los epilépticos, los tartamudos, los tuertos, los mancos, los ciegos y los escrofulosos no tienen que temer morir en un campo de batalla. Esos son los que nos quedan, por fortuna, para perpetuar y ennoblecer la raza. ¡Hermosa muestra de raza nos quedaría si no tuviéramos para la producción más que los declarados inútiles para el servicio militar!

## IMPRESIONES Y NOTAS

EL PELIGRO AMERICANO.—¿En qué consiste el peligro americano? ¿Qué amenazas puede temer Europa de los Estados Unidos? Octavio Noel estudia este palpitante problema en *Le Correspondant*, y demuestra que no se trata de hueca palabrería, sino de pavorosas realidades, nacidas del formidable desarrollo de la producción agrícola é industrial de la nación ame-

ricana y de la competencia que hace á Europa en los mercados todos del mundo.

Los Estados Unidos se hallan hoy á la cabeza de todas las naciones por su producción agrícola, que no baja de quince mil quinientos millones de francos, siendo de trece mil millones la de Rusia, de doce mil la de Alemania y de once mil quinientos la de Francia, ocho mil la de Austria, seis mil quinientos la de Inglaterra. Y si esto sucede en agricultura, no hay que decir lo que pasa con la producción industrial, en la que ninguna nación puede competir con la americana, admirablemente apoyada por la prodigiosa riqueza de sus minas de carbón, que ocupan 152.072 kilómetros cuadrados, mientras Inglaterra sólo tiene 22.292, Alemania 7.764 y Francia 4.658, lo cual explica la enorme fuerza motriz que los Estados Unidos desarrollan en sus diversas manufacturas, y que no baja de 3.500.000 caballos de vapor. En esta inmensa producción, incansable y creciente, que tiende á imponer la ley en los mercados de todo el mundo, y que busca salidas y colocación en todas partes y á toda costa, se halla el peligro americano, amenaza de indiscutible gravedad para el Sur de América primero, y para toda Europa después, y contra el que importa vivir unidos y preparados.

\*  
\* \*

BALZAC ANTE LAMARTINE Y MONSELET.—En su libro *Balzac y sus obras*—libro hecho por Lamartine, como dice Jorge Duval, á tijeretazos, y como la necesidad le obligaba á hacerlos en sus últimos días—Lamartine hace de Balzac el retrato más inexacto. «El gran poeta—dice Monselet—no entiende una jota de lo que habla», pareciendo que ni ha conocido á Balzac ni sus obras, á pesar del minucioso retrato que se complace en hacer del genial novelista, retrato que es el colmo de lo grotesco y de lo inexacto. «Su nariz—dice Lamartine—estaba bien modelada, aunque era algo larga.» ¿Quién no sabe que

Balzac tenía la nariz gruesa y achatada? Pues eso no es nada al lado de la pintura que hace Lamartine de los dientes de Balzac, desiguales, estrechos y ennegrecidos por el humo del cigarro.» «En verdad—dice Monselet, que también conoció á Balzac, y que fue uno de sus íntimos—que es tener mala mano para hacer retratos: Balzac estaba tan orgulloso de sus dientes blancos como de sus blancas manos, y además, jamás había acercado á sus labios un cigarro, pues aborrecía el tabaco.»

Increíble parece que con tanto desahogo puedan decirse tales cosas; porque bien está que en materia de opiniones y de teorías cada cual exponga las que tenga por conveniente; pero tratándose de hechos, no se explica que se sustituya tan fácilmente lo real por lo imaginado, mucho menos por escritores que, como Lamartine, debían respetar el nombre inmortal que llevaban. Si de un contemporáneo habla con tanta inexactitud, ¿qué crédito puede otorgarse á lo que diga de Colón ó de Cicerón?

\*  
\* \*

TOLSTOI Y SU MUJER.—El Conde Tolstoi se casó—dice Cerkoff, ex secretario del gran escritor ruso en una entrevista que publica el *Young-man*—antes de formar sus opiniones actuales. Su mujer, bastante rica, no comparte sus ideas, y hace gran ruido en la sociedad moscovita, sin cuidarse de la impresión que su conducta produce. De los ocho hijos de Tolstoi, sólo dos, hembras ambas, siguen las doctrinas del padre, y los demás están con la madre. Después del matrimonio, Tolstoi concedió á su mujer el derecho de propiedad sobre algunos de sus libros, de notable valor. Ocurrido más tarde el cambio de sus opiniones, ha renegado de algunas de sus primeras obras, y no ha querido ninguna recompensa por sus nuevos trabajos literarios, ni derecho de propiedad sobre ellos, ni sobre los anteriormente publicados. Su mujer, sin embargo, no quiere re-



nunciar á la ganancia que le proporcionan los libros que le había cedido, y continúa recogiendo el producto de su venta, contra los deseos de Tolstoi. La renuncia de Tolstoi á las riquezas y á la propiedad, le ha creado en la familia una curiosa posición que le asemeja á un extraño. Ha repartido todo entre la mujer y los hijos, excepto una de las hijas, que ha querido seguir en todo las ideas de su padre. Así, mientras cada uno de sus hijos tiene una renta superior á 12.000 francos, el Conde Tolstoi no tiene dinero ni propiedad.

\*  
\* \*

LA LEYENDA DE LOS «HUEVOS DE PASCUA». — Margarita de Austria, Gobernadora por España de los Países-Bajos, había tenido el capricho de hacer una peregrinación, y dejando Flandes, llegó cerca de Bourg, siendo recibida en todas partes con fiestas y regocijos, pues á su cualidad de Gobernadora de Bélgica y Holanda, unía Margarita las de ser muy linda y amable.

El lunes de Pascua hubo en la llanura de Bourg gran fiesta popular, á la que asistió Margarita rodeada por los hidalgos de los pueblos circunvecinos. Un centenar de huevos estaban desparramados por la arena y dos jóvenes parejas debían ejecutar la danza del país cogidos de las manos; si estos jóvenes bailaban sin romper los huevos quedaban desposados sin que los padres pudieran oponerse á esta unión; se renovaba tres veces la difícil prueba y grandes carcajadas acogían á los torpes cada vez que pisaban algún huevo; tal era la costumbre local.

Margarita contemplaba este para ella nuevo espectáculo, cuando el sonido del cuerno de caza resonó en el bosque y no tardó en aparecer, con lucido séquito, el duque de Saboya, Filiberto el Hermoso. El joven príncipe echó pie á tierra, dobló la rodilla ante la gobernadora de los Países-Bajos y pidió hospitalidad, que con placer le fue concedida, colocándose el

duque al lado de Margarita y prosiguiendo el interrumpido baile.

—Yo también quiero bailar,—dijo Margarita.

Filiberto de Saboya se ofreció á ser su caballero, y la regia pareja se puso á bailar enmedio de las entusiastas aclamaciones de la multitud.

Los dos jóvenes príncipes no pensaban en su nobleza ni en su casa, absortos sólo por el temor de romper los huevos; pero la danza terminó sin que los huevos se rompieran, y Margarita, dichosa por su triunfo, puso su mano en la de Filiberto, diciendo ambos:

—¡Adoptemos la costumbre del país!

Así quedaron desposados, y al año siguiente se casaron el día de Pascua de Resurrección, y en recuerdo de su boda ofrecieron á los convidados huevos perfectamente imitados llenos de anises y confites, siguiendo después conmemorando aquel día con los mismos regalos, y dando origen así á los «Huevos de Pascuas», cuya costumbre tanto se ha generalizado después.

Así lo cuenta la tradición del país de Bresse, recogida por la *Nouvelle Revue Internationale*.

\*  
\* \*

RASGOS DE COSTUMBRES INGLESAS.—Con este título da cuenta la *Revue Bleue* del volumen de recuerdos *Collections and Recollections*, recientemente publicado en Londres por Russell, en el que se hallan recogidas multitud de anécdotas y de rasgos de costumbres que muestran la transformación que desde comienzos del siglo ha sufrido la buena sociedad inglesa.

La grosería de la corte rayaba en lo más villano conocido. El Príncipe de Gales afirmaba, según lord Seymour, que «no hay una mujer honrada en Londres excepto lady Parker y lady Westmoreland, y para eso son tan torpes que no puede

sacarse de ellas ningún provecho, pues todo lo más son capaces de sonarse los mocos por sí mismas.» En la recepción de la señora Vaneck en 1788, el Príncipe de Gales, modelo de elegancia y de distinción, se entretuvo en medir por detrás con un pañuelo las anchuras de la señora V...., y luego fue enseñando la medida á cuantos andaban por allí. Otro día fué á visitar á la señorita Vaneck con dos de sus caballerizos, y al entrar en el salón exclamó:

—¡Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo!

Preguntándole la señorita Vaneck qué tenía que hacer, el Príncipe hizo una seña á los caballerizos, que tendieron en el suelo á la señorita Vaneck, á la que el Príncipe dió varios azotes. Aquella calaverada era el resultado de una apuesta.

En otra ocasión recibió el Príncipe al Duque de Orleans, acompañado del abate de la Fai, su hermano natural, que pretendía saber un secreto para encantar á los peces. Hicieron una apuesta, y el abate se acercó al agua con una varita, rogando al Príncipe que no hiciera la diablura de tirarle al agua, á lo que contestó el de Gales, protestando y dando «su palabra de honor»; pero, apenas el abate se inclinó sobre un puentecillo para atraer á los peces, cuando el Príncipe le cogió por los pies, y, haciéndole dar una pirueta, le arrojó al agua, de donde salió no sin trabajo y lleno de indignación..... ¡Diversiones de grandes!

Aquella gente, sin embargo, no carecía de valor personal. El quinto Conde de Berkeley había dicho en cierta reunión que no es una deshonra verse vencido por sus adversarios cuando éstos le superan en número, pero que él jamás se rendiría á un bandido que le atacara solo. La especie corrió, y en aquellos tiempos en que el bandidaje era cosa corriente, el Conde vió detenido cierta noche su carruaje, yendo de Berkeley á Londres, por un bandolero, que, pasando su cabeza por la portezuela, le preguntó:

—¿Sois vos lord Berkeley?

—Ciertamente,—contestó el Conde.

—¿Sois vos quien ha declarado que no se rendiría nunca á un ladrón que le atacara solo?

—Positivamente.

—Pues bien, yo soy uno de esos ladrones—dijo, apuntando con una pistola al Conde—y estoy solo. ¡La bolsa ó la vida!

—¡Perro cobarde!—gritó Berkeley—¿Crees que me engañas? ¿No estoy yo viendo á tus cómplices detrás de tí?

El ladrón se volvió, sorprendido, para ver aquellos cómplices de que no tenía noticia, y en aquel momento Berkeley, con la mayor serenidad, le descerrajó un tiro que le dejó en el sitio.

La condición del pueblo era lastimosa. En Bedlam los locos eran encadenados á sus camas de paja en 1828, y del sábado al lunes, mientras sus carceleros iban á divertirse fuera, quedaban abandonados á sí mismos. El simple robo se castigaba con pena capital y á los monederos falsos se les quemaba vivos, asistiendo á estos suplicios todo el mundo como á una fiesta. En cuanto á las deudas, la ley era feroz: una mujer murió en la cárcel de Exeter, después de cuarenta y cinco años de prisión, por no poder pagar una deuda de 500 pesetas. Así es que, antes que irse á podrir en la cárcel los deudores, preferían emigrar ó hacerse ladrones, habiéndose visto no pocos grandes señores, y al mismo obispo de Raphoe, seguir la carrera del bandolerismo.

En la escuela, los hijos de los nobles estaban sentados en banco aparte, para no rozarse con los plebeyos. Había que conservar en todo la tradición aristocrática y las buenas costumbres. Así el Marqués de Abercorn, que murió en 1818, nunca dejaba de ponerse sus condecoraciones, y exigía que las doncellas de su casa, para hacer su cama, se pusieran guantes de piel, para que sus manos plebeyas no tocaran las ropas de su lecho; antes de casarse con su prima Hamilton, la hizo ennoblecer por el regente, y cuando supo que quería plantarle por seguir á un amante, la rogó que tomara para huir la ca-

rraza de familia, para que no se dijera que lady Abercorn había dejado el domicilio conyugal en un coche de alquiler, cosa altamente deshonrosa, sin duda. ¡O se es, ó no se es hombre de raza!

En el libro de Russell abundan las anécdotas de personajes históricos. Lord Houghton, que tenía talento, acababa de ganar un doblón á un joven de pocos recursos en una partida de whist, y decía al embolsárselo: «¡Ah, querido! El gran lord Hertford, á quien los tontos llaman el pícaro lord Hertford, tenía costumbre de decir: «No hay placer en ganar dinero á los hombres que no sienten el perderlo.» ¡Qué verdad es eso!» Y observando á un amigo que en el club estaba haciendo una cena de pastel de hígado y champagne, le dijo, alentándole con la mirada: «¡Muy bien, amigo mío! Todas las cosas agradables de la vida son malsanas, ó costosas, ó ilícitas.»

Cuando la coronación de la reina Victoria, ésta quería ir al palacio de Saint-James en carroza, acompañada de la Duquesa de Kent y una dama de honor; pero lord Albemarle sostuvo que tenía derecho á ir también en el mismo coche, como había ido con Guillermo IV; el asunto se discutió, y se llamó á Wellington para resolverlo, como árbitro supremo en asuntos de la corte. «Sólo la reina—declaró—tiene derecho para disponer: ella puede hacer que vayais dentro del coche, ó fuera, ó corriendo detrás como un perro.»

En otra ocasión, la reina Victoria, que acababa de casarse, quería que el príncipe Alberto fuese declarado rey consorte por acta del Parlamento, y habló, al efecto, con interés al primer ministro, lord Melbourne; éste quiso evitar la discusión; pero al ver el empeño de la reina, la dijo: «Por amor de Dios, señora, no hablemos de eso; porque como una vez hayais dado á la nación inglesa el medio de hacer reyes, le habréis dado también el medio de deshacerlos.»

—¿Qué vale más?—preguntaban al irlandés Enrique Smith, profesor de geometría de Oxford;—¿ser juez ú obispo?

—¡Oh!—contestó Smith—obispo sin duda; porque el juez,

cuando más, puede decir: id á que os cuelguen, mientras que el obispo puede condenar.

—Es verdad,—dijo el maestro de Balliol;—pero si el juez dice: «id á que os cuelguen» le cuelgan á uno efectivamente...

—¿Habéis leído las *Memorias de Greville*?—preguntaron á Disraeli.

—No—replicó éste;—no me seducen. Me acuerdo del autor, y era la persona más vanidosa con quien jamás haya tratado, aunque he leído á Cicerón y conocido á Bullver-Lytton.

Cuando Alejandro de Battenberg era estudiante, andaba una vez falto de dinero y se le ocurrió escribir á su augusta abuela la Reina Victoria para pedirselo. La Reina le contestó echándole un sermón y excitándole á ser más previsor para no encontrarse falto de fondos en fin de mes, y pocos días después recibió la siguiente misiva de su nieto: «Querida abuela: estoy seguro de que sabréis con gusto que no necesito por ahora molestaros con pedidos de dinero; pues he vendido á uno de mis compañeros, por treinta chelines, vuestra última carta.»

He aquí, en cambio, una elegantísima fórmula de urbanidad: en la India, un indígena da cuenta al gobernador de una partida de caza organizada en honor de un joven lord que estaba allí de paso.

—¡Oh!—dijo el indio—el joven Sahib ha tirado divinamente; pero Dios ha sido muy misericordioso para con los pobres pajarillos.

En cuanto á metáforas continuadas, los sermones ingleses ofrecen tan abundante cosecha de incongruencias, como los más famosos de Fray Gerundio: «Concede, ¡oh Dios! á nuestra soberana—decía un Pastor—que, al envejecer, se convierta en un hombre nuevo que marche en todas las causas de justicia ante su pueblo como un carnero en las montañas.....»

Concluamos esta sucinta revista del trabajo de Russell con una respuesta de alumno. Se trata de los exámenes de teología en una Universidad, y el profesor pregunta al alumno:

—¿Qué es la fe?

—La facultad por la cual podemos creer lo que sabemos que no es verdad.

\*  
\* \*

OPINIONES DE UN INGLÉS SOBRE INGLATERRA. —Inglaterra —dice este inglés en la *Nouvelle Revue Internationale*—ha formado el proyecto de conquistar el mundo, é imponerle su lengua, sus ideas y sus productos. Este proyecto lo persigue con tenacidad imperturbable, y en este punto lo mismo piensa el último mozo de cordel que el primer lord. Pero el inglés no comprende la conquista como los latinos, que creen haber conquistado un país por sostener en él unos cuantos soldados y funcionarios, por ver flotar una bandera en los edificios públicos y por fastidiar á los indígenas con leyes y reglamentos. El inglés es más positivo y práctico, y da poca importancia á esas manifestaciones inútiles de poder, bastándole la posesión. Con tal que acapare la industria, y sobre todo el comercio del país, lo demás le es indiferente.

Inglaterra no conquista con sus soldados, sino con sus comerciantes y hombres de negocios. El inglés se expatría fácilmente, ó, por mejor decir, no se expatría, porque su patria es el mundo, y donde quiera sigue siendo inglés, con su lengua, sus ideas y sus costumbres. Se instala, funda una tienda ó una fábrica, y no vende más que productos ingleses, mercancías inglesas. Si sus negocios prosperan, toma ingleses por empleados, y se esfuerza por adquirir influencias por todos los medios posibles. Cuando se han establecido así cierto número de ingleses, su Gobierno reclama concesiones de obras públicas y suministros de todas clases, que le dan ocasión para vender productos ingleses y para enviar ingenieros y constructores ingleses en barcos ingleses.

Mientras los latinos se apoderan militarmente de un país

donde permanecen como enemigos frente á los indígenas, para enviar á él empleados ignorantes de sus necesidades, el inglés se convierte con gusto en funcionario del país en que se ha establecido, adquiriendo una influencia que pone al servicio de Inglaterra y que le permite alejar la competencia extranjera. Cuando se ha operado lentamente este trabajo de infiltración es cuando los soldados toman posesión, como aliados ó protectores, del país que ya no necesitan conquistar.

El latino cree en el poder de las armas; el inglés en el del oro. El oro que gasta en la conquista comercial, en comprar influencias, concursos, alianzas, hombres políticos y jefes de partido, lo encuentra decuplicado en los beneficios que le proporcionan los negocios y la explotación de los países en que se ha instalado y que poco á poco transforma para enriquecerse.

FERNANDO ARAUJO.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEOTRABAJADORES

## REVISTA HISPANOAMERICANA

---

**SUMARIO:** La opinión y los tributos de América en honor de Castelar.— Su testamento político para las nuevas nacionalidades americanas de origen ibérico.— Conformidad de su pensamiento con el de la opinión y los publicistas de hispano-América. — La alarma del libro de mister Ridd, *The control of the Tropics*, y de los artículos del *Sun*, de Nueva York, y el artículo «El continente enfermo», de Zumeta.— Las inteligencias internacionales de la Argentina, el Brasil, Chile y el Perú.— La elección de Romaña.

Ya van llegando á España los periódicos de todo el continente iberoamericano, en cuyas jóvenes Repúblicas se han rendido á la memoria del gran tribuno de la democracia española D. Emilio Castelar, tributos panegíricos, fúnebres y literarios, casi con tanto esplendor como los que le ha consagrado su patria. En Méjico, en la Argentina, en el Uruguay y en el Perú, se han celebrado magníficos funerales. La Cámara de Diputados de Méjico, después de haber hecho su elogio con la condolencia de su muerte en sesión ordinaria, organizó en su memoria y honor una velada literaria, á la que fueron invitados el Presidente de la República, General Porfirio Díaz, los Secretarios de Estado, el Cuerpo Diplomático y todas las Sociedades científicas. Pronunciáronse elocuentes discursos por los licenciados Justo Sierra y Antonio Ramos Pedrosa, y leyeron inspiradas poesías Juan de Dios Peza y José Juan Tablada. La Escuela de Jurisprudencia le ha dedicado otra velada, y la numerosa colonia española una imponente misa de *Requiem* en la iglesia de Santo Domingo.

Al telegrama que dirigió al Presidente del Congreso de los Diputados de España el Presidente de la Cámara de Diputados de Buenos Aires, el señor Marqués de la Vega de Armijo, que, como es costumbre, aun disuelto aquel Cuerpo legislativo sigue ejerciendo la jefatura administrativa de la casa, contestó en un telegrama que reproduce toda la prensa argentina. Aunque limitado este documento á corresponder á la adhesión amiga de aquella Cámara bajo el formalismo seco del ritual oficial, merece ser reproducido y archivado en las publicaciones de España. Su texto dice: «Madrid, Junio 1.º de 1899.— *Señor Presidente de la Cámara de Diputados de la República Argentina.*—Ruégole sea intérprete ante la Cámara de su digna presidencia, del sentimiento que embarga mi ánimo por la parte que los Diputados argentinos toman en el duelo de España, con motivo de la pérdida del incomparable tribuno D. Emilio Castelar, que hoy llora esta nación. — *El Presidente del Congreso de España.*» En el Senado argentino, el Sr. Cané dijo entre la solemne expectación de la Cámara: —«La España, señor Presidente, acaba de perder uno de sus hijos más preclaros, y nosotros, nuestra raza, uno de sus más dignos representantes, por el brillo de su inteligencia y la nobleza inalterable de su carácter. Todos aquellos que han conocido á Emilio Castelar, así como todos los que han leído sus trabajos, saben que para el progreso, la tranquilidad, la felicidad de las Repúblicas sudamericanas, estaba casi tan cerca de su corazón como las de su propia patria: todos saben que lo que él llamaba *la prolongación del alma española* en la América, era para él una garantía de paz y de grandeza para la raza latina del porvenir. Castelar ha sido el apóstol más grande, tal vez, al fin de nuestro siglo, *de la libertad en el orden*. Todos los que comprendemos que no es posible gozar de la libertad sin el orden, debemos contemplar en él al sacerdote de ideal tranquilo y sereno, que sólo anhela la felicidad humana. Creo, señor Presidente, que interpreto los sentimientos del honorable Senado y que el honorable Senado in-

terpretará los sentimientos del país entero, proponiendo ponernos de pie en homenaje á su memoria, y pidiendo al Presidente del Senado se sirva dirigir un telegrama de pésame al Presidente de la Cámara de representantes de España, de la que formaba parte el Sr. Emilio Castelar.»—El Presidente Quirno Costa invitó al Senado á ponerse de pie, y se levantó la sesión.

Los calurosos elogios de la prensa americana, no dejan de ofrecer alguna excepción: por una parte, la de los periódicos que reciben la inspiración de los Estados Unidos; por otra, la de la juventud de algunas de aquellas Repúblicas, para la que Castelar, aún vivo casi ya pertenecía al número de los muertos, pues no habiendo sido testigo de sus grandes luchas, sólo ha recibido de él las impresiones del último período de su vida, en el que en aras de la paz interior de su patria, y vencido en la fórmula radical de sus ideales, menudeó tanto sus transacciones con la Monarquía, á fin de reconciliarla con la democracia á cambio de inocular el espíritu de sus ideas en toda la legislación positiva que la restauración ha sancionado y puesto en vigor. La actitud de los periódicos americanos sobre los que influyen el oro ó las inspiraciones de los Estados Unidos, no es extraña para los que observan el movimiento de apasionada hostilidad que desde la firma de las paces entre los Estados Unidos y España se ha despertado principalmente en Méjico contra la colonia española residente en aquella República. De este movimiento de hostilidad, el órgano más caracterizado es *The Mexican Herald*, el cual, á este propósito, sostiene diarias polémicas, no sólo con *El Correo Español*, que redactan connacionales nuestros establecidos en el antiguo Imperio de Moctezuma, sino muchos de los netamente mejicanos, como *El Tiempo*, *El Liberal* y *El Imparcial*, que parece que hasta en sus títulos transpiran el ambiente de los de nuestra patria. No obstante, *The Mexican Herald*, á pesar de esta actitud, adelantándose á los demás periódicos que aparecen en la capital de aquella República, siguiendo la activa tra-

dición del reporterismo americano, fue el primero que al llegar el telegrama de las *Agencias* con la noticia de la muerte de Castelar, se apresuró á celebrar una extensa *interview* con el Sr. D. Telesforo García, el amigo íntimo de Castelar en Méjico, que dió íntegra en sus columnas, arrancando al estadista americano tan enamorado de la elocuencia y de las virtudes del tribuno español, los juicios del político y las lágrimas de la amistad. También *El Universal*, de Méjico, es el que ha hecho revelaciones más ingenuas sobre la mengua que el renombre y el crédito de Castelar había sufrido en América, desde que, restaurada en España la Monarquía de Don Alfonso XII, y á medida que su Gobierno se consolidaba, fue moderando sus opiniones y su conducta, hasta el punto de desbandar la agrupación de que era jefe y hacerla aceptar la legalidad monárquica. Fuera de estas excepciones, el voto de la opinión americana sobre la figura histórica de Castelar es uniforme. *El Internacional*, periódico de la misma República, resume sus apreciaciones críticas y su expresión de duelo en esta lacónica síntesis:—«España, la América latina y la democracia universal están de duelo.»—La síntesis de los juicios del Sr. D. Telesforo García, acerca del grato amigo con quien se proponía pasar en España los últimos años de su vida, se condensa en estas frases:—«No creo exagerar en decir que Castelar fue el Sumo Sacerdote de la democracia y que nadie ha ejercido más influencia que él en la evolución pacífica de esa misma democracia. Por tanto, todos los hombres de recta intención, todos los liberales sinceros y cuantos amen el bienestar del género humano, llorarán su pérdida.»

*La Nación*, de Buenos Aires, órgano del General Mitre, ha consagrado á Castelar uno de los más hermosos artículos que se han escrito en América con motivo de su muerte. Su espíritu se condensa en este párrafo:—«Entre nosotros no se discutía el genio de Castelar; pero su muerte nos ha causado algo más que el dolor de ver apagarse un astro. Su vida estaba tan vinculada á la nuestra, le sentíamos tan afectivamen-

te ligado á estos pueblos de raza española en los que impera la democracia, era tan cordial el abrazo con que recibía á los hermanos por la sangre y las convicciones, realizaba tan cumplidamente el concepto que en estas tierras tenemos de lo que debe ser *un conductor de pueblos*, contribuyó de manera tan fecunda á formar nuestro criterio respecto de las luchas de naciones y de ideas que se agitan en el mundo, ocupaba, en fin sitio tan vasto en nuestro cerebro y en nuestro corazón, que, al verle desaparecer, sentimos un dolor en que se mezcla al duelo por la inteligencia soberana, el de un afecto íntimo, entrañable, como el que inspira un amigo sin tacha, todo lealtad y todo corazón.» *La República*, de Guatemala, dice que «la muerte de Castelar no es la de un hombre solo, sino la de toda una época de propaganda, de luchas, de combate por la libertad y la democracia; por la armonía entre las instituciones seculares de los pueblos y las conquistas revolucionarias de la democracia.»

No bastarían las páginas de toda nuestra Revista si tratáramos de extractar un solo concepto de cada uno de los periódicos americanos que han consagrado á la muerte de Castelar los juicios póstumos y los sentimientos ardientes, que son el incienso de la glorificación del gran tribuno español y la lisonja de su patria. Pero resumiremos todas estas ofrendas de la prensa ibero-americana del Norte, del Centro y del Sur con estos párrafos de *El Tiempo*, de Lima: —«La humanidad, dice, nunca podrá olvidarse, sin que se le tache con la nota de ingratitud, de un hombre que la ha confortado con sus más enérgicos, consoladores y apasionados conceptos en una época de vacilación y escepticismo en que las creencias más pujantes y briosas parecían bambolearse al soplo destructor y letal de una ciencia implacable y rígida, sin la fe del ideal y sin esperanza en un porvenir más glorioso. Por tal razón pertenece Castelar á esta casta de hombres inmortales que no sitúan su acción en el estrecho radio de su país y su gente, sino que, ensanchando los límites que le circundan y abriendo á sus

ojos más nuevos y dilatados horizontes, se coloca en un escenario eminente y allí declara á los mortales su verbo en la lengua más armoniosa y opulenta que se habla hoy en el mundo. Su duelo es, pues, tan nuestro como de España; porque lloramos la última y más espléndida representación de la elocuencia que se llamaba hasta ayer EMILIO CASTELAR. Vayan estas lágrimas á entremezclarse con todas las que hoy se derraman por él en América y Europa, y que si bien aumentan las recientes desgracias de la madre Patria, en cambio le servirán de dulce y regalado lenitivo.» No hay que decir que la parte de la prensa americana que se escribe por españoles de los que residen en aquellas Repúblicas, conociendo más de cerca al tribuno, es la que da más realce á su figura. Por ejemplo, *El Correo Español*, de Méjico, escribe, y esta es la última frase que puede decirse en elogio de Castelar: —«Desde aquel rinconcito geográfico que se llama España, Castelar ejercía autoridad y dominios intelectuales sobre todas las naciones civilizadas. Su opinión era consultada por los grandes hombres públicos de Europa y América. Su voz resonó en todos los ámbitos del mundo culto. Heraldo de una idea social, de las palabras y de las manifestaciones de Castelar ha estado pendiente, no una nación, sino toda la humanidad, durante poco menos de medio siglo.»

\*  
\* \*

Nosotros no podemos mirar con indiferencia la opinión de América sobre Castelar, al menos por lo que él amó á aquellas jóvenes nacionalidades de nuestra raza, de nuestra sangre y de nuestro antiguo dominio. Si, durante sus luchas por su ideal social, la América latina, identificada con sus opiniones, le consideró más que como un ciudadano en todas ellas, como un apóstol que fortalecía la fe y el vigor de aquellos pueblos, tengan presente que para ellos, al morir, ha dejado también su testamento. En algunos periódicos americanos, que toda-

vía no se han desprendido enteramente de la pasión con que defendieron contra España la guerra de emancipación de Cuba, sin prever el destino de absorción y anulación en que han caído nuestras últimas colonias del Nuevo Mundo, llamadas á ver desaparecer en ellas su sangre latina, y trocarla por todas las híbrides inferiores del país, que más que á ayudarlas á emanciparlas las ha conquistado, prometiéndose conservarlas para sí, Castelar, que ha muerto del dolor de aquel insensato parricidio, y cuyo claro entendimiento le presentaba el cuadro de las nuevas invasiones y de las nuevas luchas que toda la América de nuestra sangre comenzará, por conflictos parciales, á sostener con el enemigo de la raza latina, apenas termine el paréntesis que á la acción absorbente de la política de Washington ha abierto la inesperada guerra que sostiene en Filipinas, tan preocupado de estos problemas como del que acaba de resolverse en disfavor de España, en los últimos días de su permanencia en Madrid se le había oído expresarse por cuantos gozaban el privilegio de su intimidad, haciendo una sola cuestión de raza de las dos cuestiones del dominio perdido por España y de la independencia amenazada de los pueblos de nuestro origen hoy en el Centro, mañana en el Norte y todos los días, así en los que se asientan en las orillas del Pacífico que en las del Atlántico. En estos discursos familiares, que eran su testamento político, decía: «Yo no puedo sobrevivir á esta vergüenza que me abrumba. Yo he sido vencido, en la guerra americana, en todos mis ideales, en todos mis respetos, y esta decepción amarga acaba mi vida. Yo, apóstol de la democracia, la he predicado toda mi vida como símbolo de la moral, como símbolo del progreso y como símbolo de redención. Yo he presentado al ejemplo de los pueblos para impulsarles á su emancipación en brazos de la democracia, á la democracia de los Estados Unidos y á las instituciones que la representan; y los Estados Unidos, desautorizándome con su conducta contra España, anula todo mi Evangelio. Yo ya no puedo hablar de moral democrática pública ante los procedi-

mientos que los Estados Unidos ha empleado contra España para despojarla de sus dominios. Yo no puedo hablar del progreso representado en una democracia gobernante, cuando la democracia gobernante que me servía de modelo, engreída de su poder, retrocede á aquél imperialismo de la fuerza brutal contra el derecho, que en Grant se estrelló, aun glorificado por la victoria.

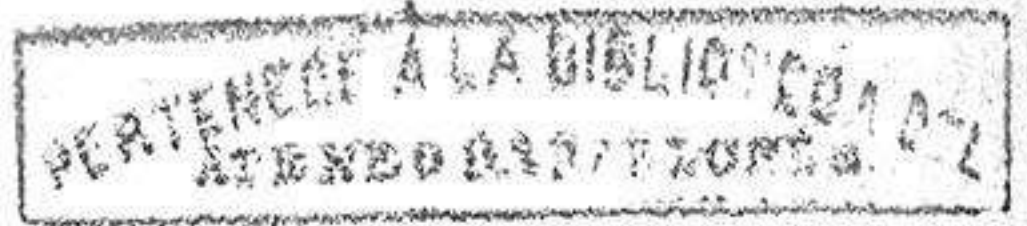
»Yo no puedo hablar de redenciones democráticas ante el ejemplo execrable de esa democracia, que no vence con las armas del honor como en sus lides los antiguos caballeros, sino con el peso abrumador de sus medios colosales y con las armas traidoras del disimulo y la intriga, y que después de despojar á España de sus colonias como despoja el ladrón de encrucijada al inerme pasajero, agobia á las mismas provincias á las que había prometido un auxilio generoso y desinteresado para darles libertad, amenaza á las pequeñas Repúblicas del Centro, bajo el pretexto de los canales de su navegación, tiende una perpetua celada á la libertad de los demás pueblos americanos, hasta los más apartados, con la máscara de su protección, provoca cada día conflictos particulares que se resuelven siempre con la humillación de los pequeños y predica en sus libros, en sus periódicos, en las declaraciones de sus propias Cámaras, que la América toda debe sucumbir al yugo de un solo imperio, y que la sangre latina enferma debe dejar de correr por las venas de todo americano. Yo exhorto á toda la América latina á la unión para defenderse y conservarse. Allí está nuestra carne, allí está nuestro espíritu, allí están nuestros destinos inmortales, y esos jóvenes pueblos no son más que una prolongación de nuestra historia civilizadora, como España desde el imperio de Teodosio no fue sino una prolongación de las virtudes romanas. Como Roma vino á la península á redimirla de su barbarie, España fué á buscar á América, entre las brumas impenetrables del Oceano, para sacarla á la luz de la civilización. El nombre latino que llevan aquellos pueblos, de nuestra augusta progenie lo han heredado. Con ese nombre



le hemos transmitido todos los destinos que España ha llenado en el seno de la civilización en once siglos de existencia. En ellos hemos transfundido nuestra sangre. En ellos hemos implantado el lábaro inmortal de nuestra misteriosa Cruz. Hemos ilustrado su historia, asociándola á las redenciones sublimes que se eslabonan desde Covadonga á Lepanto, y nuestra y suya es la historia común que comienza en la navegación audaz de Colón y continúa en la constitución de los últimos imperios que ya se erigen sobre lo remotos oceanos boreales. No han acabado los destinos de nuestra raza, si los pueblos americanos formados de nuestra raza los comprenden, los heredan y los defienden, tomándolos por base de su conservación y de su prosperidad. Mas para que estos destinos seculares continúen sin interrupción ante la amenaza brutal de la fuerza que amaga absorberlos y extinguirlos, yo les doy este consejo. La suprema necesidad es la unión. Esta unión salvará nuestros destinos, y la madre España ultrajada por el ominoso imperialismo de la mentira y del dinero, será vengada en el triunfo de los destinos generosos y supremos de nuestra América latina. Con esta unión está nuestra fe. Con esa unión está nuestra lengua que eclipsó á Homero en Ercilla, á Virgilio en Cervantes, y á Aristofanes en Lope y en Calderón. Con esa unión se librarán las batallas irremediabiles del porvenir, y en medio del fragor de esos combates que inevitablemente han de venir, mis ideas, con que he dado á aquellas jóvenes sociedades una conciencia nueva de su poder, un símbolo nuevo de su misión y un lábaro inextinguible para su fe, serán el testamento que España les lega á las vindicaciones del porvenir y al renacimiento de nuestro nombre y de nuestra gloria común. Mi fe, aunque al borde del sepulcro, y herida por tantos dolores y desengaños, no se abate; y yo que he contribuído á formar la entraña espiritual de esas nuevas democracias hispano-americanas, cuyos destinos serán en la Historia una prolongación viril de los destinos civilizadores de la madre España, durante once siglos, desde el imperio de Teodosio, yo les lego en

el último tributo del amor que por esos pueblos he sentido esta noble vindicación con augurio de la más feliz de las victorias. Su propia conservación, su propia independencia, queda envuelta en la realización de este destino. ¡No importan donde yazgan los átomos de mis cenizas, cuando el vibrante clarín del combate entone los himnos del triunfo! Donde quiera que estén, vibrarán con una nueva luz y hará palpar de alegría mi nombre resucitado.»

\* \* \*



En realidad, con el testamento formulado por Castelar en las tristezas de su agonía para los jóvenes pueblos hispano-americanos que tanto amó, su pensamiento se confundía con el pensamiento que sigue predominando en aquellas sociedades, impresionadas más y más cada día por la aparición de alguna de esas producciones de que los americanos del Norte son tan prolíficos y que siempre preceden, como fatídico anuncio á la temeridad de los sucesos. De las tendencias de esta política amenazadora para los pueblos latinos de aquel continente, ha sido una nueva revelación, después de las declaraciones inquietantes de Cecile Rhodes, la aparición en Nueva York y Washington del nuevo libro *The control of the Tropics*, cuya intención demuestra la perseverancia de una opinión invasora y absorbente que ni se interrumpe ni se modifica.

La síntesis de este nuevo libro puede compendiarse en estas ideas que extractamos de él: «Las necesidades del progreso moderno imponen á los grandes Estados industriales, como condición precisa para el sostenimiento de su poderío, el deber de activar la producción de las materias primas de que sus industrias se alimentan, y al propio tiempo el de estimular el comercio de sus productos fabriles. Siendo constante que esta doble capacidad productora y consumidora aumenta en cada pueblo en razón directa del grado de civilización que alcanza, la tendencia moderna, en la lucha por la existencia, se pronun-

cia enérgicamente por la adquisición de territorios incultos, á fin de elevar en ellos, *teóricamente* al menos, el nivel de su civilización y de explotar sus riquezas. La repartición de las regiones bárbaras del África, el dominio sobre las viejas civilizaciones del Asia, han obedecido en las empresas de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de Bélgica en el Congo y de Italia en la Abisinia, á estos principios. Los Estados Unidos han aparecido en estos momentos como un factor más, y ha despojado á España de sus últimas posesiones de América, de todo su mal explotado Imperio filipino y de una parte de sus abandonadas colonizaciones del mar boreal, mientras en el mar amarillo Inglaterra, Alemania y Francia seguían los pasos conquistadores del Japón en la China. Repartida toda la tierra habitable del planeta, así como los ojos ávidos de Europa se vuelven sobre lo que á España aún le queda, y provocan la impotencia de Portugal para defenderse, mientras Holanda se pone bajo el doble abrigo de la protección británica y de la benevolencia del Czar, los Estados Unidos tienen que preocuparse de la posesión entera de esa pobre América *afligida*, según la expresión de Muhlhall, *por la frecuencia de sus terremotos y de sus revoluciones*. La diplomacia europea solicita la anulación ó la modificación de la doctrina de Monroe, y propone á la Casa Blanca el arreglo de un *modus vivendi* adaptable á la política imperialista, ya iniciada abiertamente por los Estados Unidos en el terreno de los hechos, aunque en largo tiempo atrás meditada y estudiada en todas sus eventuales contingencias. El arreglo de estas negociaciones con su arreo de partijas territoriales, no puede versar sino sobre el dominio de la América tropical, de sus canales marítimos, de sus grandes vías fluviales y de sus aún impenetrables selvas casi vírgenes, y, por último, de sus hoyas hidrográficas. E inútil es alegar cuestiones de derecho, cuando se trata de cuestiones de hecho, que impone la conveniencia de un Estado opulento y poderoso. La ley de las naciones no puede ser tomada en serio sino entre potencias cuyas fuerzas se equilibran; y como el

único derecho que no prescribe es el derecho de la fuerza, los tratadistas se anulan cuando hablan en definitiva Amstrong, Krupp, Maxim y Bange.

«Los pueblos que no saben ó no pueden explotar las riquezas de su suelo y poblar las soledades que el acaso geográfico ó político encerró dentro de sus fronteras, menoscaban en esa medida la labor universal; y la verdadera moral consiste en que los más aptos y laboriosos ocupen lo que la incuria, la impotencia ó la ignorancia mantienen ocioso é improductivo. Los bosques son del leñador; los campos de quien los cultiva; los ríos de quien los canaliza y los navega. La lucha que se encuentra ya establecida, y de la que los grandes Estados no pueden ya retroceder, es la lucha inmemorial de los pueblos y de las razas que representan las más avanzadas formas de un progreso contra las razas y los pueblos que representan los infinitos matices del estancamiento y de la barbarie. Esta es la ley suprema de los pensamientos absorbentes de los Estados Unidos sobre la herencia *del continente enfermo.*»

El libro de Mr. Ridd ha preocupado de nuevo á toda la América, que se siente amenazada, y al número ya no exiguo de los periódicos de Colombia, Venezuela y el Ecuador que se habían pronunciado por la necesidad urgente de volver sobre los pactos internacionales de unión y á la idea de la reunión de un Congreso análogo al de Bolívar, se adhieren gran parte de la de Méjico y de las cinco pequeñas Repúblicas del Centro, exponiendo á sus hermanos del continente latino el deber sin tregua que les incumbe de ponerse de acuerdo inmediatamente á fin de *burlar* el plan atribuido á la gran potencia del Norte. César Zumeta, en Colombia, ha recogido las exhortaciones de *El Tiempo*, de Méjico, y también ha escrito:—«Hasta ahora no hemos pasado de lamentaciones estériles y de voces de aviso en el desierto. En el terreno práctico nada se ha hecho y ni aun siquiera hemos visto que tome forma tangible una sola idea salvadora. No somos de los que creemos que la realización de las ambiciones de los anglo-sajones del Norte es

cosa facilísima y que haya de verificarse sin remedio; pero, aun sin pecar de pesimistas, creemos que para cualquier género de eventualidades hay necesidad urgente de preparar á los pueblos y de fortificarnos en la unión todos los hispanoamericanos.» Los artículos de Zumeta, que con el epígrafe de la misma frase de Mr. Ridd, *El continente enfermo*, han sido escritos en Nueva York bajo las impresiones directas é inmediatas de lo que allí mueve la opinión, han merecido el privilegio de ser reproducidos en la prensa de todo el continente austral, y los que se hallan con él identificados en opinión, han publicado otros escritos de adhesión, que llevan por título frases tan expresivas como, *Los acorazados no discuten; Las repúblicas pobres de caudal, de población y de orden; Armémonos*, y otros semejantes; mientras *El Mercurio*, de Valparaíso, se preocupa y comenta el artículo reciente del *Evening Post*, de Nueva York, sobre *la anexión de Nicaragua*, *El Correo Nacional* y *La Crónica*, de Bogotá, consagran alarmados artículos de fondo á *La anexión de Panamá*; los del Brasil, inquietos por la expedición del cañonero norteamericano *Wilmington* violando la clausura del río Amazonas, á pretexto de realizar estudios científicos, comentan los artículos del *Sun* de Nueva York sobre *Inglaterra y Venezuela en el Amazonas*, y los periódicos de Caracas hacen conocer la importancia del *Comercio de tránsito* al que Venezuela no opone trabas ni retardos.

Como en todos estos pueblos la impresionabilidad de raza conserva su imperio, al lado de las producciones meditadas y serias de los ilustrados publicistas mejicanos, de Colombia, de Chile y de la Argentina, los extremados no cesan de arrojar sobre la opinión el grito de sus alarmas. A este número de producciones pertenece el artículo titulado *Proyecto de reparto de las naciones sudamericanas*, que también ha dado la vuelta por los dos continentes. Pero de cualquier modo, los artículos del *Sun*, los discursos de Rodhes y el libro de Ridd, sean ó no signos precursores de sucesos más ó menos lejanos, hacen meditar á los hombres pensadores, inflama el corazón

de los patriotas y de los periodistas y mantiene una activa correspondencia de gabinete entre unos y otros Estados, lo que demuestra un estado profundo de agitación moral. El voto por la unión que Castelar también ha arrojado á los pueblos hispanoamericanos, como legado de su agonía, tiene serios partidarios en todo el Norte del continente meridional, en el Centro y en Méjico. En las regiones australes y en el lado opuesto de la cordillera, el problema se ventila en horizontes políticos más intensos. Las entrevistas de Roca con Errazuriz; la visita de Walker Martini al Perú; la conferencia próxima que se anuncia entre Roca y el Presidente del Brasil, ¿tienen por principal objeto los acuerdos sobre esta solidaridad y esta unión? Si en ellas entra por parte esencial, al menos respondería á un sentimiento plausible de previsión.

Y nadie, en efecto, con más autoridad que estas Repúblicas de Chile y la Argentina, el Brasil y el Perú para oponer, con el ejemplo de sí mismas, el argumento más elocuente para rebatir las ideas del libro de Mr. Ridd. En un cuarto de siglo la Argentina ha duplicado su población, formado numerosas y florecientes ciudades, centuplicado sus rebaños, sus cultivos, sus obras de utilidad pública, creado un crédito y un comercio vigorosos, un ejército bien instruído y una Marina de las más adelantadas. La prosperidad crece en esta República con la cultura de las costumbres, y la paz pública es el fruto de este progreso moral. Chile se halla constituído sobre bases de estabilidad y de cultura tan eminentes, que aquella naciente República democrática más parece un aristocrático condado de la vieja Inglaterra, en cuanto al orden y la morigeración y seriedad de sus costumbres, que una nación improvisada y salida de los híbridos elementos del antiguo coloniaje y de la barbarie india. El Brasil sigue el progreso que le imprimió su imperio proscripto. La ley del progreso humano estimula allí el bienestar y la prosperidad que le rinden sus bien explotadas producciones y su creciente tráfico exterior. Y el Perú, bajo la presidencia de Piérola, no sólo ha logrado consolidar has-

ta su Gobierno el jamás alcanzado beneficio de la paz, sino que bajo sus nobles auspicios, con la estabilidad de su poder y con la estabilidad del reposo público, ha restañado muchas de las pasadas heridas que mantenían aquella sociedad dislacera- da, ha organizado la Administración, dotándola de una regu- laridad providente y progresiva, ha extendido la instrucción pública, ha promovido con extensa vena la construcción de vias, de líneas eléctricas de comunicación, de naves para el comercio, y ahora, al terminar pacíficamente su encargo cons- titucional, lleva á su respetable retiro la conciencia de haber merecido la consideración de la Historia y la gratitud de su patria.

Estos ejemplos se imponen ya á los demás pueblos del con- tinente latino. La emulación de los intereses y de los medios de promoverlos y el estímulo en favor de la dilatación de la instrucción pública, siguen en todo una escala ascendente, y si todavía Bolivia, el Ecuador, Venezuela y las pequeñas Repú- blicas del Centro se ven agobiadas y estacionadas bajo el pé- simo yugo de sus perturbaciones políticas tradicionales, hay que estudiar con atenta observación qué influencia se ejerce de fuera por intereses extraños en los elementos propicios á estas agitaciones, cuyos peligros ni el espíritu público, que suele apasionarse, los adivina, ni hablan nunca el lenguaje del patriotismo á los corrompidos que por ascender á los puestos superiores no vacilan en cometer el delito de traición, con que venden los destinos y la seguridad de su patria.

De cualquier modo, si las tendencias hacia la unión preva- lecen en aras de la conservación y de la seguridad como de la propia independencia, la influencia de las Repúblicas mayores y mejor organizadas, ya que no adquieran el ilícito derecho de la intervención en los asuntos de sus inquietas hermanas, podrá ejercerse con eficacia, ya para hacerlas entrar en orden, ya para obligarlas á sujetarlas al interés común é impedir que se truequen con sus imprevisiones en objeto contumaz de un peligro común. Sólo el orden y la estabilidad puede salvar la

vida de estos pueblos del peligro que todos ven como inminente, aunque, como Zumeta ha escrito, hablando todos de él, todavía no se haya tomado por ninguno una medida eficaz para conjurarlo.

\*  
\* \*

De este espíritu salvador de estabilidad y de orden de que hablamos, acaba de dar muestra el Perú en la disposición de sus elecciones constitucionales, por aproximarse el término de la magistratura suprema de Piérola. Muy laboriosa, en efecto, ha sido durante largo tiempo la elaboración de la candidatura que ha asegurado el triunfo para la sucesión; pero aun cuando hasta se hayan ponderado los actos gubernamentales de Piérola y sus ministros, dirigidos á ejercer una influencia ilegal en la elección, las polémicas de la prensa, los movimientos de los partidos, los discursos de los círculos de la capital y de la propaganda en las provincias, no han salido del cauce natural y de la condición de estas luchas, pudiéndose decir que las últimas elecciones han sido las más legales que el Perú registra en sus anales desde la constitución de la República.

El Presidente que sustituye al General Piérola, es un ingeniero de Arequipa, llamado D. Eduardo L. de Romaña. Para la primera Vicepresidencia, el designado ha sido el doctor D. Isaac Alzamora, y el segundo Vicepresidente, D. Federico Bresani, comerciante en la capital. Como se ve, ha sido una candidatura completamente civil y de hombres nuevos, pues cuando por primera vez el nombre de Romaña se opuso al de Billinghamst, que fue el primer candidato, algunos quisieron repetir la broma que en el tiempo de la República, en España, se dió á Pedregal, cuando fue improvisado Ministro. Romaña ha sabido, con sus actos y discursos, conquistarse las simpatías generales del Perú, y al llegar al momento de la elección puede decirse que es un Presidente enteramente popular. Tiene cincuenta años, pues nació en 1849, y sus estudios técnicos



los hizo en Europa, en el colegio Stonihuerst, de Inglaterra, y en el Instituto de Ingenieros de Londres. Después de haber hecho trabajos de su profesión en el trazado de los ferrocarriles del Brasil, acudió á tomar las armas en su patria, durante la guerra con Chile. En Arequipa, su patria, ejerció después cargos políticos electivos, hasta que en 1895 recibió el sufragio de aquel distrito, para que lo representara en la Cámara. Poco después desempeñó el Ministerio de Fomento. Desde entonces data el papel de político sano, íntegro é inteligente que le ha preparado para la candidatura presidencial. Su elección, para la que los departamentos del Sur le han dado 22.000 votos, si no ha despertado un gran entusiasmo, ha sido recibida con general satisfacción por la seguridad que ha dado de que la transmisión del mando supremo se efectuará tranquilamente.

En cuanto al General Piérola, cuyo mandato constitucional terminará en breve, *El Perú*, revista muy importante que se publica en Lima, y *El Tiempo*, que es el diario político de más autoridad de la prensa peruana, el mismo día de la elección de Romaña, han publicado con el de éste, su retrato, y haciendo historia de su administración, han dicho que Piérola ha sido el mejor mandatario que ha tenido el Perú.

IOB.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Apuntes sobre la Administración Militar en la guerra franco-alemana**, por Laureano Tenreiro, Licenciado en Derecho, Oficial primero y Profesor de la Academia de Administración Militar.—Madrid: impr. del Cuerpo Administrativo del Ejército: 1899.

El digno Profesor de la Academia de Administración Militar, Sr. Tenreiro, ha dado en un tomo de 189 páginas, al que acompañan cuatro mapas, una excelente obra científica que, en lugar de *Apuntes*, ha debido titularse *Lecciones críticas*, y que debiera destinarse para texto de los estudios superiores de la Escuela Militar. Es lástima que este libro no haya sido preparado en conferencias públicas del Círculo militar, del Ateneo ó de cualesquiera otras sociedades que atraen un numeroso concurso de oyentes; pues aquí donde no se lee tanto como se debe, hay que buscar el fruto docente de concepciones críticas de tan elevado vuelo en el seno de las asociaciones donde se reúne el corto número de los hombres que estudian y piensan, sin que esto obste para dejar permanentemente asegurada la labor científica por medio del libro.

El del Sr. Tenreiro se divide en tres partes esenciales: la primera comprende el estudio geográfico-económico del teatro de operaciones de la guerra franco-prusiana; la segunda, que abraza cinco capítulos, del 3.º al 7.º, la narración militar, tan sucinta como se requiere para el empeño de la obra; la tercera es la narración administrativa, subdividida en otros siete capítulos, del 8.º al 14, en que individualmente se tratan las cuestiones esencialmente técnicas de organización, previsión administrativa y período de concentración, comunicaciones y depósitos, el avituallamiento en territorio enemigo, estacionamiento de larga duración, avituallamiento en las marchas, la acción administrativa en plazas sitiadas y operaciones á la defensiva.

No es solamente para nosotros la nueva Administración de la guerra una ciencia nueva que eleva su representación á una de las bases principales en que estriba el éxito de los combates, sobre todo ante las leyes de moderación que imponen á la

misma guerra nuestras costumbres civilizadas. El ejército más poderoso, más genialmente mandado, cuya estrategia y cuyo denuedo lo eleven á las cumbres del heroísmo, colocado en la situación imprevista del de Napoleón en Rusia, tiene que afrontar la inclemente ruina que destruyó al gran ejército. Tenreiro, copiando á un escritor distinguido, hace resaltar el papel importante de la Administración Militar, constituida de la manera magistral que los prusianos tenían constituida la suya al estallar la guerra de 1870. Seguir con el pensamiento las multitudes armadas en los movimientos complicados que les imprime el General en Jefe; calcular en cada instante su número, el lugar donde se hallan; distribuirles con precisión el material de que se dispone; apreciar el que pueda recogerse en la comarca en que se opera; tener en cuenta las distancias, el estado de los caminos, y lograr aquellos medios de transporte indispensables para que en un momento fijo reciban sus provisiones desde el Cuerpo de ejército hasta el más reducido destacamento: he aquí, en resumen, los deberes que incumben en la perpetua emoción de la guerra á la Administración Militar.

Sobre base tan sólida de doctrina desarrolla el Sr. Tenreiro su obra, analizando cada una de las operaciones de la administración de los ejércitos beligerantes en aquella guerra, la mejor reglada que ha presenciado nuestro siglo y de que tienen noción los hombres. La lectura del libro del Sr. Tenreiro, que tanto instruye, causa en estos momentos profunda pesadumbre al lector español. ¡Qué amargas comparaciones entre las escenas administrativo-militares que el sabio escritor esculpe, y las escenas administrativo-militares de España en Melilla, en Cuba y en Filipinas!

G.

---

#### **Impresores, Escritores y Periodistas.**

Con este título acaba de publicar D. Enrique Mhartín y Guix un elegante volumen de cerca de 200 páginas de abundante y esmerada impresión, en las que se contiene toda la legislación de policía de imprenta, no solamente la ley fundamental, sino también más de quinientas disposiciones y sentencias que la complementan, comprendiendo además las censuras fiscal, militar y eclesiástica; cuanto afecta á la propie-

dad intelectual, tarifas contributivas, sanción penal por delitos de imprenta; toda la jurisprudencia establecida, competencias de jurisdicción y los servicios de correos, telégrafos y teléfonos en sus relaciones con el periodismo y la imprenta, seguido de multitud de formularios administrativos que deben conocer aquellas personas para quienes el libro está escrito.

Dicha obra, que por su importancia, aplicación y bondad se recomienda por sí sola, forma el primer volumen de las *Recopilaciones jurídico administrativas* de dicho autor, volúmenes que en número de diez han de comprender los deberes y los derechos que nacen de la Constitución del Estado, y se venderán en Madrid y Barcelona, á dos pesetas ejemplar.

---

**De Madrid á Londres, ó The interpreter in the pocket**, nuevo Manual de la conversación Inglesa, para uso de los españoles, por Antonio Cánovas y Vallejo y Jorge T. Burt, profesor de Inglés.

Muchos, aunque deficientes, son los libros por este estilo que conocemos, compuestos con el laudable propósito de ayudar á conocer pronto la lengua inglesa. No hemos visto ninguno, sin embargo, que, como el que acaban de publicar el doctísimo publicista Sr. Cánovas y el profesor de lengua inglesa Sr. Burt, llene tanto las condiciones que las obras de ese género han de reunir para resultar verdaderamente prácticas. Y á lo mas práctico, frecuente y usual de la conversación está sacrificado todo el ímprobo trabajo que los autores se han impuesto con una paciencia realmente imponderable.

Mas, con ser tan esencial la cantidad y usualidad de las preguntas y respuestas, lo más notable que la obra contiene es la tercera columna que acompaña todo el texto, con la pronunciación figurada de cada palabra y de cada frase. Esta innovación, que es la que caracteriza como libro sin precedentes el titulado *De Madrid á Londres* es de una importancia que no necesitamos encarecer. Gracias á ella, sin previos estudios, puede ir cualquiera persona ignorante del inglés á Inglaterra y hacerse entender perfectamente.

Grande es el servicio prestado á la enseñanza por los señores Cánovas y Burt.

*De Madrid á Londres* se vende únicamente en las librerías importantes.

## OBRAS NUEVAS

---

- Acevedo (B.) Boal y su Concejo. En 8.º, 116 páginas: 1 peseta.  
Biblioteca Popular Asturiana. *Volumen II.*
- Afán de Rivera (A. J.) Entre Beiro y Dauro. En 8.º mayor, 350 páginas: 3 pesetas.
- Aguilera (J.)—Malalties de la Vinya. En 8.º, 189 páginas, con grabados: 3 pesetas.
- Alcázar (J. de).—Historia de España en América (Isla de Cuba). En 4.º, 181 páginas, con láminas: 5 pesetas.
- Alvarez Quintero (S. y J.)—La vida íntima; comedia en dos actos. En 4.º, 57 páginas: 1,50 pesetas.
- Andrade (B. M.)—Estudio de antropología criminal espiritualista. En 4.º, 225 páginas: 4 pesetas.
- Andueza y Senoseain (F.)—El juego del monte y sus treinta trampas ó secretos. En 12.º, XIII-75 páginas: 1,40 pesetas.
- Anuario de la Asociación de Arquitectos de Cataluña, para 1899. En 4.º, 399 páginas con grabados: 10,50 pesetas.
- Aragón Fernández (A.)—San Bruno y la Cartuja. En 8.º mayor, 260 páginas, con grabados: 2 pesetas.
- Aranaz é Izaguirre (R.)—Los mecanismos; estudios analíticos y gráficos. En 4.º, 554 páginas de texto y un atlas, con 31 láminas, tela: 20 pesetas.
- Avila (J. de).—Joyas de la mística española. Disciplina espiritual. (Sacada de su «Epistolario»). En 32.º, 176 páginas: 1 peseta.
- Aza (V.)—Pamplinas. En 12.º, 186 páginas: 50 céntimos.
- Balaguer (V.)—Obras. T. XXXVI de la colección. En 4.º, XI-568 páginas: 8 pesetas.
- Blasco (E.)—La cruz del Túnel; melodrama. En 4.º, 60 páginas: 2 pesetas.
- Calatrava Vadillos (L.)—De la fatalidad y la providencia. En 12.º, 72 páginas: 1 peseta.
- Cánovas y Vallejo (A.) y Burt (J. T.)—De Madrid á Londres, ó the interpreter in the pocket. Novísimo Diccionario práctico manual de la conversación inglesa para uso de los españoles. En 8.º apaisado, 397 páginas, tela: 4 pesetas.
- Cantó (G.)—El asistente del Coro-

- nel; juguete en un acto. En 4.º, 38 páginas: 1 peseta.
- Carrillo (A.)—La hija de la muerta. En 8.º, 32 páginas: 0,20 pesetas.
- Castedo y Fernández (J.)—La unión aduanera de España y Portugal. En 4.º, 181 páginas: 3 pesetas.
- Cuevas (J. de J.)—Obras. *Tomo I*. Discursos religiosos. México. Imprenta de V. Agüero, 1898. En 8.º, XIV-433 páginas: 6 pesetas.
- Biblioteca de Autores Mexicanos. *Tomo XIX*.
- Cura Merino (El).—1808 á 1813. (Memorias de un contemporáneo). En 8.º, 31 páginas, 10 céntimos.
- Chaves (M.)—Don Mariano José de Larra (*Figaro*). Su tiempo. Su vida. Sus obras. En 8.º mayor, 241 páginas y retrato. Madrid, Librería de Murillo: 3 pesetas.
- Fernández y González (D.)—«Pos veréis....» En 8.º menor, 193 páginas: 2 pesetas.
- Feval (P.)—Los compañeros del silencio. En 8.º, 2 vols., 288 y 350 páginas: 2 pesetas.
- Figuerola Aldroféu (M.)—Música celestial; zarzuela. En 4.º, 32 páginas: 1 peseta.
- García Goyena (J.)—Batalla de flores; poesías, con un semi-prólogo de D. José Fernández Bremón. En 8.º, 167 páginas: 1,50 pesetas.
- Gatell (J. I.)—Lecciones de historia bíblica. En 8.º, XIII-384 páginas: 1,75 pesetas.
- Gómez Núñez (S.)—La guerra hispanoamericana. Barcos, cañones y fusiles. En 8.º, 160 páginas: 3 pesetas.
- González Calzada (F.)—Gramática de la lengua castellana. En 4.º, páginas 1.ª á 158: 4 pesetas.
- Groizard y Coronado. (C.)—La instrucción pública en España. En 8.º, 295 páginas: 2 pesetas.
- Gullón (M. y E.)—La magia negra; juguete cómico. En 4.º, 43 páginas: 1 peseta.
- Gustavo (S.)—La sociedad futura. En 8.º, 27 páginas: 20 céntimos.
- Hoyos Sáinz (L. de).—Técnica antropológica y antropología física. *Segunda edición*, aumentada y corregida. En 8.º, 600 páginas, con grabados: 7 pesetas.
- Jiménez Guerra (A.)—Bicarbonato de sosa; juguete cómico. En 4.º, 33 páginas: 1 peseta.
- Korolenko (U.)—El desertor de Sajalín; novela. En 4.º, 133 páginas: 2,50 pesetas.
- Krahe (A.)—Apuntes de álgebra superior. En 4.º, 288 páginas: 10 pesetas.
- Lace (J. de).—Balance teatral de 1898-99. *Año I*. En 8.º, 167 páginas: 2,50 pesetas.
- López Capdepón (J.)—Bisulfonas de interés farmacéutico sulfonal, trional y tetronal. En 4.º, 48 páginas: 1 peseta.
- López M. Buenrostro (R.)—Estudio práctico de los abonos. En 8.º, 136 páginas: 2 pesetas.
- Llorente (A.)—Guía práctica para el cultivo de la remolacha azucarera. En 4.º, 122 páginas: 3,50 pesetas.
- Mariscal (N.)—La ciencia de la belleza. En 8.º, 238 páginas: 4 pesetas.
- Martínez Barrionuevo (M.)—El Buque de combate. En 8.º, 2 volúmenes, 303 y 332 páginas: 6 pesetas.
- Martínez Montaner. (F.)—Estudio del juicio en materia procesal

- civil. En 4.º, 287 páginas: 4 pesetas.
- Menéndez Pidal (R.)—Poema del Cid, nueva edición. En 4.º, iv-113 páginas: 5 pesetas.
- Mhartín y Guix (E.)—Recopilaciones jurídico-administrativas. *Volumen I*. Impresores, escritores y periodistas. En 8.º, 108 páginas: 2 pesetas.
- Muñoz Degrain (A.)—Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.º mayor, 29 páginas.  
Tema: La sinceridad en el arte.
- Pardo Bazán (E.)—La España de ayer y la de hoy (Conferencia de París). En 8.º, 109 páginas: 1,50 pesetas.
- Perillán Marcos (M.)—La propiedad, estudio filosófico-jurídico. En 8.º, 220 páginas: 3,50 pesetas.
- Piernas y Hurtado (J.)—Principios elementales de la ciencia económica. *Tercer cuaderno*. En 8.º, páginas 243 á 448: 2 pesetas.
- Pinto (P.)—Cantares. En 8.º, 75 páginas: 1 peseta.
- Posada (A.)—Feminismo. Doctrinas y problemas del feminismo. Sus progresos. Condición jurídica de la mujer española. En 8.º, 296 páginas: 3 pesetas.
- Ramos Carrión (M.)—El espejo del alma; proverbio cómico. En 4.º, 33 páginas: 1 peseta.
- Ribot (Th.)—Psicología de la atención. En 8.º, 195 páginas: 2,50 pesetas.
- Riquer (A.)—Crisantemes. *Al fin*. Aquest llibre, decorat y editat per son mateix autor, fou grabat, fototipiat y estampat à ca'n J. Thomas de Barcelona, l'any 1899.
- En 8.º estrecho, 117 páginas: 5 pesetas.
- Romero Quiñones (U.)—Principios de organización nacional y productiva del ejército. En 12.º, 128 páginas: 1 peseta.
- Ruano Prieto (F.)—Don Martín de Acuña, Capitán de Arcabuceros, Caballero del Hábito de Santiago y Espía mayor del Rey de las Españas D. Felipe II. (1544-1585). En 4.º, 43 páginas: 1 peseta.
- Ruiz de Obregón y Retortillo (A.)—Proyecto de reforma de la ley del Jurado. En 8.º mayor, 208 páginas: 3 pesetas.
- Samsó (J.)—Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 4.º mayor, 34 páginas: 2 pesetas.  
Tema: Apuntes acerca de la escultura religiosa.
- Sánchez y Díaz (L.)—Programa de doctrina cristiana. En 4.º, 11 páginas: 50 céntimos.
- Soubies (A.)—Histoire de la musique. *Espagne. Les origines au XVIIe siècle*. En 12.º, 96 páginas: 2 pesetas.
- Taboada (L.)—La viuda de Chaparro; novela. En 8.º, 300 páginas: 3 pesetas.
- Tamayo y Baus (M.)—Obras: *Tom III*. Hija y madre. La bola de nieve. Lo positivo. Lances de honor. En 8.º, 545 páginas: 5 pesetas.
- Toral (J. y J.)—El sitio de Manila. Memorias de un voluntario. En 4.º, 321 páginas y 5 planos: 4 pesetas.
- Vallejo (M.)—De la piel del diablo; zarzuela en un acto. En 4.º, 32 páginas: 1 peseta.

## INDICE

---

|                                                                                                                                                                       | <u>Págs.</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Tierras vírgenes</i> (novela) continuación, por Ivan Turgueneff.....                                                                                               | 5            |
| <i>La educación social del obrero</i> , por J. B. Paton, Prasinianus, Gastón Mouchet y Carlos Wakely.....                                                             | 40           |
| <i>Poetas americanos: El himno del martillo</i> , por Manuel Cabrera Guerra.— <i>En la lid</i> , por Juan de Dios Peza.— <i>Luciérnagas</i> , por Eduardo Ortega..... | 67           |
| <i>Las reformas de segunda enseñanza</i> , por Un Consejero de Instrucción pública.....                                                                               | 72           |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                                                                               | 110          |
| <i>La parentela de Velázquez</i> , por Rafael Salillas.....                                                                                                           | 123          |
| <i>Castelar</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....                                                                                                                       | 137          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                                                                                 | 162          |
| <i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....                                                                                                                        | 185          |
| <i>Notas bibliográficas</i> .....                                                                                                                                     | 202          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                                                                             | 205          |